

CAPITULO XVIII

La venganza de Vanderbilt

Si bien la situación de Walker seguía siendo crítica, las perspectivas que para mediados de diciembre de 1856 tenía a la vista eran mejores que las de cualquier otro tiempo desde el comienzo de la guerra con la coalición centroamericana. Los aliados habían logrado retener Masaya a un costo pavoroso sin haber podido impedir la destrucción de Granada ni de inflingir a los incendiarios el castigo que hubieran querido; y en los combates habían sufrido pérdidas casi siempre tres veces mayores que la de los filibusteros. Estaban faltos de líder, despedazados por las disensiones, fustigados por la peste. Cañas y sus costarricenses quedaron tan amilanados después de su encuentro el 11 de noviembre en la carretera del Tránsito, que de ahí a pocos días permitieron el desembarco de ochenta reclutas americanos en San Juan del Sur, los que siendo apenas la décima parte de las fuerzas que Cañas les pudo haber lanzado, llegaron sin tropiezo hasta La Virgen. Las tropas aliadas estaban ya a punto de desintegrarse cuando una nueva potencia apareció en su ayuda.

Por meses y meses Vanderbilt había estado en comunicación con los presidentes de las repúblicas centroamericanas instándoles a unirse contra el enemigo común. (1). Ahora que todos los gobiernos habían salido en campaña y que tenían a los filibusteros en aprietos, vio llegada la hora de su venganza. En el otoño envió a San José a dos agentes suyos, un inglés llamado William Robert C. Webster y un americano apellidado Spencer, a indicar al gobierno de Cos-

(1) *Historia de Nicaragua*, Págs. 630 - 1, por José Dolores Gámez.

ta Rica la manera de asestar el tiro de gracia al filibusterismo. Spencer y Webster llegaron a la capital el 28 de noviembre, y en el acto se abocaron en secreto con el Presidente Mora. Tanto entusiasmó a éste el plan propuesto que les prometió la cooperación de sus tropas. Vanderbilt sabía que la llave del poder de Walker estaba en un Tránsito abierto, y que si por cualquier medio los costarricenses lograban apoderarse de los vaporcitos del Río San Juan, los filibusteros no podrían recibir refuerzos ni pertrechos de los puertos estadounidenses del Atlántico; y no pudiendo los pasajeros cruzar el istmo de uno a otro mar, los vapores oceánicos tendrían que ser retirados, y entonces tampoco podría llegarles a los filibusteros más socorros de California. Las enfermedades, el hambre y los aliados eran igualmente elementos con los que podría contarse para ver la rápida ruina de Walker; y más todavía, con el bloqueo de la navegación por el río, Vanderbilt no sólo se vengaría de él, sino que se daría el gusto de ver salir de Nicaragua a Morgan y a Garrison, suplantadores suyos en el negocio marítimo. Y también esperaba que luego, en agradecimiento por haberle ayudado a exterminar a los invasores, el gobierno de Nicaragua le otorgaría una nueva concesión de la ruta del Tránsito, lo que significaría para él un triunfo a la redonda. Sentíase, en fin, tan seguro del éxito de su plan, que el día de Navidad publicó en los diarios neoyorquinos un aviso haciendo saber a los accionistas de la vieja compañía que "Las apariencias presagian la realización de mis esperanzas respecto de que pronto la Compañía recuperará sus derechos, concesión, y bienes en el istmo de Nicaragua, tan injustamente invadida". (1).

Los detalles del plan de tomarse los vapores se dejaron enteramente a cargo de Spencer, quien por haber sido maquinista de uno de los vapores del Tránsito, conocía personalmente a los tripulantes y también todos los meandros, bajíos y raudales del río. Nadie mejor que él para realizar

(1) *Herald*. de Nueva York, 25 de diciembre de 1856.

a perfección el plan. Mora, sin revelárselo a nadie, pidió voluntarios para una expedición al Río Sarapiquí. Los jefes escogidos fueron todos extranjeros: el Capitán Cauty, oficial inglés ascendido posteriormente a Coronel; el Coronel Barillier, zuavo francés, y el raso de apellido Spencer, audaz delincuente americano.

El Río San Juan tiene dos robustos tributarios que lo nutren por el Sur; el Sarapiquí que hace su maridaje con él en La Trinidad, a unas treinta millas de San Juan del Norte; y el San Carlos, veintisiete millas arriba del Sarapiquí. Mora, con el objeto de despistar, dio orden al ejército expedicionario de salir con destino al Sarapiquí, pero cuando la vanguardia de ciento veinte hombres se encaminaba allá, sus oficiales recibieron contraorden de dirigirse al Río San Carlos. Llegados allí el 16 de diciembre los hombres se embarcaron en balsas y canoas hasta ganar el San Juan, en cuya ribera vivaquearon la noche del 22, dos millas arriba de La Trinidad. En este último lugar había un retén de filibusteros encargado de resguardar el río e impedir que los costarricenses bajaran por el Sarapiquí. Jamás soñaron que nadie bajando por el San Juan los atacara; estaban pues desprevenidos. Un destacamento de costarricenses salió a picarle la retaguardia al enemigo, para lo cual subieron un vigía a un árbol muy alto desde donde podía espiar sus movimientos. Otro destacamento se les acercó de frente, y a una señal ambos les cayeron encima a la hora de comer matando a unos y capturando a los demás. Los filibusteros no habían colocado centinelas, y tenían a cierta distancia sus rifles en pabellón, de los cuales sólo cuatro pudieron tomar a la hora de los balazos; de los cuatro únicamente dos fueron disparados. (1).

El día anterior, al zarpar uno de los vapores de río a San Juan del Norte con algunos oficiales filibusteros a bordo, varios de los pasajeros vieron unas balsas extrañas en la boca del Río San Carlos, pero no hicieron caso y siguieron su ca-

(1) Nótese que la toma de La Trinidad y el bloqueo efectivo del río tuvieron efecto el propio día que de Nueva York salía el **Tennessee** con provisiones y reclutas.

mino inocentes del peligro cercano. Entre esos oficiales iban Lockridge y Rogers. El primero volvía a Estados Unidos a seguir reclutando gente para Walker, mientras que Rogers, en función de confiscador general, viajaba a San Juan del Norte con el fin de incautarse de la imprenta llevada allí por Kinney. El incendio de Granada había destruido casi por completo el equipo tipográfico de **El Nicaragüense**. De haber los oficiales inquirido sobre las balsas extrañas, hubieran puesto sobreaviso al destacamento de La Trinidad, el plan de Spencer habría fracasado y la historia de Nicaragua pudo haber sido muy otra.

Tomada la Trinidad, Spencer dejó el puesto guarnecido con cuarenta hombres y se llevó a sus prisioneros a San Juan del Norte, a donde llegó a las dos de la madrugada apoderándose de cuatro vapores del río antes de amanecer. La mayor parte de capitanes y tripulantes, después de oír halagadoras propuestas de Spencer, aceptaron seguir trabajando. Enarbolóse en los vaporcitos la bandera costarricense y remontaron el Río San Juan. En la bahía no había ningún barco de guerra americano al cual el agente de Morgan y Garrison pudiera pedir protección de la propiedad americana. El nuevo agente comercial de Estados Unidos, Mr. Cottrell, recurrió al comandante de la poderosa escuadra inglesa anclada ese día en la bahía, pero el marino rehusó intervenir basándose en que la propiedad se la disputaban dos partes interesadas, el agente de una de las cuales autorizaba la presa, de modo que él, dijo, no podía formarse juicio respecto a los méritos de la controversia.

Entre tanto, el General José Joaquín Mora, hermano del presidente, y comandante en jefe del ejército costarricense, había seguido a Spencer con una fuerza considerable hasta el Río San Carlos, avanzando con suma dificultad, pues la ruta era sólo un trillo con trechos de montaña tan cerrada a veces que los hombres sólo podían abrirse paso a punta de

machete. El trillo cruzaba una región deshabitada y demasiado escabrosa para las bestias, de manera que las provisiones de guerra y de boca hubieron de ser transportadas a hombros de la gente, en cuya tarea se emplearon seiscientos hombres. Mora llegó al embarcadero con ochocientos soldados, todos bien armados de rifles Minié y suficientes municiones suministradas por Vanderbilt. En su viaje de regreso agua arriba del San Juan, Spencer se detuvo en la boca del San Carlos y envió uno de los vapores del río a recoger al General Mora y su gente. Al acercarse el vaporcito al embarcadero, un piquete de costarricenses que estaban apostados en una balsa, se asustaron tanto al ver el extraño artefacto que se lanzaron al agua y se ahogaron. Mora tomó el mando de la tropa y remontó el San Juan hasta El Castillo, donde capturó otros dos vapores del río. Allí tomó Spencer el vaporcito utilizado para pasar el raudal de El Toro, y siguiendo río arriba encontró al vapor **La Virgen** anclado a treinta millas del lago en espera de Rogers que andaba en San Juan del Norte. Ocultando a sus soldados llevó su barchito hasta el costado del vapor del lago sin despertar la más mínima sospecha, y fácilmente se apoderó de él. Su próximo objetivo era el puerto y fortaleza de San Carlos que domina el punto en que el lago desagua en el río. Al acercarse allí Spencer hizo las señas indicadoras de que no había novedad, las mismas que se cruzaban entre fortaleza y barcos y que en muchos meses no habían sido alteradas. El comandante del lugar, Capitán Kruger, tomó al punto un botecito, y toda la guarnición de la fortaleza bajó a la ribera. El arribo de un vapor era todo un suceso en la vida monótona de esos hombres. Ocultáronse de nuevo los costarricenses del vapor **La Virgen**, y al atracar el botecito a su costado preguntó Kruger a Spencer si Rogers venía a bordo. Le respondió que sí y subió confiadamente al vapor donde en el acto fue hecho prisionero. Kruger era el único oficial de la fortaleza, de suerte que con su captura quedaba la plaza al mando de un sargento. Spencer obligó entonces a Kruger, bajo amenaza de muerte, a firmar una orden al sargento de entregar la plaza al oficial inglés, Capitán Cauty. Así fue co-

mo fortaleza y puerto de San Carlos cayeron en poder de los costarricenses sin disparar un solo tiro. (1).

El río San Juan, desde el lago hasta su desembocadura en el mar, pasó al dominio de los aliados, pero a Walker le quedaba todavía el **San Carlos**, el más grande y veloz de los vapores, con el cual señoreaba sin disputa el lago. Spencer consideró riesgoso aventurarse en esas aguas mientras el **San Carlos** estuviese en poder de los filibusteros; siendo tal la situación se volvió diez millas río abajo en **La Virgen** a esperar la llegada de aquel vapor. Y no tuvo que aguardar muchos días. El 2 de enero de 1857 arribó a San Juan del Sur el vapor de San Francisco con su cuota habitual de pasajeros para los puertos estadounidenses del Atlántico. Se le condujo por el camino del Tránsito a la bahía de La Virgen en donde tomaron el **San Carlos**. El vapor cruzó el lago, y al aproximarse al puerto de su nombre la gente de Cauty le hizo las señas de que no había ninguna novedad. Sin sospechar nada el vapor entró en el río. Y cayó en la trampa. Frente a sí tenía a un barco del río mandado por Spencer y lleno de costarricenses armados, y no podía volver al lago sin tener que pasar bajo el fuego de los cañones de la fortaleza del puerto. Spencer le intimó la rendición. Su capitán, un danés llamado Erickson, quería correrse el albur de desafiar los cañones y regresar a La Virgen, seguro de que la artillería costarricense no le haría daño al barco; pero un yerno de Charles Morgan, apellidado Harris, que por casualidad viajaba en el vapor, prohibió el intento. El **San Carlos** se entregó y sus pasajeros fueron enviados a San Juan del Norte en uno de los vaporcitos del río. Allí encontraron a los pasajeros y reclutas recién llegados de Nueva York en el **James Alger** y de Nueva Orleans en el **Texas**. Los que iban a puertos estadounidenses del Atlántico fueron embarcados en el **James Alger**, y los que se dirigían a California, que eran unos doscientos, siguieron a Panamá por cuenta de Harris;

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Págs. 187, 195, 198; Times, de Nueva York, 9 de marzo de 1857; Harper's Weekly, Vol. 1., Pág. 312; Dublin Review, XLIII, Págs. 382 - 3.

de allí pasaron a su punto de destino. Enviarlos a San Francisco costó a Morgan más de \$ 25.000 dólares, más los gastos de operación de los barcos.

El General Mora, reforzado con la llegada de los trescientos hombres de su retaguardia, se embarcó con todos ellos, salvo los que dejó de guarnición en los retenes del río, en los dos vapores del lago y se apoderó del puertecito de La Virgen. Estaba ya en fácil comunicación con los aliados de Masaya, mientras que Walker quedaba completamente desconectado del Caribe y de Estados Unidos. El plan de Spencer había sido un éxito rotundo. Su amo de Wall Street no tenía más que sentarse a saborear la agonía de los filibusteros y regocijarse con el pandemónium que tal suceso causaría entre las compañías navieras rivales. Por cuenta suya hizo remitir desde San José diez mil dólares para que pagaran a la oficialidad y tripulación de los vapores capturados y asegurasen su lealtad a la nueva bandera y a sus nuevos amos. Del General Mora salió un efusivo parte sin reconocerle ningún mérito al artífice de la victoria: "El venero que daba vida a la simple renaciente hidra del filibusterismo, está cortado. La espada de Costa Rica lo cortó". (1). Pero no fue la espada de Mora sino el oro de Vanderbilt y la osadía de Spencer los que realizaron la proeza.

El verdadero héroe de la campaña del San Juan se merece algo más que una simple nota. Sus asociados y adver-

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 177. **Memorias**, de Pérez, Parte 2, Pág. 177. Hay una interesante anécdota publicada primeramente veinte años después de haber ocurrido los acontecimientos narrados, y, por lo tanto, de dudosa autenticidad; ella aparece en una nota de la **Historia de Nicaragua**, por Gámez, Pág. 669. Según eso, Vanderbilt dio una cena en el restaurante Delmonico a varios prominentes hispanoamericanos, y cuando vio a sus invitados brincar de alegría por los muchos brindis, les anunció su propósito de acabar con los filibusteros. Al preguntársele cómo lo haría, hizo llamar a Spencer. "¿Crea usted fácil", le preguntó el comodoro, "tomar los vapores que William Walker tiene a su servicio?". "No lo creo difícil", respondió Spencer. "¿Puede y quiere usted acometer esa empresa?". "Estoy a su disposición". En medio del más profundo silencio de todos los comensales que miraban con asombro a aquellos dos hombres, sacó el comodoro de su bolsillo un cheque de veinte mil dólares que entregó a Spencer, como premio anticipado de la audaz empresa que iba a acometer, y que sería la destrucción de William Walker.

sarios le conocían por su apellido únicamente, y sólo después de muchas averiguaciones se supo que su nombre completo era Sylvanus H. Spencer. De su pasado hablaba poco, pero, según parece, después de su hazaña en el río gustaba de jactarse de haber sido hasta recientemente un simple jornalero. (1). Como razón principal de estar entonces en contra de Walker daba la de que habiendo heredado un considerable número de acciones de la vieja Compañía del Tránsito, al disolverla y abolirla Walker le había robado su propiedad, la cual trataba ahora de recuperar. Y tan pronto como realizó su operación se regresó a Nueva York, donde tenía su hogar. Por el maltrato que daba a los soldados costarricenses éstos se alegraron de verse libres de él. El General Mora, a poco de haber llegado a San Carlos, escribió a su hermano el Presidente aconsejándole no dar a Spencer ningún cargo militar, pues que no sabía nada de táctica ni tampoco cómo tratar a los soldados, pero que sí podía "ocuparlo en pedir a la casa de Vanderbilt que nos ayude con su influencia y materiales de guerra". (2). Recientemente un escritor costarricense ha tratado de achicar la obra de Spencer poniéndolo como simple guía de la tropa, mientras que toda la gloria de la campaña del San Juan se la atribuye a sus propios compatriotas. (3). Sin embargo, los historiadores centroamericanos que trataron este tema antes no le regatearon al americano sus laureles.

Con el río y el lago en poder de Costa Rica, llegaron a San Juan del Norte para Walker tres partidas de reclutas que no encontraron en el puerto barcos para trasladarse al interior. El primer vapor en llegar fue el **Texas** con el contingente de Nueva Orleans mencionado ya. Cuando este vapor entró en la bahía allí estaba Spencer con uno de los vaporcitos

- (1) Según James Jeffrey Roche, Spencer era hijo de John Canfield Spencer, ex-Secretario de Guerra, y por lo tanto hermano del único oficial de la marina de guerra americano ahorcado por motín a bordo. *Byways of War*, Pág. 171.
- (2) *Harper's Weekly*, I., Págs. 71 y 199; *Times*, de Nueva York, 30 de marzo de 1857; Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 210.
- (3) El señor Manuel Carazo Peralta, en la introducción del libro que tradujo de Roche (San José, 1908) dice que el único americano que tomó parte en la campaña fue Spencer, "que hacía oficios de guía".

del río y tropa costarricense. Los reclutas iban ocultos bajo cubierta, con rifles listos para apoderarse del vaporcito de Spencer en la noche. Pero el plan lo frustró el Capitán Cockburn del barco de guerra inglés **Cossack**, quien subió a bordo del **Texas** para manifestar que aun cuando él era neutral en la cuestión que sobre el Tránsito discutían dos bandos americanos, no permitiría derramamiento de sangre ni destrucción de la propiedad en aguas del protectorado británico. A todo esto Spencer, habiéndose alertado, se llevó su barquito a un bajío del río hasta donde no podrían seguirlo los filibusteros. (1).

Entre los detenidos en San Juan del Norte a causa de las actividades de Spencer hallábanse muchos de los mejores oficiales de Walker. El Coronel Frank P. Anderson, uno de "aquellos cincuenta y seis primeros", venía de regreso terminada su licencia para ir a Estados Unidos a curarse de una herida en el brazo. Estando en su casa de Brooklyn sus admiradores le obsequiaron un banquete y una espada. En el mismo barco venía Charles W. Doubleday, quien cuando Walker llegó a Nicaragua ya estaba allí y se incorporó a la Falanje. Su conocimiento del país y de la gente había sido de gran utilidad a Walker, pero después pidió su baja por una discrepancia con él; ahora, al ver a su antiguo jefe en dificultades, volvía resuelto a meterle el hombro otra vez. Venía también con ellos el General Robert Chatham Wheat, uno de los que desembarcaron con López en Cuba donde fue hecho prisionero, y luego encarcelado durante varios meses en España. Más tarde participó en una revolución en México; allí obtuvo el grado de general de brigada y fue nombrado gobernador militar de Veracruz. Con James, el hermano de Walker, estuvo en el colegio de Nashville, y el deseo de estar con sus paisanos le hizo renunciar a su puesto en México para irse a Nicaragua. Nunca pudo unirse a Walker, pero vivió lo suficiente para pelear en la guerra civil americana con rango de coronel de los "Tigres de Luisiana". El

(1) **Patriots and Filibusters**, Págs. 183'-6, por Oliphant.

Coronel George B. Hall, hijo de un ex-alcalde de Brooklyn, veterano de la guerra méxico-americana, y comisario general de Walker, era otro de los oficiales detenidos; volvía de su casa de recuperar su salud quebrantada por las fiebres. Y otro más todavía era el Capitán J. Egbert Farnum, domiciliado antes en Pensilvania, veterano también de la guerra méxico-americana y de las fuerzas de López. Allí estaban asimismo Hornsby, Norvell Walker, y Rogers, varias veces mencionados en estas páginas. Spencer, como se habrá visto, privó a Walker no sólo de sus vapores sino también de los servicios de algunos de sus más capacitados oficiales.

Extraña que estos oficiales cedieran el mando de los reclutas varados en San Juan del Norte a Lockridge, a quien si se le había dado grado de general, lo era sólo en el ramo de reclutamiento, y nunca había prestado servicio activo. Sin embargo, parece que como todavía se consideraba a los reclutas en tránsito y no inscritos aún como militares al servicio de Walker, a Lockridge correspondía el mando de ellos. Esta opinión la impuso Harris, agente y yerno de Charles Morgan, quien quería a todo trance recobrar el control de las propiedades del Tránsito y pretendía además ser amo y señor de la situación allí. Los oficiales con más rango que Lockridge se avinieron a servir bajo su mando, y se acuarteló a los hombres en Punta de Castilla, al otro lado del puerto de San Juan del Norte. Se les puso inmediatamente a reparar el viejo y abandonado vaporcito del río **Rescue** que Spencer no había creído valía la pena de llevarse; pero no pudieron trabajar sin la intromisión británica. Mientras estuvieron los reclutas en San Juan del Norte los marinos ingleses los asediaron continuamente tratando de hacerles ver los horrores que les esperaban si persistían en su intento de proseguir al interior del país. Y una mañana de enero el Capitán Cockburn llegó donde ellos en un bote repleto de marinos a ordenar a Lockridge que formara su tropa; le explicó su propósito de llevarse a los súbditos británicos que deseaban ponerse bajo su protección. Con los cañones del **Cossack** apuntando en esos instantes hacia Punta de Castilla, a

Lockridge no le quedó más remedio que agachar la cabeza. Formada la tropa, hízoles Cockburn la propuesta y cierto número de ellos dieron un paso al frente, aunque muchos de esos seudobritánicos tenían un sospechoso acento alemán en vez de la típica entonación irlandesa o londinense, que era la que se esperaba oír. El incorregible Wheat, desde un bote cercano, reventó en improperios contra John Bull y su derecho a intervenir. Terminó retando a duelo a Cockburn, (1).

Mas pese a esas deserciones la tropa de Punta de Castilla siguió más o menos intacta, y tal vez hasta mejor por la defección de los pusilánimes. El 4 de febrero arribó otra vez el **Texas** con el largamente esperado Titus y unos ciento ochenta de sus "matones de la frontera". Todos los hombres tenían buenas y bastantes armas y municiones, y al fin el *destartalado barquito* estuvo listo para remontar el río. El haber hecho jefe a Lockridge fue un error. Era un hombre alto, flaco, y de hombros caídos, prototipo de los desaharrapados montañeses de Kentucky que de lo que menos tenía era de soldado; nunca supo hacerse querer ni pudo jamás imponerse a sus subalternos ni tampoco reprimir los altercados y triviales celos entre sus oficiales. Los filibusteros desalojaron de La Trinidad a los costarricenses causándoles numerosas bajas. El éxito de esta operación se debió a Doubleday, Anderson y Wheat. Su próxima meta era El Castillo, y para atacarlo Lockridge designó a la compañía de Kansas, compuesta de mocetones robustos pero indisciplinados. Titus, inflado de orgullo por la notoriedad que le habían dado los periódicos de Kansas, se negó a servir bajo el mando de ningún oficial y salió solo en el vaporcito con sus desorganizados partidarios, mientras los hombres fogueados se quedaban atrás. Cauty era el comandante de El Castillo, histórica fortaleza de la época colonial emplazada en la cumbre de un cerro que domina el río. En el siglo XVIII la atacó y tomó el entonces Teniente de Navío Horacio Nelson, (2) más

(1) **Reminiscenses**, Págs. 178 - 81, por Doubleday; libro de recortes de Wheeler, Vol. 1.
(2) La ocupación de El Castillo por Nelson duró de abril a noviembre de 1780. (N. del T.).

tarde héroe de Trafalgar. Al acercarse Titus a la fortaleza, Cauty se apresuró a poner a salvo los cuatro vapores que tenía amarrados abajo del raudal. Dos de ellos fueron con todo éxito sacados de allí, y a los otros dos que no pudieron ser llevados se les pegó fuego destruyéndolos. Cauty, que sólo tenía treinta hombres en la fortaleza y una exigua cantidad de municiones, tan pronto vio que llegaba Titus abandonó la batería emplazada en la plataforma a nivel del río. El filibustero se apoderó de ella y también del vapor **Scott** que Cauty había incendiado después de haberlo hecho pasar el raudal. Los filibusteros apagaron las llamas y lo dejaron a la deriva para que se alejara del alcance de los cañones de la loma de El Castillo. Cauty pegó en seguida fuego al último de sus vapores cuyas amarras soltó para que se arrimase al **Scott**; los filibusteros, no obstante eso, lo abordaron y lo ataron a la ribera, pero no pudieron impedir que se incendiara. Titus, teniendo ya al inglés a merced suya, le intimó la rendición. Cauty le respondió que sólo se rendiría con órdenes de su jefe el comandante de la fortaleza de San Carlos, y pidió veinticuatro horas de tregua para esperar la orden. Titus, que no sabía nada de guerra ni de estratagemas, accedió. Cauty ya había mandado a pedir refuerzos, los que llegaron antes de expirar la tregua. Titus no esperó siquiera a cerciorarse del número de hombres que llegaba; corrió por la ribera hasta sus vapores y se reembarcó apresuradamente río abajo. Los costarricenses perdieron sus cuatro vapores del río, pero El Castillo quedó mejor guarnecido. Los filibusteros acamparon en la isla de San Carlos, varias millas abajo de El Castillo, en donde levantaron una empalizada para defenderse de los costarricenses y unas cuantas casuchas para guarecerse, pues llevaban ya semanas de vivir bajo copiosas lluvias y entre ciénagas tropicales. Las fiebres causaban estragos; la disciplina brillaba por su ausencia y el espíritu de los hombres andaba a ras del suelo. El regreso de Titus después de su fiasco de El Castillo aumentó el abatimiento; las deserciones cooperaban con las fiebres en arralar las filas. Fue tan criticado Titus que renunció al mando que tenía y dijo que iría

a juntarse a Walker por vía de Panamá. De Texas y Luisiana llegaron a mediados de marzo ciento treinta reclutas, haciendo ya un total de cuatrocientos. Componían el contingente de Luisiana extranjeros en su mayor parte enganchados en Nueva Orleans, lo que no se tenía como una buena adquisición, pero los tejanos, que se autotitulaban "Los Batidores del Alamo", procedían de San Antonio y constituían una excelente tropa. Venía al mando de Marcellus French, quien dejó a la posteridad un relato de sus experiencias. (1).

Con este refuerzo Lockridge resolvió tantear de nuevo a tomarse El Castillo, y para allá se embarcó con sus hombres. Llegados al punto se encontraron con que los costarricenses, desde la intentona de Titus, habían hecho de la posición una fortaleza casi inexpugnable. Las inmediaciones y las faldas del cerro habían sido despejadas de toda maleza, y hasta habían levantado en torno una empalizada de troncos de árboles. Wheat, Hornsby, y Doubleday opinaron que todo intento de asalto fracasaría. No les quedaba más que volverse a San Juan del Norte; y sin disparar un tiro dejaron El Castillo en manos de los costarricenses. De regreso hicieron alto en el raudal, y allí Lockridge convocó en la cubierta superior del **Scott** a todos sus hombres para decirles que desde ese momento quedaba licenciada la tropa, y que lo dicho atañía por igual a oficiales y soldados, quedando así todos en el mismo pie de igualdad. En seguida pidió voluntarios que quisieran hacer un esfuerzo para ir a juntarse a Walker a cualquier costo y riesgo, ya fuese por la vía de Panamá o subiendo el Sarapiquí y por ese rumbo abrirse camino a través de Costa Rica hasta llegar a San Juan del Sur. Unos seis oficiales y cien rasos se le ofrecieron; los demás se embarcaron en el **Rescue**, el cual llevaba ya doscientos enfermos, y partieron a San Juan del Norte. Viendo al **Rescue** alejarse río abajo con el agua hasta la borda, lleno de enfermos y desilusionados, Hornsby exclamó: "¡Llevo ya veinte años de ser soldado, y ésta es, créanmelo, la escena más triste que

(1) Ver **Overland Monthly**, N. S., XX., Págs. 517 - 23.

jamás he visto!". El **Scott** iba detrás, y al llegar a La Trinidad ambos vapores pararon para enviar un piquete de reconocimiento a ver si los costarricenses habían vuelto a ocupar el lugar en ausencia de Lockridge. Para esa operación bajó la mayoría de los hombres del **Scott**, y fue gran suerte que así fuera, ya que a poco rato estalló su caldera matando a varios e hiriendo gravemente a Anderson, Marcellus French, y Doubleday entre otros. Hornsby, Wheat, y Norvell el hermano de Walker, salieron ilesos. Llevóse a los lesionados a un lanchón que el **Scott** traía a remolque, y a los que pudieron acomodarse en el **Rescue**, junto con los enfermos que ya llevaba, se les condujo a toda prisa a San Juan del Norte. Muy descorazonados se sintieron al saber que sólo dos horas antes el **Tennessee** había zarpado hacia Colón. Los médicos de la escuadra inglesa atendieron a las víctimas, y puesto que el **Tennessee** volvería a tocar San Juan del Norte de regreso a Nueva York, Lockridge corrió a traer el resto de su gente para reembarcarlos con destino a Estados Unidos. Morgan había ordenado al capitán del barco recoger en San Juan del Norte a los filibusteros que quisieran regresar. Ya todos, después de la explosión del **Scott**, habían perdido la esperanza de incorporarse a Walker. Cuando el **Rescue** volvía al puerto vieron sus hombres alejarse al **Tennessee** dejándolos a la buena de Dios. Pocos momentos antes se soñaban encontrar allí un hermoso vapor esperándolos para devolverlos a la civilización y a sus hogares. ¡Cuán tristes veían ahora al barco perderse de vista! No llegaría otro en todo un mes. Al capitán del **Tennessee** le habían rogado llevarse a todos los americanos, pero sólo se fueron cincuenta, pues traía órdenes de ir a Cayo Hueso a embarcar un destacamento de tropas estadounidenses de guarnición allí.

En su campamento de Punta de Castilla esa pobre gente sufrió lo indecible. San Juan del Norte era un poblacho sumamente pequeño para encontrar allí que comer, y ni los enfermos ni los quemados, aun teniendo con qué pagar, hallaban donde alojarse. Los sanjuaneros se vieron obligados a

pedir protección a los barcos de guerra británicos contra los desmanes de algunos filibusteros ya casi enloquecidos, y a tal grado llegaron las cosas que fue forzoso poner guardias a fin de impedir que entraran en el pueblo sin permiso de las autoridades. Esto no obstante, debe dejarse constancia de que algunas familias porteñas llevaron a sus casas a oficiales quemados en la explosión del **Scott**, y los curaron sin deseos ni esperanzas de recibir compensación. (1). Muchos de los hombres murieron a causa de pasarse días y días a la intemperie, sin asistencia médica y sin que comer. Y para colmo de males Cauty se apareció un día con soldados costarricenses en el único vaporcito del río que les quedaba, los amedrentados filibusteros creyeron que les había llegado su último día. Pero no, la escuadra británica mandó colocar una hilera de botes entre el vapor de Cauty y Punta de Castilla, y atracó además el **Rescue** al costado de uno de sus barcos de guerra, reiterando de esa manera su decisión de no permitir que en el puerto de San Juan del Norte estallaran hostilidades ni se destruyera propiedad alguna. Luego el Capitán inglés Cockburn convocó a una conferencia a Cauty y a J. N. Scott, agente éste de Morgan y Garrison, y les anunció su intención de llevarse a los hombres. Pidió a Scott que librara contra Morgan una letra de cambio por el costo de los pasajes, a lo que el agente, no sin refunfuñar, accedió. Como garantía de la libranza pidióse a los filibusteros la entrega de sus armas y del vaporcito **Rescue**; en seguida pasaron los 375 que eran ellos a bordo del **Cossack** y fueron llevados a Colón. Allí trató Cockburn de conseguirles pasaje en un vapor de Estados Unidos, pero tropezó con dificultades. En primer lugar, el agente rehusó aceptar la libranza de Scott contra Morgan; en vista de ello Cockburn ofreció hacerse responsable por la cantidad de doscientos pasajes a razón de veinte dólares cada uno y recaudar el resto del dinero mediante la venta de las armas dadas a él en garantía. Pero surgió otro obstáculo: entre los filibusteros había brotado el

(1) Entre las buenas samaritanas mencionaremos a Miss Roberts, neoyorquina, quien curó de las quemaduras a French y al Teniente Sistere, de Luisiana. Doubleday fue asistido por una familia alemana de buen corazón.

sarampión y el capitán del vapor se negó a tomarlos a bordo. Las autoridades municipales, por añadidura, prohibieron el desembarco de los hombres manifestando que no querían verse invadido por gente de esa calaña, y cerraron las puertas del hospital a los enfermos. Y no solamente eso, se les negó también sepultura en tierra; sólo el mar parecía dispuesto a recibir sus cuerpos ulcerosos plagados de gusanos y de piojos. Al fin pudieron ser transportados a Nueva Orleans a bordo del barco de guerra inglés **Tartar**. (1).

Puesto que era imposible ya recuperar el Tránsito, Morgan y Garrison vieron que el retiro de sus vapores oceánicos era inevitable. Ni reclusas ni pertrechos podían llegarle más a Walker por la vía de San Juan del Norte, y tampoco podían llevarse pasajeros de Nueva York a California a través de Nicaragua. No le quedaba otra cosa a la compañía naviera que paralizar sus barcos y abandonar a Walker a su propia suerte. Así se hizo en abril de 1857. El fin, pues, era cuestión de días. El hombre de Vanderbilt había hecho lo que no pudieron hacer los gobiernos aliados de la América Central. Fueron capitalistas americanos los que impusieron el régimen filibustero en Nicaragua, y fue también un capitalista americano quien lo derrocó.

Digno de mencionarse es que uno de los oficiales de Walker tuviera el suficiente coraje para ir a reunirse con su antiguo jefe a despecho del bloqueo del río y del lago. Este fue Rogers, el "confiscador general". En vez de seguir a Lockridge se fue a Colón, se cruzó a Panamá, y al no encontrar allí vapor para San Juan del Sur, contrató una lancha y dos marineros simulando querer ir a las Islas de las Perlas, cincuenta millas mar afuera, pero en verdad con el propósito de dirigirse a San Juan del Sur, quinientas millas más allá. Ningún marinero se hubiera atrevido a hacer semejante travesía, de ahí que Rogers tuviera que recurrir a ese ardid.

(1) Manuscritos, Archivos del Departamento de Marina, Flota del Caribe, II., Pág. 27 y siguientes; el **Delta**, de Nueva Orleans, 28 de abril de 1857; **Tribune**, de Nueva York, 7 de mayo de 1857; Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 221.

Después de cargar la embarcación con bastimentos para varios días de navegación, se hicieron a la vela, y estando ya a cierta distancia de la costa, Rogers encañonó a los marineros con un par de revólveres obligándolos a tomar otro derrotero, en busca de Walker. Y durante días y días permaneció frente a los hombres armas en mano, sin atreverse a dormir un solo instante, hasta que los forzados tripulantes le llevaron sano y salvo a su punto de destino: San Juan del Sur. Rogers tenía agallas de filibustero de verdad. Añádase que era irlandés. Podemos condenar la conducta indómita de tales hombres, pero debemos admitir que, por lo menos, la raza que los dio a luz no era degenerada. Roja era la sangre que corría por sus venas. (1).

-
- (1) **Patriots and Filibusters**, Págs. 226 - 7, por Oliphant. Este escritor inglés venía en el mismo barco que Rogers y llegó con él hasta Panamá; allí Rogers lo invitó a correr la misma aventura. Ver el **Times**, de Nueva York, 9 de marzo de 1857.

CAPITULO XIX

En la última trinchera

Por el tiempo en que Spencer iniciaba sus operaciones en el San Juan, Walker comenzaba a concentrar sus tropas en Rivas, pequeña ciudad con casas de gruesas paredes de adobe convertida en plaza fuerte por los costarricenses cuando su invasión del pasado abril. Era ideal como plaza defensiva. Una legua al Este queda el puertecito de San Jorge, en la ribera del Lago de Nicaragua. Al Sur corría la ruta terrestre del Tránsito, hacia la cual partían desde Rivas tres caminos divergentes; gracias a ellos los filibusteros controlaban la ruta. El total de las fuerzas de Walker acuarteladas allí el 3 de enero de 1857 ascendía a 919 hombres, 197 de los cuales se hallaban enfermos. Con los encargados del abastecimiento de la tropa y los de otras dependencias, más los destacados en diversas comisiones, el número de combatientes se reducía a 519. Dos semanas después de la ocupación de Rivas el **San Carlos** zarpó de La Virgen con los pasajeros procedentes de California, pues los filibusteros ignoraban todavía que Spencer había capturado todos los otros vapores. Pasados varios días sin que ninguno de los vapores del lago apareciera, los hombres concentrados en Rivas comenzaron a preocuparse, pero nadie había soñado siquiera que el enemigo pudiera haberse apoderado de todos los barcos, y se pensaba que de haber sido vistos los costarricenses en el río la noticia habría sido llevada a Rivas. Los más optimistas, por tanto, atribuían el retraso a cualquier causa fácilmente imaginable en relación con el transporte de pasajeros de y para San Juan del Norte.

Fueron días largos de vigilancia y desvelos, y ningún vapor aparecía. Luego un día de tantos se vio venir sobre el lago y hacia La Virgen al tan largamente esperado **San Carlos**, pero al acercarse al muelle no hizo las señas convenidas ni devolvió las que se le hicieron desde tierra. Sólo echó un vistazo al lugar y enfiló rumbo al Norte. Muchos americanos que allí residían recogieron apresuradamente sus enseres, los metieron en sacos y partieron a pie a todo escape a San Juan del Sur con la esperanza de tomar el vapor de California que aguardaba todavía a los pasajeros que debían llegar procedentes del Atlántico. Destacóse en el acto a un piquete de soldados a impedir que el enemigo desembarcara en La Virgen; y allí esperaron una semana entera, sin noticias de los costarricenses, hasta que de nuevo apareció el **San Carlos** fondeando en Ometepe a plena vista de los filibusteros acantonados en La Virgen. Pocos días después amaneció allá también el vapor **La Virgen**; y entonces se supo toda la triste verdad. (1). Los dos vapores del lago y probablemente todos los del río habían caído en poder de los aliados. Pero no fue sino hasta el 24 de enero que de Panamá le llegó información fidedigna a Walker de todo lo ocurrido en el Río San Juan. (2).

Poco antes de emprender Spencer su campaña habían los filibusteros traído de San Juan del Norte una pequeña goleta que para echarla al lago reparaban en La Virgen, cuando aparecieron los vapores frente a la playa de la isla de Ometepe. Walker pidió su opinión a Fayssoux sobre la posibilidad de utilizarla en un intento de volver a tomarse los vapores; había quienes ardían en deseos de cruzarse por la noche a Ometepe en la goleta con viento favorable y capturarlos. Fayssoux opinó en contra del plan, y para que la goleta no cayera en poder de los aliados se le pegó fuego.

¹⁵ El General Mora no hizo por donde comunicarse con los aliados acuartelados en Masaya hasta que hubo llevado to-

(1) "Experience of Samuel Absalom, Filibuster", Atlantic Monthly, IV., Págs. 651 - 65.

(2) La Guerra de Nicaragua, Págs. 356 - 7, por Walker.

das sus tropas a San Carlos, dejando así asegurada la defensa del río. Estaban ya los aliados casi a punto de abandonar la campaña cuando les llegó la noticia del triunfo costarricense. Esto dio a Mora y a Cañas prevalencia ante los generales aliados, de lo cual salió Cañas con el nombramiento de Comandante en Jefe, y se ordenó acto seguido marchar de frente sobre Rivas. Henningsen, entre tanto, había consolidado las defensas de esa ciudad. Walker pensaba mantenerse siempre a la ofensiva, pero antes quería poner la ciudad en tal estado de defensa que una pequeña guarnición pudiera retenerla y conservar a salvo sus víveres y pertrechos, mientras él, con el grueso de sus fuerzas, saldría a darle batalla al enemigo. Los filibusteros pegaron fuego a los ranchos de las rondas de la ciudad y desbrozaron sus montuosos alrededores para que los aliados no pudieran emboscarse allí. Hiciéronse nuevas trincheras y se reforzaron las viejas. El Coronel Swingle montó talleres de mecánica en la ciudad y en San Juan del Sur se apropió de una maquina de vapor que acondicionó como taller de fundición para fabricar balas de cañón, quizá la primera fábrica de ese género montada en Nicaragua. Apropióronse igualmente los filibusteros de todas las campanas de las iglesias de Rivas y su inmediaciones para convertirlas en balas.

El 26 de enero ocuparon los aliados el pueblo de El Obraje, (+) unas tres millas al Norte de Rivas, y se atrincheraron tan perfectamente allí que Henningsen aconsejó no atacarlos a fondo. Dos días más tarde se trasladaron a San Jorge, en las orillas del lago, desde donde podían comunicarse con Mora. Aquí también levantaron rápidamente trincheras. (1). El 29 salieron Henningsen y Sanders a desalojarlos de ese punto. Pero los celos que Sanders y otros oficiales tenían de Henningsen motivaron la desunión de las fuerzas. Y hubo más todavía: varios oficiales bebieron tanto

(+) Hoy Belén (N. del T.).

(1) "La rapidez con que los soldados centroamericanos construyen barricadas es casi increíble; una larga práctica los ha hecho en esto más diestros que el mismo poblacho de París". *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 360, por Walker.

aguardiente antes de entrar en combate, que se les fue a la cabeza y no entendieron ni pudieron ejecutar fielmente las órdenes de sus superiores. En el ataque —que fue un desastre— Walker perdió casi ochenta de los cuatrocientos hombres que mandó allá. Los aliados estaban en superioridad numérica de cinco a uno, y de tal manera atrincheros que el éxito habría sido imposible aun cuando la proporción entre filibusteros y aliados hubiese sido a la inversa. A causa de aquellos celos Walker relevó a Henningsen, y a las cuatro de la mañana del 4 de febrero a la cabeza de doscientos hombres atacó San Jorge. Y por segunda vez no pudieron los filibusteros tomarse las trincheras. Volvieron a sufrir un desgaste que no podían permitirse en esas circunstancias; veinticinco hombres perdieron, incluso algunos de sus mejores oficiales.

El Presidente Mora recurrió a nuevas tácticas para urdir la ruina de los filibusteros. El año anterior, cuando entró en Nicaragua, amenazó con fusilar a todo filibustero que fuese tomado con las armas en la mano. Esto no había hecho más que enardecer la resistencia de ellos, haciéndoles pelear con más fiereza. Ahora en cambio Mora hacía circular hojas impresas en las afueras de Rivas prometiendo protección y pasaje gratis hasta Estados Unidos a todo aquel que desertase de las filas de Walker. Ya no quería acabar con todos los invasores, únicamente con su líder. En 1856 había declarado guerra a todos los filibusteros; en 1857 se la hacía a uno solo. Los efectos de la promesa de Mora se hicieron sentir en breve. La desertión brotó como epidemia. Se hizo cosa de todos los días y más principalmente entre los californianos, cuya vida libre en el Oeste los había hecho menos dóciles a los rigores de la disciplina militar que los oriundos de los estados americanos del Atlántico. Cerrado el Río San Juan, ya sólo llegaban reclutas de San Francisco, y muchos de ellos, amargamente desilusionados por no haber encontrado la situación como se las habían pintado, y no sintiéndose ya obligados moralmente a servir una causa que parecía agonizar, se pasaban en la primera oportunidad a los

aliados. No tenían con Walker lazos que los ligaran, como los que ataban a los sobrevivientes de "aquellos cincuenta y seis primeros" y a otros llegados al principio.

Tras de cada rechazo de los filibusteros, los aliados peleaban con más confianza. Entonces fue que éstos empezaron a salir de sus trincheras, y el 5 de marzo llegaron hasta el propio camino del Tránsito donde inflingieron una tremenda derrota a los rifleros de Walker jefeados por Sanders y Waters, enviados allá con la misión de hacer retroceder a los aliados a San Jorge. (+). Esta vez ambos bandos pelearon en números casi parejos (160 rifleros contra 200 aliados); el efecto de esta derrota deprimió mucho a los americanos. Viendo que algo serio debía hacerse para vivificar el abatido espíritu de su gente, Walker planeó hacer un último esfuerzo lanzando todas sus tropas contra los aliados atrincherados en San Jorge. Cuatrocientos hombres era todo de lo que podía disponer para el empuje. Henningsen sacó su artillería, que eran siete cañones de diversos tipos. La marcha sobre el puertecito comenzó a las dos de la mañana del 16 de marzo, y al amanecer la artillería rompió los fuegos. El cañoneo obligó a los aliados a desocupar la plaza, y se metieron en gran número entre el tupido monte de las afueras con el fin de picarle la retaguardia a Walker y cortarle la retirada a Rivas. Este movimiento obligó a Walker a dar media vuelta y presentar batalla en el camino que conducía a su cuartel general. Durante su ausencia los aliados habían tratado de entrar en Rivas, pero Swingle los mantuvo a raya. Sin embargo, a media legua de la ciudad habían ellos levantado una trinchera, y los filibusteros tuvieron que pelear un día entero para poder volver con su artillería y heridos al lugar de donde salieron. Setenta y seis de los cuatrocientos fueron muertos o heridos, y no hicieron nada digno de mención. San Jorge seguía en poder de los aliados y éstos continuaban recibiendo refuerzos, mientras que los filibusteros, tras de lanzar contra aquéllos lo más de las fuerzas que pu-

(+) Fue esta la batalla de El Jocote, ganada por el General nicaraguense Fernando Chamorro. (N. del T.).

dieron, estuvieron a punto de ser envueltos y exterminados. Este asalto del 16 de marzo fue el último golpe que descargó Walker. De ahí en adelante se mantuvo estrictamente a la defensiva. Aun habiendo sufrido los aliados en cada uno de los encuentros bajas mucho mayores que los filibusteros, podían seguir dándose el lujo de perder cinco hombres por uno de Walker, y aun así pelear en términos iguales.

Justamente una semana después, con los primeros indicios del amanecer del 23 de marzo, los aliados tomaron la ofensiva atacando a los filibusteros en Rivas. Fueron repelidos con fuertes pérdidas y el cañón de a cuatro libras de Cañas, que un artillero italiano manejaba con pericia, les fue tomado y llevado en triunfo a la ciudad. Pero seguían empleando dos arqueológicos cañones de a veinticuatro libras del tiempo de la colonia que habían llevado allí por el lago. A intervalos irregulares lanzaban con ellos balas rasas sobre la plaza, las cuales recogían Swingle para refundirlas y devolvérselas en balas de a seis.

Un rol de las fuerzas, enviado al día siguiente por Walker a Edmund Randolph, revela que en Rivas había un total de tal vez ochocientos hombres, 332 de los cuales eran aptos para pelear, y 224 yacían enfermos o heridos. El resto se componía de empleados de los almacenes de guerra, de la intendencia y de los hospitales, de soldados con licencia y de civiles. Walker aseguraba que bastaría un leve empuje para desalojar al enemigo; pero que no quería desperdiciar hombres innecesariamente, de modo que se limitaría a retener la ciudad en espera de saber algo definitivo acerca de Lockridge. Había enviado a éste por la vía de Panamá un mensaje diciéndole que viniera a juntársele en Rivas, y que él no evacuaría la ciudad mientras tuviera esperanzas de que los americanos se abrirían paso por el río. (1).

Ya no podían hacerse salidas de aprovisionamiento lejos de Rivas, pues corrían el riesgo de una emboscada. El

[1] Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 235.

27 de enero los sitiados probaron por primera vez la carne de mula en su menú. (1). Matáronse las primeras secretamente por la noche junto con unos bueyes, y nadie sospechó lo que se estaban zampando. Pero al día siguiente se descubrió la engañifa, y entonces algunos rehusaron comer su ración de carne hasta que se les dijo que sin darse cuenta habían estado comiendo mula desde días antes. Junto con esa carne dábase a la tropa plátano y chocolate. Los animales comían hojas de mango. Mas no fue la carne de mula ni fueron los cañones de a veinticuatro libras lo que abatió a los filibusteros en Rivas, sino el constante pasarse a los aliados. Unos cuantos desertores, seducidos por la promesa de garantías dada por Mora, lanzaron mensajes dentro de las líneas de Walker haciendo saber a sus excamaradas que los costarricenses habían cumplido estrictamente su palabra. Algunos de esos mensajes llegaron a su destino y las desertiones aumentaron grandemente. Por ejemplo, de la última compañía de californianos llegada el 7 de marzo a Nicaragua (setenta Guardias de la Estrella Roja) no quedaban a principios de abril más que doce. (2).

Los filibusteros tenían que para el 11 de abril, aniversario de la segunda batalla de Rivas, los aliados lanzaran otro asalto a la ciudad, y su temor se hizo realidad antes de clarear el día. Por tres puntos embistieron los aliados, y por los tres fueron rechazados. Unas tropas guatemaltecas llegadas el día anterior, arremetieron de frente ignorando por completo el alcance de los rifles, y se acercaron tanto a las trincheras filibusteras que a éstos casi les daba lástima matarlos. Walker sólo tuvo tres muertos y seis heridos, en tanto que los aliados perdieron de 600 a 800 hombres. Walker, no teniendo qué dar de comer a los heridos aliados que después del frustrado asalto quedaron dentro de sus líneas, se los devolvió al enemigo bajo bandera de tregua. Durante

(1) *With Walker in Nicaragua*, Pág. 154, por Jamison; el *Delta*, de Nueva Orleans, 28 de mayo de 1857.

(2) El capitán de esta compañía escribió un relato de su corta e ignominiosa carrera. Ver *Last of the Filibusters*, por William Frank Stewart. (Sacramento, 1857).

la lucha los filibusteros hicieron también sesenta prisioneros. Walker propuso a los aliados canjearlos por ganado vacuno, pero su propuesta fue rechazada. Insinuó en seguida que les mandarían de comer mientras los tuviera él en su poder. Esta propuesta fue igualmente rechazada, pues los aliados dudaban, y con razón, que los víveres llegaran a manos de los prisioneros. El asalto del 11 de abril fue la última acción de la guerra. De ahí en adelante los choques fueron sólo tiros sin ton ni son y escaramuzas entre piquetes y retenes.

Por la noche del día del ataque despachó Walker a San Juan del Sur al Capitán Hankins a pie con dos muchachos del país a recoger la correspondencia de Panamá. Regresó a caballo el 14; el solípedo llegó a incrementar la escasa provisión de comestibles. Este incidente demuestra que los aliados no tenían cercada toda la ciudad, y que de haberlo querido, la fuerza entera de filibusteros pudo haber salido de Rivas a la costa del Pacífico sin estorbo ni tropiezo. A decir verdad, esto era precisamente lo que Walker tenía en mente hacer tan pronto como la falta de víveres le hiciera imposible seguirse sosteniendo por más tiempo en Rivas. Seguía él en la ciudad en parte porque esperaba que llegara Lockridge, a quien había ordenado juntársele allí, y en parte también porque no quería que los centenares de enfermos y heridos cayeran en manos de los aliados. Su propósito era, en caso de que fuese necesario evacuar Rivas, dirigirse a San Juan del Sur y embarcar toda su tropa en la goleta **Granada**, bien perrechada entonces. Hankins trajo cartas informándole de la llegada a San Juan del Norte de los "Batidores del Alamo" y de una compañía de Mobila en refuerzo de Lockridge. Esto inyectó cierto aliento, pero Hankins trajo también cartas de Nueva York haciendo saber que Morgan y Garrison habían resuelto retirar sus vapores oceánicos de la línea de Nicaragua. De manera que aun cuando Lockridge coronase sus esfuerzos, ya no podría esperarse la llegada de más reclutas de Estados Unidos hasta que se hiciesen otros arreglos para su transporte, lo cual ponía de manifiesto que los días del régimen filibustero estaban contados.

Walker achaca a debilidad y timidez el hecho de que la compañía naviera lo abandonase, y declara que si bien él creía que Morgan y Garrison le serían fieles solamente hasta cuando conviniese a sus propios intereses, por lo menos esperaba de ellos mayor osadía y sagacidad que las demostradas en esos críticos momentos. (1). Pero, a decir verdad, esos hombres revelaron sensatez percatándose de lo inútil que era seguir peleando con Vanderbilt; y puesto que los barcos de ellos no servirían sino para llevar refuerzos y pertrechos a Walker —empeñado en esos momentos en una causa perdida— el retiro de sus vapores no solamente era necesario como cuestión de política económica de la compañía, sino también un acto humanitario, ya que a todo nuevo recluta que llegara a Nicaragua no le esperaban más que muchos sufrimientos y tal vez la muerte; sólo embaucados podían ir allá. No fue pues traición de parte de Morgan y Garrison lo que hizo zozobrar la empresa de Walker. Los vapores de esos señores continuaron prestándole servicios en el Pacífico hasta más de tres meses después del cierre del Tránsito, y de los puertos del Atlántico siguieron también llevándole reclutas mientras hubo esperanzas de reabrir el río.

Y he aquí que otro actor entra entonces en escena. A principios de febrero ancló en San Juan del Sur la corbeta americana **Saint Mary**, al mando del Capitán Charles H. Davis. El Comodoro Mervine le ordenó el 19 de enero de 1857, en Panamá, dirigirse a aquel puerto y adoptar allí las disposiciones pertinentes para proteger la vida y la propiedad americanas mientras durase la precaria situación de Nicaragua. (2). Poco después de haber arribado Davis, los aliados le pidieron que impidiese en San Juan del Sur nuevos desembarcos de reclutas para Walker, basando la solicitud en que tal medida estaría de acuerdo con la política del gobierno americano que en numerosas ocasiones había impedido la salida de expediciones filibusteras de Estados Unidos. Da-

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 391 - 2, por Walker.

(2) House Doc. 2, 35 Cong., 1 Sess. Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 203.

vis respondió que si bien era deber de los funcionarios de su gobierno aplicar la ley de neutralidad dentro de las jurisdicción territorial de Estados Unidos, ello no obligaba a los oficiales navales a aplicarla en territorio de naciones extranjeras. Y les manifestó además que su gobierno sabía de la guerra civil que desguazaba a Nicaragua, pero que era neutral en ella. En consecuencia, dijo él, no podía prestar ayuda a ninguna de las partes beligerantes, pero sí la debida protección a la propiedad y la vida de norteamericanos.

Como protector de la propiedad americana Davis desplegó encomiable celo. Cuando la captura de los vapores del lago, por ejemplo, hallábase en el puerto de San Juan del Sur el barco americano **Narragansett**. Walker se apoderó de sus botes llevándoselos al lago con el propósito de utilizarlos en la recaptura de los vapores. Davis hizo que los devolviera. En otra ocasión, una patrulla costarricense disparó en aquel mismo puerto contra un grupo de marineros del vapor **Orizaba**, de Morgan y Garrison. Se les había enviado a tierra a surtirse de agua potable y uno de ellos fue apresado. Davis intercedió consiguiendo que lo soltaran. (1). El 24 de abril, con el consentimiento de los beligerantes, envió Davis al Teniente Huston y a un cabo de marinos a Rivas a evacuar de allí a las mujeres y a los niños para llevarlos a San Juan del Sur bajo protección de las bandera americana.

En esa situación las cosas, convínose en una cesación de hostilidades durante la cual filibusteros y aliados fuera de las trincheras se confundieron en regocijada camaradería. Los aliados obsequiaron aguardiente y tabaco a los filibusteros, lo que fue una bendición para los adictos al fumado y la bebida; y eso fue también probablemente ocasión para que muchos incrédulos viesan la conveniencia de desertar. Sea como fuere, de ahí en adelante las desertiones se hicieron más comunes todavía, hasta el punto de que durante la semana siguiente llegaron a ser de quince y veinte al día. El colmo

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 229.

fue que uno de los médicos del hospital desertó y por la noche se acercó a las trincheras a distancia de ser oído, y desde allí exhortó a los filibusteros a pasarse al campo aliado— todos los que pudieran hacerlo— asegurándoles que serían bien tratados. Dábales su palabra de honor, como francmasón que era, de que al tomar la ciudad los aliados no harían ningún daño a los enfermos y heridos que encontraran allí. (1). Esta última consideración había hecho que muchos filibusteros siguieran todavía leales. El temor de que el enemigo degollara a sus camaradas y heridos, como lo habían hecho el año anterior los costarricenses, daba fuerza a muchos para pelear hasta morir. Titus, el "Matón de la Frontera" que después de su chasco de El Castillo se había incorporado a Walker por la vía de Panamá; Bostic, Secretario de Estado de Walker; y Bell, Mayor de Infantería, fueron algunos de los que se pasaron a los aliados. El mal ejemplo dado por los oficiales cundió entre los soldados. Unos cuantos desertores fueron tan desconsiderados que se llevaron sus caballos, empobreciendo aún más los ya menguados comestibles. Noche a noche Titus y otros desertores se encaramaban en las trincheras aliadas instando a sus ex-camaradas a venir a juntarse a ellos, llamándolos a veces por sus propios nombres y haciéndoles agua la boca con descripciones de comida, tabaco y guaro en abundancia. Los americanos no peleaban allí por su patria; poquísimos lo hacían por algo que no fuese el amor a la aventura —causa que en verdad no tiene nada de sagrado— de modo que nada de extraño tenía que en la primera oportunidad escapasen de los tormentos del hambre y la sed de guaro que a los más de ellos mortificaba, y bajo las copiosas lluvias de la noche buscaban el amparo de los que habían sido sus enemigos. Finalmente Walker expidió un comunicado diciendo que todo aquel que así quisiera podía irse solicitándole a él salvoconducto. De esa manera no se les consideraría desertores. Sólo cinco aprovecharon la ocasión, y cuando salían de la ciudad fueron rechiflados y

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 212.

escarnecidos con gritos de irrisión. A uno que le faltó coraje y se volvió del camino, Walker lo echó del campo.

El 28 de abril Walker visitó a la tropa en sus cuarteles. Les habló asegurándoles haber recibido noticias de Lockridge, quien llegaría, les dijo, de un momento a otro. Sabíase que ese día Walker había recibido correspondencia, lo que dio a los hombres esperanzas de que lo dicho por él fuera cierto. Sin embargo nada ocurrió, salvo tiroteos esporádicos hasta el anochecer del 30 en que un ayudante de campo del General Mora llevó a Walker una carta del Capitán Davis. Este, viendo que la situación de Walker era insostenible, se presentaba en carácter de mediador entre filibusteros y centroamericanos con miras a poner fin al conflicto llevándose del país a los primeros. Mora, rechazado dos veces en intentos de tomarse por asalto la ciudad, estaba convencido, según propia confesión de que el logro de su objetivo costaría mucha sangre, pues había descubierto que el enemigo era mucho más fuerte de lo se le había hecho creer. Estaba resuelto a obligar a Walker a rendirse por hambre cuando intervino Davis manifestando que si se salvaba la vida de los americanos él conseguiría la capitulación del líder filibustero. A cambio de salvarles la vida Mora recibiría todas las armas y demás pertrechos que aquéllos tenían en San Juan del Sur y Rivas. (1). De buen grado aceptaron los aliados la propuesta, pues merced a ella ganarían la guerra sin tener que seguir peleando ni gastando más dinero. Davis envió a Walker la citada carta. Cruzáronse varios mensajes antes de entablar en firme las negociaciones. Se arreglaron los preliminares en las primeras horas de la noche y Walker envió a Henningsen y Waters como delegados ante Davis en el campo aliado. El oficial naval les dijo que tenía pleno conocimiento de la situación de Walker, quien sólo podía sostenerse a lo más unos días. Les informó asimismo que Lockridge había abandonado la campaña del San Juan regresándose

(1) El informe oficial de Mora lo reprodujeron varios periódicos americanos que lo tomaron de *Crónica*, de San José de Costa Rica. Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 215.

a Estados Unidos, y que ya no volverían vapores a San Juan del Sur. Sabía además, añadió, que los americanos carecían de víveres y desertaban en gran número. Proponía, en consecuencia, que los sobrevivientes se rindieran a él y que Walker y dieciseis oficiales de su elección subieran a bordo del **Saint Mary** con destino a Panamá; los demás oficiales y soldados serían llevados también allá, pero por otra ruta, acompañados de un oficial de la marina americana y bajo la protección de su bandera. Henningsen discutió al principio diciendo que no se sabía aún con certeza si Lockridge había abandonado su intento, y que aun así bien podía Walker abrirse paso por entre las líneas enemigas y embarcarse en San Juan del Sur en el **Granada**. A esto último Davis replicó que no permitiría salir del puerto a la goleta, y que la apresaría antes de partir él de San Juan del Sur. La entrevista duró hasta las dos de la madrugada, hora en que Henningsen y Waters regresaron a Rivas, no sin antes prometer a Davis traerle la respuesta de Walker a las diez de la mañana, siempre y cuando las negociaciones no se rompieran.

La determinación de Davis de apoderarse de la **Granada**, matándole con ello a Walker toda esperanza de escape, no significaba para el filibustero más que un ultimátum que debía aceptar o perecer. Redactóse en el Cuartel General de Walker el convenio de capitulación, incorporando en él las propuestas de Davis, y se le añadió una cláusula tocante a las garantías que debían darse a los naturales del país que habían abrazado la causa de Walker, y de quienes nadie se había acordado en la entrevista. Walker se negaba a firmar ningún convenio que no consignara tales garantías. A la hora fijada Henningsen llevó el documento a Davis con la referida cláusula de Walker. Aprobado que fue por Davis, volvió Henningsen donde Walker por su firma. Durante su entrevista con Davis esquivó Henningsen en lo posible a los oficiales aliados, limitándose a un cambio de saludos protocolarios con dos de ellos, y esforzándose por hacer ver que él sólo trataba con el capitán de corbeta americano. Waters

volvió con el documento a donde Davis, con quien se estuvo hasta que Walker le mandó a decir que estaba listo para irse.

Entre tanto, por órdenes de Hennigsen destruíanse el arsenal y los cañones. La máquina de vapor, el fuelle y el cubilete del taller de fundición fueron también destruidos. Los filibusteros inutilizaron trece cañones rompiéndole los muñones aserraron por el medio las cureñas, y en los pozos de la ciudad echaron 1.500 libras de pólvora, 55.000 tiros, y 300.000 fulminantes. No fue pues por falta de pertrechos que los filibusteros capitularon. Sólo quedaron sin ser destruidas las armas manuales y unas seiscientas balas rasas de cañón, junto con las granadas.

A las cinco de la tarde del 1º de mayo entraron en la plaza Davis y Zavala, éste iba como escolta personal de Walker y de su estado mayor, y él mismo los haría pasar por entre las líneas aliadas. Hízose formar la tropa filibustera en la plaza para leérseles la última orden día (la No. 59). Decíales Walker en ella haber firmado el convenio en razón de solemnes seguridades dadas a él respecto de que Lockridge había renunciado a sus esfuerzos de llevarles ayuda por el San Juan, habiéndose regresado ya a Estados Unidos. Añadía que por el momento se separaba de ellos, y expresaba su agradecimiento a los oficiales y soldados que militaron bajo su mando, manifestándoles que las cosas habían llegado "a la presente situación por la cobardía de algunos, la incapacidad de otros, y la traición de muchos", pero que "pese a todo, el ejército ha escrito una página en la historia americana que será imposible olvidar ni borrar jamás. Esperamos que el futuro, si no el presente, nos juzgue con justicia". Después de este mensaje de despedida se leyó a la tropa el texto del convenio firmado por Walker y Davis. Acto seguido avanzó Hennigsen para notificarles que desde ese momento quedaban todos al mando del Capitán Davis y bajo la protección de la bandera americana, y que era de esperarse prestaran al capitán de la marina la misma ciega obediencia que habían rendido a su general en jefe. Luego

Henningsen entregó el mando de la guarnición a Davis, quien también les habló pidiéndoles ayudarlo en el desempeño de su espinosa tarea. El marino y el filibustero se encaminaron hacia el Cuartel General de Walker, y lo encontraron vacío. Walker y su Estado Mayor, mientras ocurría lo anterior, habíanse escabullido a caballo y tomado el camino de San Juan del Sur escoltados por el General Zavala. (1).

La precipitada partida de Walker resintió mucho a la tropa. Lo acusaron de haberlos abandonado en la desgracia, y de pensar sólo y antes que todo en su seguridad personal. Consideraban que, al igual del capitán de un barco que se hunde, debió haberse quedado hasta no ver al último a salvo. Pero en vez de ser así, fue el primero en buscar como salvarse abandonando a una tercera parte de sus partidarios enfermos y heridos. Fue también censurado por haber tomado una ruta de regreso a su patria distinta de la de ellos, y algunos de sus críticos dijeron que tuvo miedo de enfrentarse a otros que no fueran sus oficiales de mayor confianza, cuando había desaparecido toda sujeción a la disciplina militar. El evidente desempeño en que Walker dejó a sus soldados se hizo más ostensible aún a poco de la ocupación de la plaza de Rivas por los aliados. No había él dicho nada a Davis respecto de su arsenal, y es probable que el marino no supiera de su existencia. Los aliados, por tanto, consideraron la destrucción del arsenal una flagrante burla del convenio de capitulación, y tanto enfureció eso a los soldados que mucho costó a sus oficiales impedir que desahogaran su rabia en los ya indefensos filibusteros. (2). La rabia de los aliados, sin embargo, no tenía razón de ser, puesto que Walker no se había rendido a ellos sino al capitán de un buque de guerra americano, quien nada había estipulado acerca del armamento, como no fuera que los soldados filibusteros debían entregar sus armas; que todos los oficiales

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 202; **La Guerra de Nicaragua**. Págs. 403 - 9, por Walker.

(2) Data dado personalmente al autor por el General John T. McGrath. Ver también el Vol. 4 de los libros de recortes de Wheeler, Pág. 215.

podían conservar sus armas de cinto y que Walker y sus dieciseis oficiales seleccionados por él llevaran sus espadas y revólveres. Uno de los artículos del convenio estipulaba que los hombres aún fieles a Walker no serían transportados en los mismos barcos que los desertores.

Al momento de capitular, los filibusteros tenían todavía víveres para dos o tres días, y esto era: dos bueyes, dos mulas, y algo así como diez quintales de azúcar. Durante más de un mes su dieta fue principalmente de carne de caballo y de mula, azúcar y chocolate. Con gran riesgo de sus vidas podían hacerse de unos pocos mangos en las rondas de la ciudad; pero como había quienes deseando pasarse al enemigo se hacían "capturar" cuando recogían la fruta, los que no querían manchar su reputación con sombras de sospecha no se acercaban a los mangos.

En Rivas se rindieron en total 463 hombres, clasificados así: oficiales y soldados en servicio activo, 164; heridos, enfermos, médicos y asistentes de hospital, 173; empleados de diversas dependencias y civiles armados 86; tropa nicaragüense, 40. (1). Estas cifras hablan con mayor elocuencia de lo que pudiera decirse con palabras acerca de la muerte, enfermedades y las deserciones ocurridas durante el sitio de Rivas. Cuando Walker concentró allí sus fuerzas para librar su última batalla contaba con 919 hombres. El 1º de febrero le llegaron cuarenta reclutas de California, y el 7 de marzo setenta más. Tenía por lo tanto en Rivas un total de 1.026 hombres; y como el día que capituló no le quedaban más que 463, el número de muertes y deserciones en cuatro meses de sitio alcanzó a 566, o sea el 55% del total de sus fuerzas. Digno de atención es el hecho de que cuarenta soldados nicaragüenses estuvieran con Walker hasta el último momento, sirviéndole voluntariamente. Al contrario de los generales centroamericanos, Walker nunca obligó a engrosar sus filas a ningún hijo del país, y era precisamente su temor al reclu-

(1) Tomado del informe de Henningsen que figura en el Vol. 4 de los libros de recortes de Wheeler.

tamiento forzoso lo que hacía que la gente más pobre lo considerara al principio como su libertador. Por mucho tiempo la oposición a los filibusteros en Nicaragua se circunscribió principalmente a las clases superiores, que eran los **calzados** (así en el original inglés). Fue sólo hasta cuando aparecieron los de la proveeduría montada llevándoseles sus caballos, mulas, ganado, y víveres, que los más pobres se volvieron contra los filibusteros. La visita de uno de esos de a caballo significaba para ellos el hambre, lo cual era peor que el reclutamiento durante sus guerras intestinas. Es verdad que también los jefes militares nicaragüenses se les llevaban sus víveres, pero en mucha menor cantidad que los filibusteros. El soldado del país requiere un mínimo para su manutención; a él le bastan sólo plátanos y tortillas de maíz, y en tan mínima cantidad que con esa magra dieta un filibustero se moriría lentamente de necesidad. Por su parte, el filibustero exigía sus diarias raciones de carne, y la porción que consumía de bebidas y comida era tal que los nicaragüenses la consideraban enorme. Su apetito, pues, les obligaba a saquear el país.

Los soldados nicaragüenses que Walker tenía en Rivas, en los intervalos de la lucha conversaban a menudo con sus paisanos de las trincheras contrarias. Algunos de los que estaban con los aliados decían a sus compatriotas haber sido **agarrados** (así en el original inglés) y llevados allí a la fuerza. Walker dice en su libro que de las trincheras leonesas nunca dispararon contra los americanos. (1). Walker y los oficiales de su Estado Mayor seleccionados por él, con excepción de Henningsen, se alojaron en camarotes del **Saint Mary** en la noche del día de su rendición. Davis no llegó sino hasta la mañana siguiente, cuando pidió a Walker entregarle la goleta **Granada** sin oposición alguna para no tener que hacer uso de la fuerza. El convenio de capitulación no mencionaba el barco, por consiguiente, Walker se negó a entregarlo; pero Davis, poniendo oídos sordos a los argumentos

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 395, por Walker.

del filibustero, ordenó a su Primer Teniente Maury abordarlo y apoderarse de él. Este oficial llegó a la **Granada** exigiéndole a Fayssoux su entrega. El valeroso capitán respondió que sólo ante fuerza superior la entregaría. La **Saint Mary** apuntó entonces sus cañones a la goleta y embarcó a gente armada en sus botes. Realizada esta operación Maury intimó a Walker diciéndole que si quería evitar un derramamiento de sangre ordenara a Fayssoux rendir el barco. El filibustero vencido escribió entonces esta nota a Fayssoux: "Entregue la goleta **Granada** a Estados Unidos". Al poco rato fue arriada la bandera de Nicaragua y la de Estados Unidos subió al tope del palo mayor. La marina nicaragüense había dejado de existir. Y para colmar la copa de la amargura del filibustero, el 4 de mayo, segundo aniversario de la salida del **Vesta**, Davis entregó la goleta a los costarricenses, quienes la pusieron en manos de un negro jamaicano ayudante del General Cañas. Días después desplegó sus velas repleta de guatemaltecos con rumbo a El Realejo. Una tormenta la hizo pedazos contra los arrecifes de la costa, pero la gente se salvó. Así terminó la breve carrera del primer barco de guerra nicaragüense. (1).

Davis no tenía más autoridad para intervenir que las instrucciones recibidas de Mervine sobre la protección de la vida y propiedades de ciudadanos norteamericanos. El Secretario de Marina, sin embargo, había enviado instrucciones a Mervine de ofrecer a Walker y a los que siendo ciudadanos americanos fuesen también partidarios suyos, la oportunidad de salir de Nicaragua; pero Davis, sin conocer tales instrucciones, actuó en conformidad con ellas. El Departamento de Marina aprobó todo lo hecho por él, salvo la aprehensión de la goleta **Granada** y su entrega a una de las partes beligerantes. (2). Los sobrevivientes de la expedición, 364 en total, fueron llevados a Panamá, donde Mervine los atendió. Las mujeres y los niños evacuados de Rivas por Davis duran-

(1) Carta de Walker a Buchanan publicada en el *States*, de Washington, el 17 de junio de 1857; *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 410 - 11, por Walker.

(2) Informe al Secretario de Marina, 1857, en House Ex. Doc. 2, 35 Cong. 1 Sess.

te las hostilidades pasaron los días críticos en casa del cónsul americano en San Juan del Sur; para su manutención los oficiales de la corbeta **Saint Mary** contribuyeron con unos cuatrocientos o quinientos dólares. Esta gente, junto con los enfermos y heridos, más los oficiales que Walker dejó, fueron enviados a San Juan del Norte, donde los médicos ingleses del **Orion** asistieron a los enfermos. El barco de guerra americano **Cyane** se los llevó a todos a Colón, 142 en total, incluyendo trece mujeres y cinco niños, a donde llegaron el 16 de junio. El **Orion**, habiéndole precedido, volvió a prestarles ayuda. El Comodoro Hiram Paulding, Comandante de la Flota del Caribe, gestionó su transporte hasta Nueva York a bordo de uno de los vapores de esa ruta, pero la compañía naviera sólo accedió a llevarlos a Nueva Orleans. Sin embargo, habiendo insistido los médicos en que debía llevarseles a un clima más septentrional, Paulding se encargó de transportarlos hasta Nueva York a bordo del **Wabash**, su barco insignia. Más de la mitad de la gente estaba enferma, y todos, cuando subieron a bordo de los barcos americanos, iban en estado de indigencia, faltas de ropa adecuada y plagados de chinches y de piojos. De los almacenes del barco se les dio lo que se pudo. El Capitán Erskine, de la armada inglesa, ofreció el **Tartar** para llevar a los sobrevivientes a Estados Unidos tan pronto como ese barco volviese de su viaje a Nueva Orleans a donde había conducido a los hombres de Lockridge, pero Paulding declinó el ofrecimiento. (1). El **Wabash** entró en Nueva York el 28 de junio con 138 refugiados; cuatro habían muerto en el viaje.

El Comodoro Mervine, entre tanto, se las veía negras con más de trescientos hombres de Walker; las tribulaciones de éstos eran también grandes y constituían además un peligro para la salud de la marinería. Los envió por tren de Panamá a Colón, de donde fueron transportados a Estados Unidos.

[1] Manuscritos de los Archivos de la Secretaría de Marina, Flota del Caribe, II, Pág. 33 y otras.

La invasión de Nicaragua no fue una excursión campestre. Se ha calculado que, en proporción numérica, las bajas de los filibusteros fueron así como el doble de las sufridas por el ejército americano en la guerra con México. El 11 de abril de 1856 los filibusteros perdieron en Rivas el veinticuatro por ciento de sus combatientes; en la segunda batalla de Masaya, el 17 de noviembre, perdieron el treinta y cinco por ciento; en el sitio de Granada el cincuenta y siete por ciento; en la primera batalla de San Jorge, el veintitrés por ciento; y en la última, el dieciocho por ciento. (1). Varios son los cálculos hechos de las bajas que por una u otra causa sufrieron los filibusteros. Monsieur Felix Belly, publicista francés que estuvo en Nicaragua poco después de la caída de Walker, y que dejó un muy entretenido aunque no muy exacto relato de lo que vio y supo allá, dice que en Nicaragua murieron catorce mil filibusteros. (2). Según otro cronista, de los estados americanos del Atlántico salieron siete mil aventureros hacia Nicaragua y unos tres mil quinientos de California. (3). Ambos datos son burdas exageraciones. La fuerza efectiva de Walker nunca pasó de mil doscientos hombres, y el mayor número que lanzó al combate fue de ochocientos, en su primera batalla de Masaya. De acuerdo con un informe que se dice preparó el ayudante general de Walker, el total de soldados enganchados hasta el 24 de febrero de 1857, con exclusión de los del país, empleados de las diversas dependencias, y ciudadanos voluntarios, fue de 2.288. (4). Después de esa fecha sólo le llegaron setenta reclutas más. Henningsen, que relata pormenores con precisión militar, fija el total de enganchados desde el desembarco de Walker hasta el día de su rendición en 2.518 hombres. Este dato incluye los contingentes omitidos en el informe del ayudante general del líder filibustero. Como puede verse, ambos informes concuerdan. Henningsen da cuenta también de lo que ocurrió a los filibusteros enganchados: Mil murie-

(1) Informe de Henningsen. Ver Vol. 4, Pág. 208 del libro de recortes de Wheeler.

(2) *A Traverss l'Amérique Centrale*, Vol. 1, Pág. 285, por Felix Belly.

(3) *Dublin Review*, XLIII, Pág. 375.

(4) *Nicaragua*, Págs. 209 - 10, por Peter F. Stout (Filadelfia, 1859).

ron en combate o de enfermedades; 700 desertaron; 250 fueron dados de baja; 80 cayeron prisioneros estando de guardia en poblaciones o en vapores, y el resto se rindió en Rivas, con excepción de unos pocos más de quienes no se da cuenta. El treinta y cuatro por ciento de las fuerzas fue muerto o herido; el cuarenta por ciento cayó víctima de las balas aliadas o de las enfermedades; el veintiocho por ciento desertó; el diez por ciento fue dado de baja; el cuatro por ciento fue hecho prisionero o no se supo nunca de ellos. Tan sólo quedó el dieciocho por ciento que se rindió en Rivas.

Los cálculos referentes a las bajas sufridas por los centroamericanos son sólo presunciones, pero no es muy aventurado decir que fueron cuatro o cinco veces mayores que las de los filibusteros. No tenían armas de precisión ni eran duchos en el manejo de las suyas, mientras que los otros eran en gran parte expertos tiradores. El francés M. Belly ardiente simpatizador de los aliados en su lucha contra Walker, describe con gran elocuencia los horrores que los atormentaban. "El cólera y las plagas", dice, "junto con los rifles americanos hacían de cada ciudad una tumba y de cada jornada una hecatombe . . . Aquello no fue una guerra, fue una carnicería". (1). Y también el Presidente Mora, después de la batalla de Rivas del 11 de abril de 1856, declaró que los filibusteros pelearon más como demonios que como hombres, y que el peor enemigo, tanto de los filibusteros como de los costarricenses, había sido el clima de Nicaragua, al que atribuyó la pérdida de mil soldados suyos. (2). Henningsen, cuyos cálculos son tan buenos como los mejores, pone en 17.800 hombres la fuerza total lanzada por los aliados contra Walker. De esa cifra, 11.550, dice, eran soldados centroamericanos llegados a Nicaragua. El total de aliados muertos y heridos en combate lo calcula en 5.860, pero no se arriesga a estimar cuántos murieron del cólera y otras enfermedades.

(1) Obra citada de Belly, Pág. 285 del Vol. I.

(2) *Times*, de Nueva York, 9 de marzo de 1857.

(1). Los cálculos de Henningsen respecto al número y a las pérdidas de los aliados son mucho más moderados que los remitidos por corresponsales de periódicos cuando ocurrieron los sucesos; de manera pues que estos reportajes deben leerse con cautela. Las cifras de Henningsen, en cambio, provienen de un avezado observador militar, quien nada ganaba con exagerar el número de las fuerzas contrarias ni con empequeñecer las propias, y son por consiguiente más dignas de fe que las calculadas al buen tuntún por los reporteros.

No hubo regocijo en Estados Unidos por la caída de Walker, como no fuera de parte de los acérrimos opositores a la extensión de la esclavitud. De mucho consuelo fue el hecho de que Walker hubiera sido derrotado gracias sólo a la ayuda facilitada por Vanderbilt, Spencer, y Davis, americanos todos. (2). El más fuerte calificado opositor del filibusterismo fue Horace Greeley, cuyo diario **Tribune**, de Nueva York, si bien expresaba contento por el desenlace, decía: "En vano buscamos en toda su carrera un solo acto de cordura o perspicacia. Todo su éxito se debió a la absoluta postración en que a causa de las guerras civiles se encontraba el pueblo de Nicaragua y al querer vivir en paz a toda costa". (3). Por otro lado, el **Harper's Weekly**, que en varios artículos censurara diversas fases de la campaña de Walker, pedía al **Tribune** mostrara la forma en que el cierre de la ruta del tránsito interoceánico, que causó el debilitamiento de Walker, había redundado en beneficio de la civilización o del comercio, y añadía que si un considerable sector del pueblo nicaragüense pidiera a Walker volver al país, y él viese la conveniencia de ligar sus intereses a los de la Compañía Accesoria del Tránsito que lo había arruinado, su segunda toma de

(1) Atribúyese al Presidente Mora haber dicho que los estragos del cólera y la proximidad de las lluvias había hecho inevitable la disolución del ejército aliado en veinte días si Walker hubiera podido sostenerse durante ese tiempo. Vol. 4 de los libros de recortes de Wheeler, Pág. 249.

(2) Vol. 4, Pág. 239 de los libros de recortes de Wheeler.

(3) **Weekly Tribune**, Nueva York, 3 de julio de 1857.

posesión de la presidencia de la república no sería causa de hondas lamentaciones. (1).

La prensa británica, desde luego, exteriorizó su regocijo al ver que Walker había dejado de ser elemento perturbador en la América Central. Pocos ingleses, si es que sus diarios eran fiel reflejo de la opinión pública, parecían haber comprendido los propósitos de Walker. Para ellos fue siempre un bandido, un granuja, un desalmado saqueador, y cabecilla de una chusma armada. El **Times**, de Londres, deploró que Davis hubiera intervenido y evitado "el ignominioso fin de la carrera de los filibusteros, como no fuera que el estado de desesperación en que se hallaban les hubiese hecho ver que la muerte era lo único que les esperaba a todos". Y a continuación: "Que Estados Unidos pelee y conquiste si ve razón para ello y está dispuesto a asumir la responsabilidad; pero es un oprobio que una nación celosa de su buen nombre se convierta en patrocinadora —aunque solapada— de bandidos tales como esos filibusteros y su jefe". (2). Después de medio siglo la idea de que los gobiernos de Pierce y de Buchanan utilizaron a Walker como instrumento para efectuar la anexión de partes de la América Central aún persiste, y sólo entre los escritores ingleses.

[1] **Harper's Weekly**, Vol. 1, Pág. 530.

[2] **Times**, de Londres, del 18 de junio de 1857. Hermosas palabras, esas, de una nación que salió a dar sus primeros pasos por el mundo con las expediciones piráticas de los vikingos y normandos, y que debe su imperio de Oriente y el dominio de los mares a los bucaneros de los siglos XVI y XVII. Y más aún: La invasión del Transvaal, encabezada por Jameson, (+) está todavía fresca en la memoria de los hombres.

[+] Sir Leander S. Jameson, inglés nacido en 1853 y muerto en 1917, invadió ese territorio del África del Sur en 1906 y logró al fin extender de esa manera el imperio colonial de la Gran Bretaña. (N. del T.).

CAPITULO XX

Más desventuras de los filibusteros

Mientras el filibusterismo disparaba en Rivas sus últimos cartuchos, la atención pública se había fijado de nuevo en Sonora. Hacia allá iba otra expedición californiana. Era el líder Henry Crabb, cuyo nombre ha figurado en estas páginas. Crabb, originario de Nashville, Tennessee, había sido condiscípulo de Walker. Se graduó de abogado y comenzó a ejercer en Vicksburg, Misisipí. En 1848, en el curso de la campaña presidencial, tuvo un altercado en un mitin político con un hombre apellidado Jenkins, Director del **Sentinel**, y al otro día, al encontrarse ambos en la calle, volvieron a discutir y terminaron baleándose; del lance resultaron herido Crabb y muerto Jenkins. Crabb fue procesado por homicidio y luego absuelto. Poco después se trasladó a California en una caravana de buscadores de oro. Se estableció en Stockton donde reanudó su carrera de abogado y al poco tiempo fue electo procurador de la ciudad. En 1852 era miembro de la cámara legislativa del estado y en los dos años siguientes fue senador del estado. En 1855 se afilió al partido "Know-Nothing" (+) y fue postulado para senador de Estados Unidos, pero se retiró de la lucha cuando se vio perdido. (1).

(+) Partido secreto político que tuvo su apogeo entre 1853 y 1856. Tenía como lema negar empleo gubernamental a todo aquel que no fuese nacido en Estados Unidos, y hacía la guerra a los católicos. Estos "no-sé-nada" decían no tener conocimiento de las actividades de su partido; de ahí su denominación. (N. del T.).

(1) *Casket of Reminiscences*, Págs. 385 - 7, por H. S. Foots, (Washington, 1874; y *Bench and Bar of the South and Southwest*, Pág. 144 (St. Lous. 1876; O'Meara, Broderick y Gwin, Págs. 47 - 8; *Reminiscences of a Ranger*, Pág. 217, por Bell; *History of California*, Vol. III, Pág. 806 y siguientes, por Hittell.

Decepcionado de la política, Crabb comenzó a buscar dónde volcar el sobrante de sus energías. Al igual que Walker, se interesó tan vivamente en los planes de los franceses en Sonora que en octubre de 1853 tomó pasaje en el bergantín **Caroline** que iba de San Francisco a Guaymas; quería echarle un vistazo al país. Se había casado con la hija de un español de Manila, Islas Filipinas, de apellido Aínza. Esta familia, radicada en Sonora, había sido en un tiempo bastante acaudalada, pero habiéndose empobrecido a causa de revoluciones y confiscaciones, emigró a California en calidad de refugiados. El viaje de Crabb tenía como fin ver la manera de conseguir la restitución de las propiedades de los Aínza. Sucedió, sin embargo, que el **Caroline** era barco contratado por Walker para llevar sus filibusteros a Baja California, y cuando la heterogénea multitud de esos aventureros subió a bordo, Crabb pensó que si llegaba a Sonora en semejante compañía fracasaría en sus gestiones. En consecuencia, bajó su equipaje y pospuso su viaje para una ocasión más propicia. (1).

Pasado algún tiempo Crabb partió al Este de Estados Unidos, y al cruzar por la vía de Nicaragua —según vimos en el Capítulo VIII— concibió la idea de llevar a ese país tropa californiana a tomar parte en la lucha empeñada entre legitimistas y democráticos. En su viaje de regreso a California le acompañaban C. C. Hornsby y Thomas F. Fisher, a quienes indujo a incorporarse a la empresa. Por mediación de Fisher firmó un contrato con Jerez para llevar quinientos hombres a Nicaragua, pero cuando Crabb llegó a California le tentó la idea de hacerse elegir senador de Estados Unidos, y viendo en esa coyuntura la posibilidad de alcanzar ahora su ambicionada meta, abandonó su propósito filibustero para lanzarse de nuevo a la política. El contrato que tenía con Jerez se lo ofreció a su amigo Walker; pero éste prefirió el que Cole había firmado con Castellón. A la influencia de Crabb debióse en parte que Walker y sus hombres se embarcaran en el **Vesta** para Nicaragua.

(1) *Alta California*, 21 de octubre de 1853.

Su nueva incursión en la política produjo a Crabb desilusiones y humillación únicamente, y las noticias del éxito de Walker en Nicaragua le provocaron otro ataque de fiebre filibustera. A Nicaragua no podría ir sino como subordinado de Walker; Sonora, en cambio, seguía pidiendo la llegada de un "regenerador", y su matrimonio con una mujer de familia sonorenses le ataba con fuerza a los intereses de esa región. De consiguiente, a principios de 1856 se organizó un grupo colonizador de unas cien personas, ex-sonorenses en su mayoría, con los cuales partió Crabb a México. Acompañábanle su esposa y varios familiares de ella, lo cual daba a la empresa visos que no eran de filibusterismo. Cuando hubieron llegado todos a Los Angeles, la mitad se desalentó ante la perspectiva de un tedioso viaje a través del desierto, y abandonaron el intento; pero el resto cruzó la frontera. Encontraron Sonora en su estado normal de turbulencia; contra el Gobernador Gándara se había alzado en armas Ignacio Pesquiera. Los insurgentes pidieron ayuda a Crabb ofreciéndole incentivos para que pudiera llevar colonos al país, y le manifestaron el deseo de que una vez obtenida su independencia, Sonora fuese anexada a Estados Unidos, pero que para poder realizarla consideraban indispensable efectuar antes la colonización americana.

Crabb regresó a California en el otoño preñada la mente de un vasto plan de colonización, pero estando la ciudadanía demasiado inmersa en la campaña de las próximas elecciones presidenciales para prestar atención a su proyecto, se vio obligado a posponer por varios meses su intento de realizarlo. En el interín, las dos facciones habían hecho las paces olvidando sus rencores. Ahora, considerando Pesquiera que la invitación hecha a los americanos le perjudicaría ante el gobierno con el cual ya estaba en paz, quiso purgar su pecado de deslealtad acusando de ser filibusteros a los mismos hombres que había querido llevar al país. (1).

(1) House Ex. Doc. Pág. 64, 35 Cong., 1 Sess.

Disipada en California la excitación política, Crabb comenzó a organizar lo que llamó "Compañía Colonizadora de Arizona", y muchos señalados políticos californianos apoyaron la empresa. En enero de 1857 se reunieron en asamblea en el pueblo de Sonora, condado de Tuolumne, unos cincuenta o sesenta expedicionarios, los que el 20 de ese mes se dirigieron a San Francisco donde les esperaba otro contingente. Juntos todos (sumaban unos cien individuos) tomaron un barco hacia San Pedro, a donde llegaron el 24. De allí siguieron hasta el Monte, condado de Los Angeles, donde se pasaron una semana comprando bestias, carros y provisiones. El 27 de febrero llegaron a Fort Yuma; y allí se estuvieron otra "reclutando animales".

La compañía se organizó militarmente, y durante su permanencia en Fort Yuma hacían a diario los ejercicios de rutina y también montaban guardia; los oficiales ponían esmero en mantener una férrea disciplina. Crabb era el General en Jefe; R. N. Wood, su ayudante de campo, era ex-miembro de la legislatura estatal de California, y en ese mismo estado había sido uno de los electores de la nominación de Fillmore; T. D. Jones, con el cargo de Jefe del Cuerpo de Artillería, era graduado de West Point, y había sido teniente del ejército regular; el Doctor T. J. Oxley, Jefe del Cuerpo Médico, había pertenecido al partido "Whig" y figuró como líder de los "Know-Nothing" y fue también miembro de la legislatura; J. C. Crosby, con grado de General de Brigada, seguía siendo miembro del senado estatal; William H. McCoun, el Jefe Superior de Administración Militar, era también ex-legislador de California; y Henry P. Watkins, ex-socio del bufete de abogacía de Walker y colaborador en la "regeneración" de Sonora, tenía el cargo de Intendente del Ejército.

A principios de marzo Crabb y su gente salieron de Fort Yuma hacia Sonora tomando el camino del desierto. El 25 llegaron al poblado de Sonoyta, al borde de la frontera de México. El Alcalde del pueblo notificó en el acto al Prefecto de

El Altar que los hombres iban armados de dagas, revólveres, y rifles, pero que se habían comportado respetuosamente con las familias, las personas y la propiedad. La noticia de que iban en camino la sabían ya las autoridades mexicanas, y se disponían a resistirlos. En su llamamiento a los sonorenses el Prefecto de El Altar instábales a tomar las armas contra "los bandidos". Ignacio Pesquiera, Vice-gobernador del estado y General en Jefe de las fuerzas de la frontera, hizo más que el mismo Herodes en querer demostrar su lealtad y su rotunda execración de los hombres a quienes antes indujera a invadir Sonora. En una engolada proclama pedía: "Volemos a castigar, con toda la furia que a duras penas pueden contener nuestros corazones llenos de odio, a la opresión, a los salvajes filibusteros que en mala hora intentan hollar el suelo patrio y provocar ¡insensatos! nuestra ira. ¡Ni piedad ni sentimientos generosos para con esa chusma! ¡Que mueran como bestias salvajes quienes pisoteando la ley de las naciones y despreciando el derecho de gentes y todas las instituciones sociales, se atreven a invocar como su única norma la ley de la selva, y a valerse sólo de la fuerza bruta". (1).

La hostilidad demostrada por las autoridades pareció sorprender mucho a Crabb, quien apenas llegó a Sonoyta se presentó ante el custodio del pueblo dándole palabra de sus buenas intenciones, y protestando al mismo tiempo contra los actos hostiles y acusaciones lanzadas contra él. También escribió al Prefecto de El Altar manifestándole que él y su gente había llegado en conformidad con las leyes de colonización de México inducidos por muy influyentes ciudadanos, "con miras a fundar hogares más felices con ustedes y junto a ustedes". A la gente que llevaba, añadía, se agregarían novecientos hombres más. Sus propósitos eran "simplemente pacíficos", ajenos a ideas hostiles. Cierto era que iban armados, cosa usual cuando se tienen que atravesar regiones infestadas de indios bravos; y grande era su sorpresa al ver que las autoridades tomaban una actitud bélica

(1) House Ex. Doc. 64, 35 Cong., 1 Sess.

amenazándolos con envenenar los pozos, e incitando a los indios en su contra. Terminaba su carta con la advertencia de que "si ha de verterse sangre, con todos sus horrores, sea usted el responsable, no yo". (1).

Crabb se estuvo sólo dos días en Sonoyta y luego siguió rumbo a Caborca, pequeña ciudad cercana a Punta Lobos, en el Golfo de California. A eso de las ocho de la mañana del 1º de abril, estando a media milla de la ciudad y yendo descuidados por los trigales, los filibusteros recibieron una repentina descarga de mexicanos emboscados. Continuaron avanzando sobre la ciudad al tiempo que respondían al fuego; los mexicanos los acosaban por los flancos. Pudieron tras una hora de lucha guarecerse en unas casas de adobe mientras los mexicanos se hacían fuertes en la iglesia de enfrente. En el encuentro murieron dos de los filibusteros y dieciocho resultaron heridos, tres de los cuales fallecieron la noche siguiente. Unas horas después de haber entrado en las casas, Crabb y otros de los suyos arremetieron a través de la calle con un barrilito de pólvora en intento de volar las puertas de la iglesia. Fracasaron; murieron varios, y algunos, junto con Crabb, quedaron heridos. Estaban los americanos estrechamente cercados cuando el 6 de abril una flecha encendida prendió fuego al techo de su casa. Hicieron los sitiados estallar un barrilito de pólvora bajo el techo de paja en llamas con el propósito de apagar el fuego. Habiéndoles fallado esto también, Crabb hizo propuestas de paz.

Poco antes de las once de la noche enviése un hombre a la iglesia bajo bandera de tregua. No se le permitió volver, pero desde allí llamó a sus compañeros diciéndoles que Gabilondo, el jefe, les prometía enviarlos a El Altar para ser juzgados conforme a las leyes si salían todos de la casa uno por uno dejando sus armas adentro. Luego Crabb hizo que su cuñado, un hispanoamericano apellidado Cortlezón, entablara a larga distancia pláticas de paz con Gabilondo. El

(1) House Ex. Doc. 64, 35 Cong. 1 Sess. Págs. 29 - 30.

militar mexicano hablaba desde el campanario de la iglesia y Cortlezón desde la puerta de la casa de adobes. Volvió a prometer Gabilondo un juicio ajustado a la ley, y Crabb dijo a Cortlezón que preguntara cómo iban a ser tratados los heridos. Gabilondo respondió que tenía un buen médico para atenderlos. Hecha esta promesa Crabb resolvió rendirse, bien que algunos de sus hombres desconfiaban de la promesa mexicana. Los americanos atravesaron de uno en uno la calle dejando sus armas en la casa, y apenas entraban en la iglesia eran amarrados y llevados al cuartel. Se separó a Crabb de sus hombres y no le permitieron comunicarse con ellos. A la una de la mañana del 7, a dos horas justas de su rendición, se presentó un sargento con un papel que comenzó a leer en español y Cortlezón a traducir al inglés. El papel decía que al amanecer todos serían pasados por las armas.

La sentencia se ejecutó pocas horas después. Los fusilaron en grupos de cinco y diez. Los soldados destinados a esa tarea estaban tan nerviosos y les temblaba tanto el pulso que a la primera descarga caían más filibusteros heridos que muertos. Los estertores de los heridos los ponían más nerviosos todavía. Entonces voltearon a los prisioneros de espaldas para que los soldados no tuvieran que mirar las caras de los hombres a quienes estaban tirando; así pudieron hacer mejor su trabajo. A Crabb se le aplicó un tratamiento especial. Se le amarró con la cara vuelta a un poste frente a la casa que había ocupado, y le ataron las manos bastante más arriba de su cabeza. Se dice que le dispararon cien tiros a su cuerpo que maniatado quedó colgado. Cortáronle la cabeza, y después de exhibirla varios días en el pueblo la conservaron en mezcal como macabro trofeo de su victoria sobre los filibusteros americanos, y en prueba de lealtad de los pesquieristas al gobierno. Los mexicanos dejaron los cadáveres podrirse al sol, y se jactaron de haber cebado a sus cerdos con carne de americanos. Y también Gabilondo se jactó de haber cumplido su palabra de ponerles un buen médico. La masacre fue sin duda instigada por Pesquiera, quien

para entonces se enfrentaba de haberse relacionado con Crabb; bien sabía que los muertos no hablan. Con los filibusteros iba un muchacho de catorce años llamado Charles Edward Evans. Le perdonaron la vida y reveló la historia. Gabilondo lo llevó a su casa en donde lo tuvo de sirviente hasta que el vice-cónsul americano en Mazatlán pudo obtener su libertad. (1).

Según la versión mexicana, los hombres de Crabb se rindieron a discreción, pero aún cuando esto fuese cierto, la matanza de los prisioneros no tiene justificación. Concediendo que esos hombres fueran bandidos o piratas, el hecho en sí no es razón suficiente para que sus captores los fusilaran en el mismo lugar de los sucesos. Eso fue igual que lincharlos, y es en verdad extraño que un historiador americano justifique tal hecho. (2). El fusilamiento de Crabb y sus compañeros conmovió hondamente los sentimientos en Estados Unidos, sobre todo en California en donde el líder y sus principales asociados eran muy conocidos y estimados, y en donde en cambio los mexicanos eran cordialmente detestados. El Ministro Forsyth pidió al gobierno mexicano efectuar una investigación de los hechos y castigar a los responsables de tan inicua medida, pero la característica demora de las tramitaciones en la América Hispana hizo que el asunto se estancara para siempre en los cenagales de la diplomacia.

No cabe duda, desde luego, de que Crabb llevaba en mente desarrollar algo más que una simple empresa de colonización. Lo que en verdad quería era emular las hazañas de Sam Houston y de Walker en Nicaragua. El periódico **San Joaquin Republican**, publicado en Stockton, donde en un tiempo vivió, decía después de dar cuenta de su muerte: "Nadie que conozca la integridad de los hombres que organizaron y dirigieron la empresa podrá jamás creer que sus propósitos fueran infames o sórdidos . . . Creemos que ni su

(1) House Ex. Doc. 64, 35 Cong., Sess. I.

(2) **North Mexican States and Texas**, Vol. II, Págs. 694 - 5, por H. H. Banco Bancroft (San Francisco, 1889).

más acérrimo enemigo podrá decir que hay o ha habido en California un hombre de más limpia reputación que él". (1). Aunque valiente, honrado y resuelto, Crabb no tenía la fibra de que están hechos los verdaderos filibusteros. Walker y Henningsen se vieron a menudo en más precaria situación que los hombres de Caborca, sobre todo en la primera y en la segunda batalla de Rivas y en el sitio de Granada, y siempre salieron adelante. El haberse fiado de las promesas mexicanas habla bien de su corazón, pero no de su cabeza.

Volvamos a Walker, a quien dejamos a bordo de un barco de guerra americano en San Juan del Sur. De ese puerto el filibustero y su Estado Mayor caído fueron llevados en el **Saint Mary** a Panamá, de donde siguieron a Estados Unidos; llegaron a Nueva Orleans el 27 de mayo. Allí fueron recibidos entusiastamente. Tan pronto como Walker bajó del pasamano sus simpatizadores lo alzaron en hombros llevándolo al coche que lo esperaba. La excitada multitud le siguió en procesión hasta el Hotel Saint Charles, desde cuyo balcón se vio obligado a hablar. El gentío, negándose a dispersarse, le pidió con tanta insistencia que hablara otra vez, que al fin bajó a la rotonda, se subió a una mesa, y volvió a hablar. Celebróse un mitin público el 29 por la noche en la "tierra neutral" de la calle Canal. (2). Walker y su Estado Mayor subieron a un tablado decorado con la bandera de las barras y las estrellas y de su bandera de Nicaragua. El general filibustero habló durante dos horas; hizo un resumen de su carrera en Nicaragua, defendió su actuación, y rindió tributo de admiración a los hombres que lu-

(1) **San Joaquin Republican**, 17 de mayo de 1857.

(2) Una señora de Nueva Orleans, Mrs. V. E. McCord, compuso un poema a Walker cuando éste llegó a la ciudad. La composición carece de valor literario, pero la última de sus quince estrofas es interesante porque expresa la idea que el americano común y corriente tenía de los planes de William Walker:

¡Salve a tí, Paladín! Corone el cielo
tu frente de caudillo nacional
y vea pronto volar sobre el mar
al águila emblemática
llevando en su pico un ramo
del árbol americano.

charon contra él. (1). De Nueva Orleans siguió a Memphis, de allí a Louisville, en donde visitó a su hermana la señora de Richardson, luego pasó a Cincinnati y por último a Washington. El 12 de junio, previa cita, fue recibido por el Presidente Buchanan, y tres días después le expuso por escrito su caso contra el Capitán Davis, protestando especialmente por la aprehensión del **Granada**. (2).

Walker llegó el 16 de junio a Nueva York. Un comité de simpatizadores lo recibió en Amboy y cruzando la bahía llegaron a Battery Park, donde bajo un aguacero pronunció un discurso. La noche siguiente asistió al Teatro Wallack, ocupando un palco con Henningsen y su esposa. Al entrar ellos, la orquesta tocó "¡Hail, Columbia!", y Walker se vio obligado a hablar desde su palco. Una muchedumbre de curiosos lo acosaba de tal manera que tuvo dificultad en salir del teatro, y al llegar a su hotel una banda le puso una serenata. A nadie más que a él contrariaban semejantes demostraciones, y tanto que para poder descansar desocupó el hotel y se retiró a un lugar apartado donde sólo sus íntimos podían visitarlo. Henningsen, quien había salido de Colón directamente a Nueva York, fue recibido con más afectuosidad aún que su jefe. (3).

Pero el culto rendido al héroe en Nueva York no había de durar. Las muchas críticas que Walker hiciera a Davis no fueron bien recibidas por la ciudadanía que veía en el oficial de marina al salvador del filibustero. Además, el **Wabash** llegó en seguida repleto de desdichados cuya terrible indigencia, padecimientos, y desamparo total fueron ampliamente descritos, y tal vez hasta con exageración, por los diarios y revistas. Muchos relatos de esos hombres daban cuenta de la indiferencia y las crueldades de su líder; y esto adquirió más vivos colores cuando se supo que Walker ni si-

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 208.

(2) *States*, de Washington, 17 de junio de 1857.

(3) *Herald*, de Nueva York, 17 y 19 de junio de 1857; Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 202.

quiera visitó a los que tanto habían sufrido peleando por su causa, ni jamás hizo nada por aliviar su situación. Más bien sucedió lo contrario: tres días después de haber llegado ellos a Nueva York él salió apresuradamente rumbo a Charleston. De aquí partió a su casa de Nashville cruzando en cortas etapas el estado de Georgia, y luego llegó a Mobila donde ya habían comenzado los preparativos de una nueva expedición a Nicaragua. En agosto habló la prensa de una organización denominada "Liga Centroamericana", con ramificaciones en todas las grandes ciudades de Estados Unidos, creada con el fin de organizar y equipar una segunda expedición en escala mucho más grande que la primera. Walker no ocultaba su propósito de regresar a Nicaragua, y Henningsen, al despedirse de Lockridge en Nueva York, le dijo afirmativamente: "Nos veremos otra vez en Filipos". (+). Al llegar el otoño, Henningsen en Nueva York, Waters en Misisipí, y Rogers en Nueva Orleans, fueron vistos como sospechosos de ocuparse activamente en el enganche de voluntarios y en la compra de armas. (1).

El conocimiento de estos hechos y rumores hicieron que Irisarri y Molina dieran cuenta al Secretario de Estado Cass de la expedición que se planeaba, así como de las colectas que ellos creían se estaban haciendo en Nueva York para comprar armas; por consiguiente, rogaban al gobierno americano impedir el desembarco de tal expedición en cualquier puerto de la América Central en caso de que no pudiera evitarse su salida de Estados Unidos. (2). Inmediatamente Cass envió una circular a todos los jefes de policía de Estados Unidos, a los fiscales de distrito, y a los administradores de aduana de los estados litorales, poniéndolos en autos de

(+) De Shakespeare, JULIO CESAR, Acto IV, Escena III: "Casio. Entonces vamos, como deseáis. Nos pondremos en marcha y los encontraremos en Filipos". Filipos, ciudad de Macedonia, en los confines de Tracia, no lejos del mar. En la llanura que rodea la ciudad de ese nombre en el año 42 antes de C., se libró la batalla llamada de Filipos entre las fuerzas de Bruto y Casio por una parte y las de Octavio y Marco Antonio por otra. La batalla se prolongó por varios días y terminó con la derrota y la muerte de los primeros. (N. del T.).

(1) **Herald**, de Nueva York, 14 de diciembre de 1857.

(2) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Notas, América Central, II.

la proyectada expedición, y encareciéndoles el rígido cumplimiento de la ley. Terminaba instándoles a remitir rápidamente al Departamento de Estado cualquier informe que obtuvieran sobre dicha expedición. El Secretario de Marina expidió las mismas órdenes a los capitanes de barcos en aguas centroamericanas. Las autoridades de Mabila y Nueva Orleans acusaron recibo de la comunicación de Cass, pero no remitieron ningún dato referente a expediciones filibusteras. El Fiscal Federal de Nueva Orleans, no obstante, notificó a Cass que dado caso saliera de ese puerto una expedición no habría manera de impedirlo, pues la fuerza naval de allí era completamente inadecuada. Cass transmitió en el acto la nota al Secretario de Marina, Isaac Toucey, quien ordenó al **Fulton** recalar en Mabila y Nueva Orleans antes de zarpar hacia aguas centroamericanas. No fue éste un método muy eficaz para suprimir el filibusterismo, pero era más o menos todo lo que la Secretaría de Marina podía hacer con las fuerzas de que disponía.

El 30 de octubre el fiscal federal en Nashville participó a Cass que no cabía duda del reclutamiento de gente en su distrito, y que ya había hecho comparecer ante el juez federal a personas supuestamente sabedoras de los planes de Walker, pero que no había podido reunir suficientes pruebas para entablar acusación contra ellas. Las actividades de los partidarios de Walker han disminuido últimamente, decía, y la expedición sin duda ha sido abandonada o su salida pospuesta. Diez días después llegó noticia de Charleston, Carolina del Sur, respecto de que un ex-capitán de Walker, J. T. Mackey, tenía lista una compañía de cien hombres en la región septentrional del estado, la cual llegaría a Charleston para sumarse a otra compañía de Savannah. El Fiscal de Distrito de Charleston decía estar aguardando el momento en que se juntaran para efectuar detenciones. (1).

Cuando Toucey ordenó al **Fulton** entrar en Mabila y Nueva Orleans de paso para las costas de la América Cen-

(1) House Ex. Doc. 24, 35 Cong., 1 Sess., 13, 14.

tral, dio instrucciones a su comandante, Teniente de Navío John J. Almy, de informar al Departamento todo lo que pudiera averiguar en esas ciudades sobre la probable salida de filibusteros. Las instrucciones dadas a Almy incluían también las que ya tenían los demás oficiales de marina en aguas del Caribe referentes a la aplicación de la ley de neutralidad. Estas recomendaciones eran ambiguas, pues iban dirigidas primordialmente a las autoridades civiles de los puertos estadounidenses, así que Almy, antes de partir, pidió por escrito se le dijera de manera concreta cómo debía ejecutarlas. Lo que él preguntaba debe haber estado también en la mente de todos los oficiales estacionados en puertos centroamericanos. Puesto que la ley de neutralidad es aplicable únicamente en los puertos de Estados Unidos o los comprendidos dentro de su jurisdicción, ¿podía él apoderarse de un puerto extranjero de un barco sospechoso —preguntaba— o sólo debía impedir el desembarco de sus pasajeros? Y en seguida ¿qué debía hacer en caso de que los pasajeros alegaran ser viajeros con destino a San Francisco o simplemente colonizadores pacíficos? La respuesta de Toucey no fue muy explícita: los oficiales de marina, era su respuesta, no deben actuar arbitrariamente ni basarse en simples presunciones, y han de tener cuidado de no intervenir en cuestiones de legítimo comercio; pero si se tratara de un barco dedicado a actividades filibusteras debían emplear la fuerza bajo su mando para impedir el desembarco de hombres y de armas. (1). A decir verdad, el estacionamiento de barcos de guerra en puertos extranjeros para hacer cumplir las leyes de Estados Unidos, era un procedimiento tan anómalo que ningún funcionario del gabinete habría podido dar indicaciones concretas respecto de lo que en tal caso debía hacerse.

Llegado que hubo a Mobila, Almy oyó rumores de una expedición filibustera, pero no eran lo suficientemente positivos como para que pudiera él tomar cartas en el asunto. Observó sí una simpatía general en favor del movimiento, y

(1) Senate Doc. 13, 35 Cong., 1 Sess.

también que se tenía la impresión de que Washington lo toleraría. El trató de borrar dicha impresión, pero la ciudadanía hacía hincapié en el muy repetido decir de Cass respecto de que los americanos podían en cualquier momento emigrar llevando sus armas consigo. Si bien pudo observar que toda la gente simpatizaba con los filibusteros, notó asimismo que los apuros económicos que entonces pasaban eran tan agobiantes que la empresa estaba a punto de zozobrar. (1). De Nueva Orleans envió Almy el 1° de noviembre un informe similar. La crisis económica, advertía, era tal allí que el entusiasmo filibusterista se había debilitado grandemente y prevalecía la creencia de que ninguna expedición podría salir antes de un año. Walker permanecía en la ciudad, pero parecía relativamente quieto, y los filibusteros violentos que vivían exteriorizando sus opiniones en la prensa y causando agitación, eran sólo violentos de palabra y pluma. (2).

El oficial de marina no indagó como debía. Porque, al momento de escribir su informe, los preparativos para el regreso de Walker a Nicaragua llegaban ya casi a su fin. Las autoridades civiles federales del puerto estaban más al tanto de la situación, de ahí que el 10 de noviembre fuera detenido Walker bajo acusación de infringir la ley de neutralidad. La detención tuvo efecto poco antes de media noche en su alojamiento de la Calle de la Aduana; de allí fue conducido al Hotel Saint Charles, donde el Juez de Distrito lo esperaba para intimarlo a comparecer al día siguiente por la mañana en el juzgado. Y allí se presentaron también Pierre Soulé y el Coronel S. F. Slatter, el primero en carácter de asesor y el segundo como fiador. Dejóse en libertad a Walker hasta para la mañana siguiente que se vería su caso; Slatter lo afianzó por la suma de dos mil dólares. Compareció Walker a la hora indicada y otra vez se le dejó en libertad para que volviera a comparecer el 19, día en que se le enjuiciaría. El

(1) Esto ocurría en medio del pánico financiero de 1857.

(2) Manuscritos; archivos del Departamento de Marina, Cartas de los oficiales, noviembre de 1857.

Fiscal de Distrito pidió al Juez elevar la fianza a Walker, pero la solicitud fue denegada.

El arresto de Walker se debió en parte a un telegrama procedente de Nueva York que los periódicos de Nueva Orleans publicaron; decía que en el curso de la semana saldría de esta última ciudad una expedición a Nicaragua. Antes de aparecer esa noticia pocos eran en verdad los que sabían de la presencia de Walker en Nueva Orleans. Las autoridades federales se reunieron en consulta a las diez de la noche del 10, y resolvieron arrestarlo. Acentuáronse sus sospechas al saber que el vapor **Fashion**, surto en la bahía, había recibido gran cantidad de provisiones. Hasta muy recientemente este buque-transporte había sido propiedad del gobierno; luego por una suma irrisoria pasó a manos de J. G. Humphries, de quien se sospechaba era amigo de Walker. Su día y hora de salida de Mobila para San Juan del Norte, como barco de pasajeros de la Compañía de Vapores Mobila y Nicaragua, fueron anunciados públicamente: de ahí que las autoridades federales lo tuvieran estrechamente vigilado. Enteradas éstas de que la tripulación y cargamento estaban ya a bordo, procedieron a arrestar a Walker. El **Fashion** fue registrado, pero al no encontrarse nada en él no se le detuvo; de modo que pocas horas después del arresto de Walker levó anclas y zarpó río abajo hasta Mobila. A la tarde siguiente Walker, a pesar de estar bajo fianza, se embarcó con su Estado Mayor y gran número de partidarios en un paquebote rumbo a Mobila, y llegado allí abordó el **Fashion**, fondeado a cierta distancia de la bahía. Para salir de Nueva Orleans sin despertar sospechas, sus hombres abordaron el paquebote en pequeños grupos y por diversas vías.

Tan pronto como se supo que Walker había salido de Nueva Orleans, el Fiscal de Distrito Clack puso al tanto del hecho a Cass participándole al mismo tiempo que nada podían hacer las autoridades por falta de un vapor para perseguir a los filibusteros hasta donde se suponía que iban. (1).

[1] House Ex. Doc. 24, 35 Cong., 1 Sess, 14.

Al mismo tiempo pidió al Fiscal de Distrito de Mobila vigilar al **Fashion** en caso de que llegara a ese puerto. Al darse cuenta Cass de la evasión de Walker telegrafió a Clack ordenándole tomar un vapor y con el Jefe de Policía y fuerzas suficientes dar alcance al **Fashion**; pero el mensaje, por una razón u otra, nunca le fue entregado. Ahí terminaron las actividades federales de Nueva Orleans. En Mobila las autoridades federales fueron más indulgentes. El Fiscal de Distrito, al recibir el mensaje de Clack, remitió el caso al Administrador de la Aduana, Thaddeus Sandford, quien ordenó registrar el barco. El registro fue pura farsa; en el cargamento no vieron nada sospechoso, y los 250 pasajeros pasaron por emigrantes comunes y corrientes. De modo que se permitió al barco zarpar hacia San Juan del Norte, por más que se daba por seguro que Walker iba en él. (1). Por no haber detenido al **Fashion**, Howell Cobb, Secretario del Tesoro, reprendió severamente a Sandford. El Administrador de la Aduana respondió con una larga y floja aclaración tratando de demostrar tal candidez que hasta los mismos angelitos del cielo hubieran envidiado. El punto de su defensa era no haber sabido nada del caso hasta cuando el vapor había prácticamente salido. Que el vapor estaba anclado a seis millas de la ciudad, añadía, y que cuando el inspector bajó del barco ya éste se preparaba para zarpar y zarpó al momento de entregar él su informe a Sandford. Cobb aceptó tan desmañada disculpa pero le advirtió que debía evitar se repitiera un caso semejante. La reprimenda surtió efecto, pues el 16 de diciembre el dueño del **Fashion** solicitó permiso de salida para la goleta **Queen of the Sea**, con cargamento y mercaderías destinadas a San Juan del Norte. A Mobila había llegado días antes una partida de emigrantes que se suponía querían embarcarse en la goleta. Sanford le retuvo sus documentos de embarque, a pesar de las fuertes críticas de la opinión pública. La noche después de esto se celebró un mitin en el que un ex-gobernador y otros prominentes

(1) House Ex. Doc. 24, 35 Cong., 1 Sess., 24 - 27; 39 - 44.

ciudadanos fustigaron con aspereza la política del gobierno. Y fue tan fuerte la grita popular que el Administrador pidió al Secretario del Tesoro respaldar públicamente su conducta. Cobb respondió diciéndole: "Los motivos que tuvo usted para negar la salida justifican su actitud, y este Ministerio lo respalda plenamente. (1).

La evasión del **Fashion** hizo que el gobierno aumentara la vigilancia para impedir el envío de refuerzos a Walker. El Capitán J. C. Mackey, ex-filibustero de quien se venía sospechando que reclutaba gente en Carolina del Sur, fue arrestado en Charleston, pero al permitirle salir del juzgado en busca de fiador desapareció sin dejar huella. Cobb recomendó a los Administradores de la Aduanas de Galveston y Nueva York vigilar de cerca al **Fashion**, que se esperaba volvería pronto a llevar más filibusteros a Nicaragua; y Toucey ordenó a la fragata de vapor **Susquehanna**, estacionada en Cayo Hueso, partir en el acto a Cabo de Gracias a Dios, y desde allí bordear la costa hasta San Juan del Norte. (2).

El **Fashion** zarpó el 14 de noviembre. Apenas entrado en aguas internacionales, los hombres se organizaron en un batallón de cuatro compañías. De los filibusteros a bordo treinta habían estado con Walker en su última campaña, y seis pertenecían a la Falange de "aquellos cincuenta y seis primeros". Hornsby, Anderson, Fayssoux, Swingle, Bruno von Natzmer, y el infatigable luchador y muchas veces herido Henry eran del número de los que iban dispuestos a volver a encarar los infortunios de una campaña tropical. Volvía también con ellos John Tabor a reanudar sus labores periodísticas en **El Nicaragüense**. Henry, ahora con grado de coronel, ejercitaba diariamente a los reclutas poniendo especial empeño en los detalles rutinarios del servicio militar, como decir montar guardia y colocar centinelas; Swingle, por su parte, les enseñaba a fundir balas y fabricar cartuchos. Avistaron tierra el 23, pero el vapor, en vez de aportar en

(1) House Ex. Doc. 24, 35 Cong., 1 Sess., 44 - 46.

(2) House Ex. Doc. 24, 35 Cong., 1 Sess., 29 - 32; 49 - 56.

San Juan del Norte se dirigió a la boca del Río Colorado, ramal meridional del San Juan. En este punto echáronse al agua tres botes y se ordenó a una de las compañías, la de Anderson, desembarcar armada. Remaron río arriba bajo un copioso aguaje, y el **Fashion** volvió al mar. Toda la noche el vapor bordeó la costa y a las siete de la mañana del 24 entró resueltamente en la bahía de San Juan del Norte poniendo proa a Punta de Castilla. Atracó el vapor al costado del casco de un viejo barco varado de la Compañía del Tránsito que ahora hacía de muelle, y cinco minutos después todos los filibusteros pisaban tierra. (1).

Todo esto se realizó ante los propios ojos de los oficiales de la corbeta americana **Saratoga**, estacionada allí precisamente para impedir el desembarque. Parece que el Capitán Chatard no vio nada anormal cuando el vapor entró intrépidamente y pasó por su lado con sólo unos quince hombres en cubierta; supuso que el barco traía una cuadrilla de trabajadores americanos a reabrir la ruta del Tránsito. (2). Grande fue su contrariedad cuando vio a varios centenares de hombres armados de rifles saltar de la borda al casco del viejo barco. Se vio en el acto ante el problema que antes atormentara a Almy. Estando como estaban en puerto neutral no quiso disparar contra el vapor para impedir el desembarco, y viendo a los hombres ya en tierra no tenía ningún poder sobre ellos. Muy angustiado escribió en seguida a su jefe superior, el Comodoro Hiram Paulding, entonces en Colón, pidiéndole con urgencia venir a San Juan del Norte. Unos días después de la llegada de los filibusteros arribó el vapor de pasajeros inglés **Dee**, al que Chatard consiguió hacer salir varias horas antes de la hora señalada con su mensaje a Paulding, todavía en Colón. Junto con el despacho oficial enviaba Chatard a Paulding una carta privada lamentándose de su propia estupidez al dejar que los filibusteros burlaran la vigilancia del **Saratoga**. "Por no sé qué causa debo

(1) Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Págs. 276, 280; **Herald**, Nueva York, 14 de diciembre de 1857.

(2) Manuscritos; Archivos, Departamentos de Marina, Flota Doméstica, II, 58.

haber estado como aturdido, y parece que así también mis oficiales . . . Le ruego, señor, venga a aconsejarme. Bailan en mi cerebro las ideas como locas y sólo veo ante mí un tenebroso futuro". (1).

El **Fashion**, que arribó a Colón casi juntamente con el **Dee**, llevó a Paulding una carta de Walker en la que se quejaba de que Chatard lo importunaba con pequeñeces. Este oficial, le decía, so pretexto de proteger la propiedad americana impidió a los filibusteros ocupar los edificios de la Compañía del Tránsito en Punta de Castilla; algunos de sus oficiales, en traje civil, se habían introducido al campamento de Walker sin acatar el ¡quién vive! de los centinelas; los marinos de la corbeta americana, en sus prácticas de tiro al blanco, disparaban sus obuses tan cerca del campamento que un tiro mal dirigido o una bala perdida podía causar graves daños; y Chatard, terminaba diciendo la carta, le había notificado que, por tener su campamento en la línea de tiro del **Saratoga**, debía trasladarse a otro lugar, ya que si el barco tuviera que disparar contra una nave sospechosa los filibusteros peligrarían. Walker, habiendo antes removido de allí a una parte de su gente para no estorbar las prácticas de tiro de Chatard, no hizo caso de esta última notificación. Ardido por la burla que de él habían hecho los filibusteros, Chatard desahogaba su rabia con nimiedades irritante provocándolos a cometer torpezas que justificaran su intervención para aplastar la expedición, y de esa manera borrar en parte la pifia cometida al dejarlos desembarcar. No bien recibió las cartas de Chatard y Walker, Paulding dispuso salir para San Juan del Norte, a donde arribó el 6 de diciembre.

Después de asentar su campamento en Punta de Castilla, Walker se quedó allí esperando la llegada de refuerzos que debía traerle Henningsen, así como noticias de Anderson, a quien dejara con una compañía en la boca del Río Colorado. El plan de Anderson era tomarse los vapores del Río

(1) Manuscritos, Archivos, Departamento de Marina, Flota Doméstica, II, 58.

San Juan para que embarcándose en ellos Walker y sus hombres pudieran seguir al interior del país. Llegó Anderson a la bifurcación del San Juan antes de que la otra gente desembarcara en Punta de Castilla; gracias a ello pudo impedir que la noticia de la llegada de los filibusteros se supiera en los fortines de río arriba y en los vapores que lo surcaban. Anderson tuvo éxito desde el principio. Para el 1º de diciembre tenía en sus manos tres vaporcitos del río y el vapor **La Virgen**, así como la fortaleza El Castillo. Walker, entre tanto, esperaba ávidamente noticias de los hombres que operaban en el río, ya que su fracaso significaría la muerte de sus esperanzas. El 4 de diciembre, sin noticias aún, se pasó la noche en vela y muy inquieto esperando saber de Anderson. Y luego todo el santo día estuvo al acecho y aguardando; y nada de noticias todavía. Los hombres comenzaban a desanimarse; Punta de Castilla era, cuando más, un melancólico y desolado arenal que las torrenciales lluvias caídas desde su llegada habían convertido en un puerco lodazal. Sin embargo, ya entrada la tarde de ese día, se vio venir un bongo sobre el río, y al acercarse pudo distinguirse a uno de los hombres de Anderson sentado en la popa, mientras que los dos bogas eran prueba de la victoria de Anderson; se trataba de prisioneros de guerra costarricenses. "¡Viva Frank Anderson!", gritó aquél cuando vio que podían oírle. "Nos tomamos El Castillo, los vaporcitos del río, y el vapor **La Virgen** sin perder un solo hombre". El mensajero contó que habían llegado hasta doce millas de San Juan del Norte en uno de los vaporcitos capturados, pero que habiéndose varado éste allí lo mandaron a él con la noticia del triunfo. Esto reavivó el abatido espíritu de los filibusteros, cuyo campamento rugió toda la noche en jolgorio y algazara. (1). Pronto creían ellos, dejarían ese inhóspito paraje para irse al paraíso terrenal del interior.

Pero al romper el alba surgió como del fondo del mar la magnífica y nueva fragata de vapor **Wabash**, de cin-

(1) **Herald**, de Nueva York, 28 de diciembre de 1857.

cuenta cañones, ondeando en su proa la insignia del Comodoro Paulding. Ancló fuera del puerto por tener esas aguas poco fondo; quedó exactamente frente al campamento filibustero. Al día siguiente amaneció allí también el **Fulton**, llegando a ser con éste tres los buques de guerra americanos en Punta de Castilla. Y ese mismo día apareció en la bahía el omnipresente pabellón británico enarbolado en la fragata de vapor **Leopard**, de veinte cañones, que fondeó cerca del **Saratoga**, y también el **Brunswick**, monstruo de los mares de noventa bocas de fuego. Este se colocó junto al **Wabash**. Ese día Paulding invitó a su mesa al cónsul de la Gran Bretaña y a los capitanes de los barcos de guerra británicos. (1).

La presencia de tantos barcos de guerra inquietó bastante a los filibusteros, pero a medida que las horas pasaban sin ocurrir nada extraordinario, se hizo creer a la gente de Walker que los barcos americanos estaban allí solamente para vigilar a los ingleses e impedir que intervinieran. Durante el día se desprendieron del **Saratoga** varios botes que remontaron el río; estos movimientos no llamaron la atención de los reclutas que simplemente creyeron se trataba de botes aguadores, pero sí preocupó a los oficiales veteranos quienes notaron que los botes no regresaban. Pasada la media noche Walker envió río arriba y en secreto a Fayssoux a ver qué hacían aquellos botes allá. Descubrió que cortaban el paso del río. De esto no se dijo nada a la gente, pero por la mañana fueron enviados Fayssoux y Hornsby a protestar ante Paulding. El Comodoro les informó que había bloqueado el río para impedir que Walker lo remontara, y que haría prisioneros a todos los filibusteros para llevárselos a Estados Unidos. Los dos oficiales filibusteros quedaron detenidos en el barco insignia, y Paulding hizo los preparativos para desembarcar fuerzas en Punta de Castilla. (2). Trescientos ma-

(1) **Life of Hiram Paulding, Rear-Admiral U.S.N.**, por Rebecca Paulding, Pág. 183 y siguientes, (Nueva York, 1910)

(2) **Herald**, de Nueva York, 28 de diciembre de 1856.

rineros e infantes de marina fueron transbordados al **Fulton**, el más pequeño de los barcos, al cual Paulding trasladó su insignia, y lo atracó al muelle de la Compañía del Tránsito. Allí desembarcaron los hombres que tomaron posiciones a retaguardia del campamento de Walker. En el entretanto el **Saratoga** se colocó entratégicamente apuntando sus cañones sobre los filibusteros, y botes pequeños con obuses en la proa se alinearon a la orilla de la costa directamente frente al campamento. La demostración de superioridad de fuerzas era más que palmaria, y a Walker, conocer de los acontecimientos de la noche anterior, no le sorprendió la maniobra. Antes de que Paulding hubiera terminado de tomar esas medidas, Walker había dado de baja a su guardia y disuelto a la demás gente diciendo a los más exaltados —los que ardían en deseos de pelear— que resistir sería la mayor de las locuras. Paulding envió al Capitán Engle con un mensaje escrito a Walker intimándole la rendición. Ambos, al encontrarse, se dieron la mano, y Engle le entregó la nota. Walker la leyó sin inmutarse, y habló: "Me rindo a Estados Unidos". Engle le pidió arriar su bandera; Walker dio la orden a un oficial. Durante la conversación que ambos sostuvieron Engle le dijo: "General, me duele ver a un oficial de su temple metido en esto. Nada me gustaría más que verlo a la cabeza de tropas regulares". Engle ordenó a sus hombres reembarcarse y volver al **Fulton**. Varios mensajes verbales se cruzaron Paulding y Walker, y uno de tantos, tergiversado por el emisario, ofendió grandemente al Comodoro. Queriendo él mostrar consideración a Walker, le mandó a decir que sus oficiales y soldados serían alojados aparte. Walker respondió que no le estaba pidiendo ningún privilegio, a lo que Paulding, tomando eso como altanería, ordenó lo embarcaran inmediatamente en el **Fulton**. Los que después ocurrió lo diría mejor el propio Paulding en carta a su esposa: "Después que dí la orden (la de embarcarlos) vino a verme, y este demonio corajudo, que había segado tantas vidas, vino a mí, se humilló y sollozó como un niño. Comprenderás que

me enternecí como una mujer, y desde ese momento lo he tenido como huésped en mi camarote. Ahora conversamos y reímos como si nada hubiera ocurrido, y tú dirías, al verlo departir con el capitán y conmigo, que es uno de los nuestros. En un tipo listo y hay que serlo igual para tratar con él. Lo saqué de territorio neutral tomando una medida extrema. Esto puede llevarme a la presidencia o costarme mi destino". (1).

Fue impresionante el encuentro de estos dos hombres que se veían por primera vez, y los oficiales y tripulantes apenas pudieron disimular su asombro cuando en la cubierta del **Fulton** apareció el filibustero. La gigantesca estampa del Comodoro en uniforme contrastaba extrañamente con la diminuta figura del General en oscuro traje de civil; y los allí presentes notaron que los ojos de Walker rojeaban de sangre, claro indicio, según testimonio de Paulding, de que había llorado.

Fue una ironía del destino que al momento de rendirse Walker a Engle, y de ser arriada su bandera de la estrella roja, el retrasado vapor del río que encallara doce millas río arriba, apareciera con doce filibusteros que traían a bordo treinta prisioneros costarricenses. Un pelotón de marinos se apoderó del barco, liberó a los prisioneros, capturó a los filibusteros, y puso el vapor bajo la guardia del Agente Comercial de Estados Unidos en San Juan del Norte. C. J. McDonald, el agente de Morgan y Garrison que acompañaba a Walker en su viaje a Nicaragua, reclamó el vapor en nombre de sus jefes, pero Paulding se negó a ejercer funciones salomónicas.

Cuando Walker se rindió, unos cuarenta filibusteros se enmontañaron con la idea de seguir río arriba en busca de Anderson. Al siguiente día salieron marinos a buscarlos al monte; al anochecer habían hallado a treinta y dos. Los otros remontaron el río en un bongo. La noche después de la rendición los sanjuaneros invadieron el campamento y lo sa-

(1) **Life of Hiram Paulding**, Pág. 183 y o t ras, por Rebecca Paulding Meade.

quearon lindamente. Mucho de lo que no pudieron llevarse lo enterraron para sacarlo después. Lo que de provisiones quedaba en el campamento pasó al **Wabash** para ser entregado a las autoridades estadounidenses. Más de un filibustero, encolerizado por el triste desenlace, hizo añicos su arma contra el suelo.

Los oficiales y soldados, a excepción de Walker y John Tabor, fueron embarcados en el **Saratoga**, y el 12, a menos de un mes de su salida de Mobila, iban de vuelta a Estados Unidos. A Walker no lo embarcaron en esa nave debido a su enemistad con el Capitán Chatard. El **Saratoga** llevó a los soldados y oficiales a Norfolk, Virginia, y el **Wabash** se dirigió a Colón, lugar de su estacionamiento. (1).

Walker dio palabra a Paulding de regresar a Estados Unidos en un barco de pasajeros y presentarse a su llegada a Nueva York ante el jefe de policía federal. Su comportamiento a bordo del **Wabash** fue muy diferente del que tuvo con los oficiales del **Saint Mary** cuando después de capitular en Rivas lo abordó en San Juan del Sur. Con éstos fue hurraño, pesado y altivo, mientras que ahora era jovial y condescendiente. Como llegó cinco días antes de la salida de su vapor para Nueva York, Paulding hizo todo lo posible por que se quedara a bordo con él, donde tendría mejor alojamiento que en tierra, pero una vez que el barco hubo echado el ancla, Walker rehusó permanecer allí ni siquiera para una comida más, y tomó un cuarto en un hotelucho del puerto. En él se pasó lo más del tiempo encerrado y escribiendo; a ratos, para entretenerse, se iba a pie a los talleres de reparación de la compañía del ferrocarril.

Cuando el **Wabash** zarpó de San Juan del Norte Anderson andaba todavía río arriba. El **Fulton** fue enviado a la boca del Colorado, y el **Susquehanna**, que acababa de

(1) Entre los "filibusteros" que regresaron en el **Saratoga** iban Mrs. Buttrick y sus tres niños. Su esposo era capitán en las filas de Walker.

llegar, se apostó en la desembocadura del San Juan para impedir la evasión de Anderson y sus hombres, así como el desembarco de refuerzos que para Walker pudieran venir en camino de Estados Unidos. Al saber Anderson la noticia de la captura de Walker abandonó El Castillo clavando antes los cañones y desmantelando las defensas de la fortaleza; acto continuo embarcó a su gente en el **Odgen**. El 20 de diciembre escribió al Capitán Sands, del **Susquehanna**, diciéndole que estaba dispuesto a desbandar sus fuerzas quería saber si podían entrar en San Juan del Norte. La mayoría, decía, deseaba regresar a Estados Unidos. Sands le contestó prometiéndole enviar allá a todo aquel que se entregara. (1). El 24 Sands destacó a sus hombres río arriba en botes remolcados por el vaporcito recién capturado por Paulding, e hizo prisioneros al resto de los filibusteros del **Odgen**. Anderson se rindió bajo protesta. Sus hombres, que sumaban cuarenta y cinco, fueron llevados en el **Fulton** a Colón y de allí transbordados al **Wabash**. Paulding llevó a los prisioneros a Cayo Hueso. La tercera expedición filibustera de Walker era ya cosa del pasado. (2).

(1) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Marina, Flota del Caribe, II, Págs. 67 y siguientes.

(2) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Marina, Flota del Caribe, II, Págs. 71'-74 - 6; Senate Ex. Doc. 63, 35 Cong., 1 Sess.

CAPITULO XXI

El embrollo Walker-Paulding

Walker llegó a Nueva York procedente de Colón el domingo 27 de diciembre, a bordo del **Northern Light**, y del muelle pasó directamente a casa de Henningsen en la Calle Doce. Su viejo compañero de armas se encontraba en Washington, pero en casa estaba Mrs. Henningsen. A la mañana siguiente, haciendo honor a su palabra, se presentó al Jefe de Policía Federal, quien no era otro que aquel su gran amigo y simpatizador Isaiah Rynders; el mismo que el año anterior fuera entusiasta promotor de varios mítines celebrados en Nueva York en pro de Walker. Acompañaban a éste sus abogados Francis Meagher, Malcolm Campbell, y el General Wheat. Al entrar en el despacho Rynders estrechó la mano de Walker diciéndole: "Como Capitán Rynders, General, estoy encantado de verle, pero como Jefe de Policía no puedo decir lo mismo". El líder filibustero le retornó calladamente el saludo y le entregó la carta en que Paulding ponía a Walker bajo custodia del Jefe de Policía. Pero no teniendo Rynders orden de captura contra Walker ni mandamiento judicial para arrestarlo, se quedó perplejo sin saber qué hacer. Se llevó al prisionero aparte, y después de un rato de conversación convinieron en ir juntos a Washington y exponer el caso al propio gobierno. Luego Walker concedió una entrevista a los periodistas. Aun cuando es mucho lo que hay que hacer para asombrar a gente de esa línea, todos se quedaron pasmados al oírle hablar fríamente de la invasión de Paulding a territorio de una nación amiga y de ultraje a su bandera. Es deber del gobierno americano afirmó, restituir "a mis hombres al mismo lugar de donde

fueron sacados a la fuerza, y también saludar a la bandera de Nicaragua por la ofensa que se le hizo". (1). Era Walker en la sala la persona más aplomada y dueña de sí misma, como también la más insignificante, en cuanto a apariencia personal.

A poco de haber llegado a Washington, Walker y Rynders visitaron al Secretario de Estado, Cass, a quien el Jefe de Policía explicó cómo y por qué llevaba prisionero a su amigo. Cass manifestó que el Poder Ejecutivo no tenía derecho de detener a Walker, y que antes de arrestársele por haber violado la ley de neutralidad debió abrirse proceso. El Jefe de Policía notificó entonces a Walker que quedaba en completa libertad. La libertad en que quedaba el filibustero fue considerada por la ciudadanía como una desautorización de la medida adoptada por Paulding. El hecho de que un oficial americano hubiera arrestado a los hombres de Walker en territorio nicaragüense dio lugar a una bulumba de opiniones encontradas. Los abolicionistas, naturalmente, aplaudieron lo hecho, y se explayaron diciendo que el Comodoro había actuado en cumplimiento de una "Ley Superior". Por otra parte, en todas las principales ciudades del Sur sus habitantes tronaron contra Paulding y celebraron mítines de protesta aprobando resoluciones más que todo restallantes de epítetos violentos. (2). Varios congresistas sureños manifestaron que presentarían una moción a fin de que un barco de guerra llevara a Walker de vuelta a Nicaragua. Sus líderes, sin embargo, se encontraban ante un dilema: temían enfrentarse al gobierno con demasiado vigor por miedo a perder su apoyo en la cuestión de Kansas.

(1) **Herald**, de Nueva York, 29 de diciembre de 1857.

(2) En un mitin celebrado el 31 de diciembre de 1857 en Nueva Orleans se resolvió que: "Este unánimemente condena en este caso la conducta de Paulding por no tener excusa, ni precedente en la historia de ninguna nación civilizada, es contraria a las leyes internacionales, y merece el condigno castigo de Estados Unidos", y "en opinión de este mitin es deber imperativo de este gobierno restituir al General Walker y sus hombres al país del cual fueron sacados tan ilegalmente con fuerzas incontrastables; y también indemnizarlos por entero de todas las pérdidas sufridas por causa de su captura, detención y privación de su libertad y propiedad", **Times**, de Nueva York, 9 de enero de 1858.

(1). A todo el país desconcertó la resuelta oposición de Buchanan y de su gabinete a la empresa de Walker. Habíase predicho a tambor batiente que al terminar el período de Pierce y Marcy los filibusteros serían mejor tratados. Buchanan, como uno de los firmantes del Manifiesto de Ostende, (+) insinuó la adquisición de Cuba, aun por la fuerza, de ser ello necesario, con tal de mantener la paz interna y la preservación de la Unión Federal. Y más todavía, había aceptado su postulación y resultó electo en virtud de una plataforma en que expresaba su simpatía por los esfuerzos que se hacían para "regenerar" a la América Central. "¿Quare te, genitor, sententia vertit?" (¿Quién eres tú, padre, para dictar sentencia?) era una pregunta que agitaba la mente de los estadistas sureños.

La primera pública y auténtica opinión que el Presidente vertió acerca de la empresa de Walker se oyó el 8 de diciembre de 1857 en su primer mensaje anual al Congreso, a poco de haberse evadido el **Fashion** de Mobila. En referencia a este incidente dijo: "En nada benefician a la nación empresas de esa índole, antes bien le han causado ya mucho daño, en lo político y en lo moral. Pido al Congreso dicte leyes que impidan a nuestros compatriotas cometer esos desafueros que las más eminentes autoridades en derecho internacional califican sin rodeos de robo y asesinato". (2). Más adelante Buchanan tendría oportunidad de exponer sin ambages su opinión al respecto. El 4 de enero de 1858 el Senado aprobó una resolución destinada a "expedir órdenes y recomendaciones a las fuerzas navales de Estados Uni-

(1) Ver las cartas de Alexander Stephens a su hermano Linton, en la obra **Life of Alexander Stephens**, Págs. 328 - 9, por Johnston and Browne, (Filadelfia, 1878).

(+) Fue este un documento firmado el 18 de octubre de 1854. Por James Buchanan, J. Y. Mason y Pierre Soulé, como Ministros de Estados Unidos en Inglaterra, en Francia y en España, quienes por orden del Presidente Pierce se reunieron en Ostende, puerto de Bélgica, con el fin de adoptar las medidas pertinentes por supuestos perjuicios causados por España al comercio de Estados Unidos con Cuba. Recomendaba el manifiesto que "Estados Unidos, de ser posible, compre cuanto antes Cuba", y que si España se niega a vender la isla, "las leyes humanas y divinas nos darán la razón si se la arrebatamos a España". Sin embargo, el Secretario de Estado, Marcy, repudió el documento. (N. del T.).

(2) **Messages and Papers of the President**, Vol. V., Págs. 447 - 8.

dos en aguas centroamericanas relacionadas con el arresto de William Walker y de sus partidarios". (1).

El despacho de estas órdenes fue motivo para que el Presidente emitiera un mensaje especial declarando que Paulding, al desembarcar fuerzas armadas en suelo nicara-güense, había cometido "un grave error" que debía ser sancionado para que no se repitiera. Era evidente, no obstante, continuaba diciendo, que el Comodoro, a quien calificaba de "valiente oficial", había actuado bajo el influjo de "sentimientos nobles y patrióticos y sinceramente convencido de que intervenía en pro de los intereses y el honor de su patria". Aun cuando el hecho constituía una violación de su soberanía, Nicaragua no sufrió por ello ningún perjuicio, antes bien se vio libre de un invasor; y sólo esa nación tenía derecho de quejarse. Walker, invasor como lo era no tenía derecho a protestar por la invasión de Paulding. Si el oficial de marina hubiera arrestado a Walker antes de entrar al puerto, habría actuado en legítimo derecho y su conducta hubiera sido elogiada, pues el Artículo 8º de la ley de neutralidad concede al Presidente facultad para emplear fuerzas terrestres y navales de Estados Unidos a fin de impedir que se "lleven a efecto" expediciones filibusteras aun después de haber salido de territorio estadounidense. El Presidente aprovechó la oportunidad para manifestar su resolución de aplicar la ley. Reiteró su creencia en el "destino manifiesto" del pueblo americano para regir los asuntos del hemisferio occidental, pero calificó de criminal la empresa de Walker, "que destruye el mismo objetivo que se propone alcanzar" . . . "Si la mitad del número de ciudadanos americanos muertos miserablemente en la primera desastrosa invasión del General Walker se hubieran establecido como emigrantes pacíficos en Nicaragua, el fin que todos perseguimos se habría logrado en gran parte". Mejor sería, indicó, que fuese el propio gobierno el promotor de tales empresas y no que las acometiesen aventureros irresponsables.

(1) *Congressional Globe*, 35 Cong., 1 Sess. Pt. 1, 179.

Esas expediciones atentatorias, terminaba diciendo, entorpecen el desarrollo de las relaciones exteriores con los gobiernos de la América Central. (1).

A nadie más que al propio Walker sorprendió la declaración del mandatario. Al momento de ser arrestado había asegurado solemnemente a Paulding que su empresa contaba con el completo apoyo del Presidente; pero el Comodoro no le creyó. (2). Poco después de haber llegado a Estados Unidos y de verse públicamente calificado en Washington de aventurero, salteador y asesino, dirigió a Buchanan una carta abierta de protesta por las acerbas críticas que de él y de los suyos hacía. Recalcaba el hecho de que muchos de sus oficiales se habían distinguido en la guerra méxico-americana, y que uno de ellos "hasta fue condecorado por haber sido el primero en plantar la bandera de usted en las cumbres de Cerro Gordo" (3). Decía en la misma carta que la documentación del barco que lo llevó a Nicaragua era de legalidad a toda prueba, y que aun cuando los hombres transportados hubiesen ido en son de guerra contra una nación con la cual Estados Unidos estaba en paz, habían salido ya de los límites territoriales de Estados Unidos para que esa nación tuviera derecho a intervenir, pues "los propietarios de un barco neutral están en completa libertad de transportar combatientes y armas de contrabando a cualquier parte, sujetos sólo al riesgo de ser capturados por barcos enemigos". Terminaba la carta manifestando abiertamente su determinación de volver a Nicaragua. (4).

(1) *Messages and Papers of Presidents*, V., Págs. 466 -'9.

(2) *Life of Hiram Paulding*, por Rebecca P. Meade, Pág. y otros.

(3) Esto fue Thomas Henry, sargento entonces del 7º de Infantería del ejército americano en los años de 1838 a 1847, ascendido a Teniente Honorario por arrojo y conducta meritoria en Contreras y Churubusco, el 20 de agosto de 1847. *Historical Register and Dictionary of the United States Army*, Vol. I, Pág. 524.

(4) "Hasta tanto haya un centroamericano desterrado de su solar nativo, y que hubiere sido despojado de sus bienes y derechos civiles por habernos prestado sus servicios en la derrota y en la victoria, dedicaremos nuestro tiempo y nuestras energías a la obra de restituirle sus bienes y derechos. Mientras los huesos de nuestros compañeros de armas, asesinados en razón de un bárbaro decreto del gobierno de Costa Rica, blanqueen insepultos en las Serranías de Nicaragua, nuestros corazones se esforzarán y nuestros brazos lucharán por la justicia que yo sé se nos hará algún día". Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 283; y *Harper's Weekly*, Vol. II, Pág. 38.

En Washington estuvo Walker sólo unos pocos días, y de allí siguió al Sur. Únicamente en ese sector del país podía seducir al pueblo. En el Norte se daba por seguro que no sobreviviría a su último revés. La generalidad de los nortños creían que sólo el éxito era prueba de la rectitud de una causa, y que dos fracasos consecutivos convertían al filibustero en un criminal. Y esta idea no se limitaba sólo al Norte. Un periódico de Florida, por ejemplo, editorializaba así: "Al principio le deseamos buena suerte, pero ahora comiézase a creer que al "hombre del destino" le ha llegado su hora, y que no se le dará otra oportunidad de desperdiciar la vida y la fortuna de sus compatriotas. Teniendo, como tuvo, todas las ventajas a su favor, su presente situación y la de Nicaragua son prueba fehaciente de que no era el hombre del momento. Esperamos que el gobierno aplique, al pie de la letra, nuestra ley de neutralidad". (1).

De manera similar en un mitin democrático convocado en Montgomery, Alabama, el 26 de enero, Henry W. Hillard, ex-congresista de ese estado y ex-encargado de negocios en Bélgica, declaró que aun cuando Walker fuera presidente **de jure** de Nicaragua no tendría derecho a reclutar gente para su ejército ni a organizarlo dentro de las fronteras de Estados Unidos, y que era *deber del gobierno americano impedir se infringiera la ley de esa manera*. William L. Yancey, empero, quien representaba el ala sureña del partido democrático, rebatió ese punto de vista. "Cualquier ciudadano americano", afirmaba, "tiene derecho a expatriarse. Si uno puede irse también pueden mil, con tal, sí, de que no se organice una expedición armada aquí. El embasamiento republicano del estado de Texas se asentó y se cimentó sobre este gran principio americano, y creo que el General Walker y sus compatriotas han tenido el cuidado de mantenerse dentro de la letra y del espíritu de tal principio. De modo pues que el Presidente no tenía derecho de arrestarlo, ni aun en alta

(1) Párrafo del *Advertiser*, de Apalachicola, Florida, reproducido en el *Herald*, de Nueva York, el 14 de diciembre de 1857.

mar". (1). Pocos eran, evidentemente, los sureños que estaban tan seguros como Yancey de que Walker no fuese culpable de violar la ley de neutralidad, porque de otro modo la prensa sureña no hubiera alzado el grito al cielo pidiendo su derogación. (2).

La jira de Walker por el Sur parecía más de un héroe conquistador que de un filibustero derrotado. En Richmond, Montgomery, y Mobila, se le dieron fiestas y banquetes, y prominentes ciudadanos se disputaban el honor de agasajarlo. Declaró que se dirigía a Nueva Orleans donde pediría se le enjuiciara por el delito que se le imputó al ser arrestado en la víspera de su partida. En Mobila pronunció un discurso cuyo punto medular fue la revelación de sus nexos con el gobierno de Buchanan y la explicación de la reciente hostilidad de éste a su persona. Habló de su cita privada con el presidente el pasado junio, y se preguntaba cómo era que siendo él un desafortunado, según decía ahora el presidente, lo había éste recibido de igual a igual en la Casa Blanca. El Presidente y su gabinete fueron amigos suyos, dijo, hasta en septiembre cuando repentinamente cambió el gobierno su política respecto de Nicaragua. Manifestó que los motivos del presidente y de su gabinete no eran desinteresados; que Buchanan tenía puestos los ojos en el proyecto de ferrocarril y canalización a través del istmo de Tehuantepec, fomentado en el verano de 1857 por Emile La Sére y Judah P. Benjamin, de Nueva Orleans; que Pierre Soulé, compañero de estos caballeros en un viaje a México, había puesto obstáculos a la realización del proyecto, y que el gobierno trataba ahora de vengarse de Soulé, a quien consideraba el principal defensor de Walker, entorpeciendo todo esfuerzo encaminado a americanizar Nicaragua, donde Soulé había hecho fuertes inversiones. (3). Pero no fue ésta la única recriminación hecha

(1) *Advertiser*, de Montgomery, 28 de enero de 1857.

(2) Véase, por ejemplo, el *Advertiser*, de Montgomery, fechado al 14 de enero de 1858.

(3) *Mercury*, de Mobila, 26 de enero; Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 295, *Herald*, de Nueva York, 2 de febrero de 1858.

por Walker en su discurso de Mobila. El gobierno combatía, dijo, la idea de la empresa filibustera en Nicaragua, pero no se opondría a que se la llevara a otro país, y que el mismo gobierno no cortaría las alas a Walker si éste actuara en conformidad con las ideas del Presidente. Walker afirmó que John B. Floyd, el Secretario de Guerra, había hablado con Henningsen instándole a que por el presente los filibusteros se olvidasen de Nicaragua y concentraran su atención en México. Que se enrolaran en el ejército de ese país y provocaran una guerra con España atacando en alguna forma a esa nación, y que tan pronto como las hostilidades estallasen se apoderaran de Cuba. (1) Walker manifestó que el cambio de actitud del Presidente, así como sus denuestos públicos contra él, no le podían seguir obligando a guardar esos secretos, y consideraba justo que el pueblo conociera ambos lados de la cuestión. El entusiasmo demostrado por Buchanan acerca del proyecto de Tehuantepec, y su parecer respecto a la anexión de Cuba concordaban tan bien con la revelación de Walker que hasta muchos de los adversarios del filibustero se inclinaban a creerle. De las conversaciones habidas entre Henningsen y el Secretario Floyd no cabe ninguna duda, pero que si Henningsen captó fielmente el sentido de las sugerencias del Secretario y que si Floyd tenía autorización para hablar en nombre del Presidente, aun cuando él así lo manifestara a Henningsen, son ya cuestiones de las cuales necesitamos tener documentación más fidedigna para poder emitir un juicio concreto sobre la veracidad de las "revelaciones" de Walker. Floyd las desmintió categóricamente. (2)

Entre tanto, el embrollo Walker-Paulding seguía ventiliándose en ambas cámaras del Congreso. El Senado, como hemos visto, había pedido al Presidente mostrar la correspondencia e instrucciones dirigidas a los oficiales de la marina americana en aguas de la América Central relacionadas

- (1) Libras de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 295; **Times**, de Nueva York, 2 de febrero de 1858; **Edinburgh Review**, CXII., Págs. 566 - 7.
 (2) El **Picayune**, de Nueva Orleans, 22 de julio de 1858.

con el arresto de Walker; y el 12 de enero la Cámara Baja le pidió más todavía: toda la documentación que el Presidente tuviera referente a la segunda expedición de Walker a Nicaragua, siempre y cuando ello no fuera en perjuicio del bien común. Los debates habían comenzado en la Cámara ocho días atrás, y habrían de continuar allí y en el Senado, con ciertos intervalos, durante cinco meses. No hay para qué detenerse en pormenorizar los diversos alegatos presentados. Los argumentos de quienes criticaban al gobierno pueden resumirse así: 1) Walker no era culpable de infringir la ley de neutralidad porque sencillamente la expedición no había sido organizada en forma militar dentro de territorio estadounidense. 2) Aun cuando éste hubiera sido el caso, estando ya los emigrantes en alta mar no podía detenerseles legalmente, por cuanto las leyes internacionales son inaplicables más allá de tres millas de la costa. 3) En consecuencia, ni Chatard ni Paulding tenían derecho alguno a molestar a Walker en el puerto de San Juan del Norte ni en alta mar, (1) y en eso de destituir a Chatard por no haber actuado y de censurar a Paulding por haber actuado, el gobierno era culpable de una torpe paradoja. 4) El hecho de desembarcar fuerzas armadas no constituía un mayor atropello a la soberanía de Nicaragua que el impedir su desembarco por la fuerza. ¿Qué habríamos dicho nosotros si un oficial inglés hubiera obrado como Paulding? Ahora existía el peligro de que Gran Bretaña tomara ese acto como precedente. 5) El hecho de que Nicaragua no hubiese protestado no justificaba en nada a Paulding. Eso no venía al caso. Tampoco Luis Felipe habría protestado si un oficial americano hubiera desembarcado fuerzas en Francia para ayudarle a debelar la revolución de 1848. 6) Y, en resumidas cuentas, aun cuando Nicaragua hubiese previamente autorizado el arresto de Walker, ello no facultaría **ipso facto** al Presidente para ordenarlo sin que antes el Congreso lo autorizara mediante resolución expresa.

(1) Recuérdese que el Capitán Davis, cuando los aliados le pidieron en San Juan del Sur impedir el desembarco de reclusos para Walker, se negó a ello basándose en que no podía aplicar la ley de neutralidad de Estados Unidos en jurisdicción territorial de una nación extranjera.

Es interesante observar que muchos de quienes sostenían estos puntos de vista simpatizaban poco, o nada, con Walker. El Senador Stephen A. Douglas, por ejemplo, en una bien definida manifestación de su criterio, dijo: "Ninguna gracia me hace este filibusterismo. Creo más bien que tiende a destruir lo que pretende realizar, que es: ensanchar los ámbitos de la libertad y la bandera". (1). Jefferson Davis se expresó de manera similar. Aun en el caso queuviésemos un tratado de extradición con Nicaragua, declaró, no podríamos haber hecho lo que hizo Paulding. Pero parece que tenía, no obstante, muy pobre opinión de Walker. "No sé nada de él. No puedo simpatizar con semejante clase de expediciones. Creo que debemos poner en práctica nuestra ley de neutralidad dentro de nuestras fronteras únicamente". Si conviene que el Presidente ordene patrullar los mares, débese reformar la ley para que lo pueda mandar a hacer, terminó diciendo. (2). El Senador Pugh, de Ohio, no creía mucho en Walker, pero decía que los peores hombres suelen encarnar grandes principios, y que Walker representaba el derecho de todo americano a expatriarse. Los principales defensores de Walker fueron Brown, de Misisipí, y Toombs, de Georgia, en el Senado; y Stephens, de Georgia, Clingman, de Carolina del Norte, Warren, de Arkansas, Taylor, de Luisiana, y Quitman, de Misisipí, en la Cámara. (3). Entre los representantes del Norte y del Sur había críticos de Walker. Lo mismo puede decirse de los defensores de Paulding, aunque éste sólo raras veces fue elogiado por los del Sur. El Senador Mallory, de Florida, fue uno de los más ardorosos defensores del Comodoro. Lo conocía personalmente y lo consideraba una de las personas de mayor honra y prez de la marina americana. "Las instrucciones que recibió eran imprecisas y bien podían interpretarse para actuar en la forma que lo hizo", argumentó en cierta ocasión. Mr. Zollicoffer, de Tennessee, culpó asimismo al autor de las instrucciones y no al hombre que se dispuso a ejecutarlas conforme a su leal

(1) *Congressional Globe*, 35 Cong., 1 Sess., Págs. 223.

(2) *Congressional Globe*, 35 Cong., 1 Sess., Págs. 217.

(3) *Congressional Globe*, 35 Cong., 1 Sess., Págs. 217.

saber y entender. (1). Si Chatard podía legalmente impedir el desembarco en un puerto neutral, Paulding podía también desembarcar fuerzas y disolver la expedición que ya había desembarcado, fue su razonamiento. Wright, de Georgia, propuso que se aprobara una resolución declarando que el arresto había sido ilegal, pero de acuerdo con las instrucciones del Secretario de Marina. (2). El Senador Crittenden, de Kentucky, se contaba entre los que negaban que Paulding hubiese cometido "un grave error". Otros de los defensores del Comodoro fueron Ritchie, de Pensilvania, Thompson, Pottle, y Palmer, de Nueva York; Curtis, de Iowa, y Montgomery, de Pensilvania. En el Senado, Doolittle, de Wisconsin, presentó un proyecto de resolución tendiente a otorgar una medalla de oro a Paulding por haber removido de Nicaragua a los filibusteros. Brown, de Misisipi, surgió acto continuo que se tachase todo el texto del proyecto excepto la cláusula del decreto sustituyéndolo con la resolución de repudiar y condenar el proceder del marino. (3). Siempre que se discutía este proyecto precipitábase tal diluvio de debates que su examen tenía que posponerse; y finalmente expiró sofocado bajo una avalancha de palabras.

Los defensores de Paulding basaban sus argumentos en los siguientes puntos: (1) Walker era fugitivo de la justicia, y cualquier oficial americano tenía derecho de arrestarlo en donde quiera, con el consentimiento de la nación en que se hubiese internado. (2) Este consentimiento estaba tácitamente dado en la comunicación del 14 de septiembre de Molina e Irisarri, en la cual pedían a Estados Unidos estacionar frente a la costa una fuerza naval capaz de impedir el desembarco de filibusteros. Es verdad que en aquellos días ninguno de esos dos caballeros podía hablar como representante oficial de Nicaragua, pero el 15 de noviembre, tres semanas antes del arresto de Walker, Irisarri había sido recibido oficialmente como representante de ese país. (3) Aun

(1) **Congressional Globe**, 35 Cong., 1 Sess., Pág. 217.

(2) **Congressional Globe**, 35 Cong., 1 Sess., Apéndice, Pág. 45B.

(3) **Congressional Globe**, 35 Cong., 1 Sess., Apéndice, Pág. 465.

sin previo consentimiento, el lugar donde Walker desembarcó era una estéril y desierta punta de arena sobre la cual nunca ningún país había extendido su jurisdicción, y el desembarco de una fuerza armada allí no podía considerarse como verdadera violación de territorio extranjero. (4) Por último, Estados Unidos era responsable ante una nación amiga de cualquier invasión armada que ciudadanos americanos llevaran a su territorio, y esa misma responsabilidad justificaba la adopción de las medidas adecuadas para desbaratarla.

Palmer, de Nueva York, recalcó que si acaso Paulding cometió un "grave error" fue el no haber dejado a Walker en manos de la justicia del país al que emigró. (1). Montgomery, de Pensilvania, decía que si el haber removido a Walker de Nicaragua constituía una invasión, igual cosa sería el restituirlo, como algunos de sus amigos pedían se hiciera. Y más todavía, en su opinión, el gobierno haría bien en llevarlo allá y dejar que los nicaragüenses le demostraran su cariño. Si ellos en realidad querían que él regresara no tenía por qué hacerlo con gente armada. (2). Hubo la mar de opiniones discrepantes. Ni los amigos de Walker ni los de Paulding aceptaron el punto de vista del gobierno, de manera que Buchanan fue blanco de críticas mordaces. Por otra parte, muchos que aplaudían al Presidente por haber condenado al filibustero y al Comodoro reprobaban la forma en que el gobierno trató el caso. Aunque parezca extraño, uno de los pocos que apoyaron al Presidente fue William H. Seaward, quien en todo punto y siempre defendió a Buchanan, salvo en lo de haber dejado en libertad a Walker cuando éste se presentó voluntariamente como prisionero en Washington. Seaward hizo estallar al senado en risas diciendo que se alegraba de ver que en su mensaje el Presidente hablara elogiando una "Ley Superior", expresión que el Senador neoyorquino consideraba de su exclusiva propiedad.

(1) **Congressional Globe**, 35 Cong., 1 Sess., Pág. 300.

(2) **Congressional Globe**, 35 Cong., 1 Sess., Pág. 281.

Lo más extrañamente revelador de los debates fue que Walker no contaba con el apoyo unánime de los representantes del Sur. De esto ya se habrá podido colegir leyendo los párrafos anteriores. De nadie recibió más duros e hirientes latigazos que de ciertas lenguas sureñas. Lamar, de Misipi, dijo: "Si bien yo soy del Sur, y estoy plenamente compenetrado del espíritu de mi región, jamás permitiré que el destino de nuestras nobles instituciones caiga en manos de pandillas de salteadores, ni que se violen sus virtudes identificándolas con el éxito de expediciones ilegales". Declaró que no aprobaría nuevos proyectos de adquisición territorial hasta que se hubiese solucionado práctica y satisfactoriamente la cuestión del derecho del Sur o extender sus instituciones a territorios ya confinados dentro de los límites de la Unión americana. Esto era una cuestión "ante cuyas colosales magnitudes los desafueros de Walker y la criminalidad de Paulding son una nonada". (1). Hawkins, de Florida, se expresó en este tono: "Poca es la fe que tengo en la estrella del "predestinado de los ojos grises", pues alumbra difusa y pálida, sin brillo que le dé ni le preste su talento militar o cívico. Que posee un raro valor personal y fuerza de voluntad, y que ha demostrado entereza de ánimo en momentos críticos, nadie lo duda; pero no acompañan a estos atributos del carácter el conocimiento del arte de la guerra, el don de saber granjearse el afecto de sus tropas ni tampoco sabe cómo implantar una saludable disciplina si no es con actos de extremo y probablemente innecesario rigorismo". (2). Winslow, de Carolina del Norte, habló de manera parecida, manifestando que empresas de tal naturaleza tendían a devaluar el carácter americano e indisponer contra nuestra nación a las débiles repúblicas del continente. "Si la adquisición de Nicaragua es indispensable para nuestra seguridad y bienestar, adquirámosla en guerra viril y franca, no le echemos los perros". (3).

(1) **Congressional Globe**, 35 Cong., I Sess., Pág. 279. En el Apéndice del **Congressional Globe** aparece esta intervención, pero en forma resumida y en tono mucho más moderado.

(2) **Congressional Globe**, 35 Cong., I Sess. Apéndice, Pág. 461.

(3) **Congressional Globe**, 35 Cong., I Sess. Apéndice, Pág. 504.

Sin embargo, fue el Senador Slidell, de Luisiana, considerado el portavoz del gobierno de Buchanan, quien disparó la más demoledora andanada. Censuró con cierta dureza a Paulding, pero con Walker fue despiadado. El Comodoro, extralimitándose, dijo, sólo consiguió despertar una falsa simpatía por el filibustero y le dio el lábaro del martirio. "En todo tiempo los pseudo-mártires han encontrado devotos que les rinden culto". Llamó sarcásticamente a Walker "nuevo Guillermo el Conquistador"; (+) afirmó que una farsa electoral lo llevó a la presidencia, "farsa que fue representada con el reconfortante acompañamiento de las bayonetas", y que un estigma de sangre y de rapiña manchaba toda su carrera. Que no era soldado, añadió; que denigró al hombre que lo había salvado de una muerte ignominiosa; y que su nombre se pronunciaba con espanto en toda la América Central. Por un lado, Slidell defendía al gobierno que destituyó a Chatard por no haber actuado contra los filibusteros, y, por otro, censuraba a Paulding por haber actuado. Chatard, decía el Senador, debió arrestar a Walker y a sus partidarios a bordo del **Fashion**. Este era un barco americano con bandera americana, siendo por tanto un trocito de territorio americano en donde quiera que estuviese. El organizar una expedición armada a bordo de este vapor constituyó una violación de la ley de neutralidad, y su viaje fue ilícito. Se pudo haber arrestado a los filibusteros a bordo del **Fashion**, añadió, más al momento de pisar ellos suelo extranjero estaban ya fuera de la jurisdicción de Estados Unidos. (1). Tómese esto como la respuesta del gobierno a sus muchos críticos, pero lo más interesante de ello es que lo decía un Senador representante de la región en donde hasta entonces el filibusterismo había contado con el más fuerte apoyo.

La reacción del Norte y del Sur contra Walker respalda de lleno la verdad de aquel viejo adagio: "El éxito engendra el éxito". Cuando Slidell pronunciaba su discurso en el Senado no habían pasado doce meses del día aquel en que

(+) Duque normando conquistador de Inglaterra. Vivió de 1.027 a 1.087. (N. del T.).

(1) **Congressional Globe**, 35., Cong. I Sess., Apéndice, Pág. 1538.

Lewis Cass, ahora Secretario de Estado, vertiera su ya citada frase: "Los heroicos esfuerzos de nuestros compatriotas en Nicaragua encienden mi admiración y simpatía. Y no habrán de disuadirme las burlas, ni los reproches, ni las palabras injuriosas. Quien no simpatice con esa empresa tiene poco en común conmigo". (1). Esos pocos meses habían producido cambios. Ya no querían los políticos atar su carro a la cauda de una estrella fugaz. La documentación remitida por el Presidente a las dos Cámaras del Congreso pasó en el Senado a manos del Comité de Asuntos Exteriores y a un Comité semejante en la Cámara Baja, con excepción de la parte referente a las órdenes y recomendaciones impartidas a los oficiales de la marina; éstas fueron remitidas al Comité de Asuntos Navales. Los informes de estos comités fueron simplemente eco del criterio expresado por el Presidente en su mensaje. (2).

Después de haber sido censurado por el Presidente, Paulding fue relevado de su cargo y subrogado por el Comodoro McIntosh. Durante el resto del período presidencial de Buchanan, permaneció prácticamente en retiro, y varias veces fue demandado por los frustrados filibusteros. (3).

Sin embargo, consoló un poco a Paulding el saber que Nicaragua le estaba agradecida. Antes de regresarse a Estados Unidos, el General Jerez, ex-compañero de armas de Walker y Ministro de gabinete, visitó al Comodoro a bordo del **Wabash** y le agradeció con el corazón en la mano que se hubiera llevado de Punta de Castilla a los filibusteros. (4). El Ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua, en nombre de su gobierno, le escribió expresándole igual sentimiento. El señor Irisarri manifestó asimismo a Cass la gratitud del

(1) *Times*, de Nueva York, 24 de mayo de 1856

(2) Ver Informe No. 20 del Senado, y el Informe No. 74 de la Cámara, 35 Cong., I Sess. Tres miembros del Comité de Asuntos Navales de la Cámara sin embargo, presentaron un informe de minoría elogiando a Paulding.

(3) Senate Doc. 10, 35 Cong., I Sess., Pág. 1539.

(4) *Congressional Globe*, 35 Cong., I Sess., Pág. 357.

gobierno de Nicaragua por la conducta de Paulding. (1). La República de Nicaragua otorgó por decreto a Paulding una espada con incrustaciones de piedras preciosas y veinte caballerías (670 acres) de tierras nacionales. El Congreso de Estados Unidos de 1861 le permitió aceptar la espada pero no la tierra, ya que la aceptación de lo último podía sentar un precedente. (2). Aun cuando apreciamos los móviles que impulsaron a este oficial, debemos reconocer que el gobierno hizo bien en tachar su conducta, y ésto haciendo caso omiso de toda cuestión de méritos o deméritos del filibusterismo. El propio Paulding, como ya se ha visto, en carta a su esposa reconocía haberse excedido. En su informe oficial al Secretario de Marina no intentó justificar su intervención basándose en las instrucciones recibidas, más bien manifestó "que no podía mirar a Walker y a sus partidarios bajo otro aspecto que el de forajidos que habían burlado la vigilancia del gobierno, que salieron de nuestro territorio con el deliberado propósito de entregarse a la rapiña y al asesinato; y no ví otro medio mejor de vindicar la ley y redimir el honor de nuestra patria que desarmarlos y devolverlos a Estados Unidos. Asumo de lleno la responsabilidad por lo hecho y confío en que el gobierno justificará mi proceder . . . El humanitarismo, así como la ley, la justicia y el honor de la nación, exigían la dispersión de esos forajidos" (3). Si Paulding creía sinceramente que Walker era un pirata y forajido dedicado al asesinato y al pillaje ¿por qué entonces le llamó "general", compartió con él su mesa y camarote, y le permitió irse desde Colón a Nueva York bajo su sola palabra de honor? Varias publicaciones atribuyeron la acción de Paulding a simple animosidad por la burla hecha a su escuadra, y al haberse el filibustero atrevido a "responder" a un capitán de la marina americana. (4). Hubo quienes la achacaron a influencia ejercida por los dos comandantes ingleses que ce-

(1) Notas al Departamento, Legación de Nicaragua, 1862 - 67); *Life of Hiram Paulding*, Págs. 198 - 9, por Rebecca P. Meade.

(2) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Marina, Flota del Caribe, II, II., Pág. 61.

(3) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Marina, Flota del Caribe, II.

(4) Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Págs. 273 - 278 - 9.

naron con el Comodoro el día antes del arresto. Verdad es que el Capitán del **Brunswick** había ofrecido a Paulding cooperar con él en la remoción de los hombres de Punta de Castilla, pero Paulding rehusó la propuesta. Se ha dicho también que Paulding era muy amigo del Capitán Davis, y que se sintió ofendido por la crítica que Walker hizo de ese oficial. (1). Entre los oficiales de la marina existía un bien cimentado **esprit de corps**, y eran muy sensitivos a las críticas de un intruso. Debe recordarse asimismo que el verano anterior Paulding había llevado de Colón a Estados Unidos a un gran número de los sobrevivientes de Rivas, cuyos sufrimientos y penurias eran aún cuadros vívidos en su memoria. Es probable que todos estos hechos hubieran en cierta medida contribuido a regir su línea de conducta, y que sus motivos fueran realmente más complejos de lo que él admitía. En todo caso, su proceder, cualesquiera fuesen los motivos, debía ser reprobado. Con la censura de Paulding el gobierno no hacía sino seguir el precedente establecido en el caso del Comodoro David N. Porter, quien en 1825 desembarcó tropas en Puerto Rico para obligar al alcalde de un pueblito a dar explicaciones por insultos proferidos a un oficial de la marina americana. Este desplante costó a Porter una reprimenda y el relevo de su cargo. Hay, realmente, momentos en que se excusa que un oficial desacate las órdenes recibidas, pero sólo en trances en que sea imperativa la acción inmediata y en que el acatamiento de órdenes pudiera llevar a un desastre. Paulding no afrontaba entonces tal situación. Pudo, al llegar al puerto y encontrarse con que los filibusteros habían desembarcado, cortarles su línea de abastecimiento; y pudo igualmente, cuando Anderson se apoderó de los vaporcitos y los envió río arriba al interior del país con los filibusteros, prenderlos conforme a órdenes recibidas, como protector de la propiedad americana. Con la adopción de esa medida los filibusteros hubieran tenido que someterse, y nunca se les habría considerado mártires.

[1] *Byways of War*, Págs. 213 - 4, por Roche.

Cabe observar aquí que un poco más de dos años antes del arresto de Walker, a William L. Marcy, en esos días Secretario de Estado y por ningún punto amigo de los filibusteros, se le presentó la oportunidad de expresar su opinión en un hipotético caso muy similar al relacionado con la tercera expedición de Walker. El señor Marcoleta, Ministro de Nicaragua, a mediados de 1855 y poco después de la partida de Walker y de Kinney, se dirigió al Departamento de Estado pidiéndole estacionara un buque de guerra en la bahía de San Juan del Norte con órdenes de impedir el desembarque de armas y provisiones para los filibusteros americanos en Nicaragua. Marcy le contestó el 11 de agosto diciéndole que dado caso saliera de territorio estadounidense una expedición armada y traspasara las fronteras de otro estado, no podría él mandar a perseguirla y capturarla estando ya dentro de territorio extranjero. Si un barco de Estados Unidos estuviera anclado en el puerto de San Juan del Norte, en Nicaragua, "no podría, sin arrogarse facultades ilegales que afectarían los derechos de ese estado, interponerse para impedir el desembarque de armas, municiones, u otros materiales que fuesen motivo de sospecha". El cumplimiento de tal solicitud "constituiría un patente atropello de los derechos soberanos de Nicaragua, y provocaría la comisión de actos contra individuos estadounidenses que ninguna ley municipal ni internacional justificaría". (1).

Como se habrá visto, las ideas de Stephen A. Douglas y Jefferson Davis en 1858 eran las mismas que Marcy tenía en 1855. De ninguno de estos hombres habría podido decirse que fuesen acólitos del filibusterismo. Nótese asimismo que el Secretario de Marina Toucey ordenó a sus oficiales hacer lo que Marcy decía explícitamente no había derecho de hacer; o sea, interceptar las expediciones ilegales a la América Central e impedir su desembarco. A ojos vistas está que el gobierno dio un paso de avance encaminado a reprimir el filibusterismo, y tenía la plena aprobación de Buchanan. Y,

[1] Manuscritos del Departamento de Estado, Notas del Departamento América Central, I., Págs. 85 - 7.

sin embargo, específicamente y muchas veces se acusó a este Presidente de haberse hecho de la vista gorda ante la salida de tales expediciones. A decir verdad, el líder filibustero no lo consideraba partidario de su empresa. Ni tampoco el Ministro de Gran Bretaña. El 16 de noviembre, apenas supo de la evasión del **Fashion**, Lord Napier, Ministro británico en Washington, escribió a Lord Clarendon: "Creo que el Presidente y el General Cass reprueban y lamentan sinceramente este intento de perturbar la paz en la América Central". (1). Por venir de donde venía, ésto, si no elogio, era cuando menos disculpa del trono. Dos meses más tarde Sir William Gore Ousley, en viaje a la América Central como comisionado especial del gobierno británico, se detuvo en Washington para conversar con Buchanan. Su impresión fue la misma de Napier. El Presidente reafirmó su determinación de acabar con el filibusterismo, manifestándole que contaba para ello con el apoyo de la mayoría de los hombres inteligentes y respetables del país. "Tengo todas las razones para creer", escribió Sir William, "que es verdad lo que el Presidente me dijo respecto de sus sentimientos personales sobre el filibusterismo; y mis observaciones particulares confirman plenamente el aserto de Su Excelencia referente a la opinión de la mayoría de los hombres influyentes de este país, incluso los de los estados esclavistas del Sur que están dispuestos a respaldar sus actos". (2).

Un año después vemos a Buchanan no sólo condenando el filibusterismo sino también ridiculizando la idea de anexionar cualquier parte de la América Central a Estados Unidos. "¿Qué haríamos con esa gente?", preguntaba a Napier "No podríamos incorporarlos; y si lo hiciéramos, nos despedazarían". Napier contestó que conocía perfectamente los impedimentos constitucionales y políticos que afrontaba la anexión en términos de igualdad de una región poblada por una raza mestiza, pero creía que algunos americanos consideraban la posibilidad de crear colonias o dependencias en

(1) *British State Papers*, XLVII, Pág. 742.

(2) *British State Papers*, XLVIII, Pág. 632.

algunas partes de la América Central. Buchanan refutó la posibilidad de injertar esa novedad en las instituciones de Estados Unidos, y repitió la frase que el Ministro británico le había oído decir muchas veces: "Sólo podemos anexar territorios sin dueños". (1). Y esto lo decía uno de los firmantes del Manifiesto de Ostende.

[1] **British State Papers**, XLVIII, Pág. 754.

CAPITULO XXII

Dificultades del Tránsito

En mayo de 1857, después de haber sido Walker removido de Nicaragua, los Generales Martínez y Jerez, jefes de los partidos legitimista y democrático respectivamente, se pronunciaron contra el gobierno de don Patricio Rivas, el cual había sido reconocido por todas las repúblicas centroamericanas, y se pusieron a la cabeza de un nuevo gobierno que fue una especie de duunvirato. (1). No obstante ser éste producto de una revolución, unió a las parcialidades políticas antagónicas del país. Haciendo honor a la costumbre centroamericana, los dos jefes desterraron al desafortunado Rivas, a cuyo llamado los ejércitos aliados habían marchado contra los filibusteros; el ex-mandatario huyó a Inglaterra. Convocóse luego una Asamblea Constituyente en la que el General Martínez fue proclamado Presidente por unanimidad. Este gobierno no era más constitucional que los recién pasados, incluyendo hasta el de Walker. Ninguno de los dos jefes militares tenía autoridad para convocar una constituyente, y ningún oficial del ejército con grado más alto de teniente coronel en servicio activo podía ser electo presidente. (2).

Entre tanto, el Tránsito seguía cerrado con gran perjuicio de los intereses financieros americanos. Muchas fueron las personas de diversos sectores que se acercaron al go-

(1) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índice y Archivos, América Central, Notas al Departamento, II.; Legaciones de Nicaragua y Costa Rica, Despachos, III.

(2) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Legaciones de Nicaragua y Costa Rica, Despachos, III.; Notas al Departamento, II.

bierno de Nicaragua insinuándole reabrir la ruta interoceánica, lo cual provocó dificultades entre esta república y Costa Rica. Este último país, aunque ya habían terminado las hostilidades, retenía los vapores de la Compañía del Tránsito y exigía que Nicaragua le reconociera derechos sobre toda la margen meridional del Río San Juan. La exigencia incluía además la posesión de las fortalezas de El Castillo y del puerto lacustre de San Carlos. Nicaragua cedió la de El Castillo por un período de veinte años pero no la de San Carlos. Resultado de esta disputa fue que ambos países se vieron en el acto envueltos en una guerra de papel y tinta. La disputa se ahondó al convertirse la ruta del Tránsito en manzana de discordia. Costa Rica, en fuerza de su ocupación militar y pretensiones sobre la margen meridional del río, reclamaba ciertos derechos sobre la ruta interoceánica, y reforzaba su reclamo basándose en que la ocupación era de necesidad porque en caso de otra invasión Nicaragua no podría defenderla y entonces la ruta volvería a ser el camino real de los filibusteros.

Tres grupos de capitalistas se disputaban la concesión: el primer concesionario, o sea la Atlantic and Pacific Ship Canal Company, cuyo presidente era H. G. Stebbins y su principal proyectista Joseph L. White (generalmente conocida como la Compañía de Stebbins y White); la Compañía Accesorio del Tránsito, encabezada por Vanderbilt, la cual nunca había admitido la legalidad de la revocación de su contrato decretado por el gobierno Rivas-Walker; y Morgan y Garrison, quienes naturalmente sostenían que sus derechos recién adquiridos eran todavía válidos.

El inglés Webster, el mismo que ayudara a Spencer en la planificación de las operaciones en el San Juan, aprovechó su permanencia en San José para obtener una especie de concesión del gobierno de Costa Rica, y habiendo reñido con Vanderbilt se asoció a Morgan y Garrison. Pero debía también adquirir una concesión igual de parte de Nicaragua, cuya gestión fracasó. Entre tanto, la Compañía de

Stebbins y White pretendía que el señor Irisarri, recién nombrado Ministro de Nicaragua pero no reconocido aún en Washington, le ayudara a obtener una nueva concesión de la ruta. Irisarri había caído por completo bajo los halagos de Joseph L. White, pero Vanderbilt, cuya influencia era suprema en los altos círculos políticos, trataba de impedir que fuese reconocido. El General Cañas, todavía en Nicaragua al mando de las tropas costarricenses, complicaba aún más la situación con su plan de crear una nueva división política que comprendiera los departamentos de Rivas, Guanacaste, y el Río San Juan. Planeaba, según parece, un **coup d'état** que esperaba ejecutar con la ayuda de Vanderbilt a quien compensaría dándole la concesión de la ruta del Tránsito. El financiero rechazó el plan del golpe porque la región escogida para fundar el nuevo estado era sumamente despoblada, pero en cambio pidió a Cañas le pusiera los vapores en sus manos para poder reabrir la ruta, asegurándole que Estados Unidos apoyaría de lleno la empresa, pues el gobierno americano había manifestado estar dispuesto a proteger a cualquier gobierno que volviera a poner en movimiento el Tránsito. Logrado esto, Cañas se haría nombrar ministro de Nicaragua y de Costa Rica en Washington en sustitución de Irisarri, de quien los especuladores habían hecho un instrumento suyo. Vanderbilt obtuvo también los servicios de De Goicouría, quien trató de armarle zancadillas a Irisarri en Nicaragua y de ayudar a su amo escribiendo cartas al General Jerez, amigo que había sido suyo cuando en la primavera de 1856 ambos militaban en las filas de Walker. (1). Webster, cuya concesión costarricense no le sirvió de nada, abandonó a Morgan y a Garrison y se pasó de vuelta a Vanderbilt. Regresó a Costa Rica en el otoño de 1857 en compañía de Daniel B. Allen, yerno de Vanderbilt, con el propósito de obtener una concesión otorgada conjuntamente por las dos repúblicas centroamericanas.

(1) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, América Central, Notas al Departamento.

Pero ya Irisarri había firmado contrato el 27 de junio con Stebbins y White, el cual contrato ratificó Nicaragua en julio. Vanderbilt protestó en el acto alegando que la Compañía Accesoria del Tránsito, con arreglo al contrato original, poseía todavía derechos exclusivos, y que la revocación decretada en febrero de 1856 por el gobierno filibustero era nula y sin valor alguno. Morgan y Garrison peleaban también por lo que decían ser sus derechos y privilegios, pero en vista de sus viejos nexos con Walker el gobierno de Nicaragua no atendía sus reclamos. (1).

El gobierno americano, grandemente interesado en la reapertura del Tránsito, envió a William Carey Jones como representante especial a Nicaragua con el encargo de hacer allí un estudio de la situación. Dificilmente pudo haberse hecho un nombramiento más desacertado. Si los periódicos no mienten, rara vez se le vio sobrio y nunca como el diplomático que debía ser: (2). se le llamó de vuelta y jamás presentó ningún informe que valiera la pena.

El interés del gobierno de Buchanan en reabrir la ruta motivó el reconocimiento de Irisarri como Ministro el 16 de noviembre, es decir al día siguiente de la salida de Walker de Mobila en el **Fashion**. Inmediatamente después de haber sido recibido en la Casa Blanca, él y Cass sometieron a la consideración de sus respectivos gobiernos un proyecto de tratado sobre la reapertura de la ruta; este documento fue probablemente formulado con anterioridad al reconocimiento del nuevo Ministro de Nicaragua. Dado que durante años Irisarri había representado a Guatemala y El Salvador cerca del gobierno americano, es de suponer que antes de presentar sus credenciales como Ministro de Nicaragua hubiese hablado indirectamente con Cass, sobre los asuntos de ese país. El tratado hablaba de una ruta abierta y neutral de tránsito a través de Nicaragua, con poderes concedidos a

(1) **British State Papers**, XLVII, Pág. 710.

(2) **Herald**, de Nueva York, 1º de enero de 1858.

Estados Unidos para, si fuese necesario, emplear fuerzas militares destinadas a proteger pasajeros y carga que se transportasen por la ruta. (1). La idea de Buchanan y Cass era mantener abierta una línea interoceánica neutral y segura, accesible a todas las naciones del mundo en términos de igualdad y no expuesta a interrupciones causadas por las desdichadas guerras civiles de la América Central. Grande fue su sorpresa cuando, muy recién firmado el tratado, Irisarri informó a Cass que la Compañía de Stebbins y White era la única en Nicaragua con derecho a utilizar la ruta interoceánica.

Los rivales de esa compañía, naturalmente, deseaban impedir la ratificación del tratado Cass-Irisarri, y los delegados de Vanderbilt en Nicaragua hacían todo lo posible en ese sentido. También Vanderbilt continuaba adulando a Costa Rica —maniobra que implicaba sus gajes, pues ese país retenía los vapores y controlaba el río y el lago— y parece que abrigaba la esperanza de lograr, en favor del General Cañas, la destitución de Irisarri como Ministro en Washington. Rechazado en Nicaragua el tratado Cass-Irisarri, el magnate creía que el gobierno americano, deseoso de reabrir la comunicación interoceánica, entablaría negociaciones con Costa Rica, y que con Cañas de Ministro vería realizado su proyecto. (2).

Las relaciones entre Nicaragua y Costa Rica eran muy tensas. Desde tiempo atrás la línea divisoria de ambos países venía siendo objeto de litigio, y Costa Rica vio en ese momento la ocasión propicia para imponer su exigencia. Nicaragua, exhausta, no podía oponer resistencia eficaz; más aún, se sentía en deuda con su vecina del Sur por haberla librado de los filibusteros. Ante la negativa de Nicaragua a entregar la fortaleza de San Carlos, el Coronel Cauty fue enviado a ponerle sitio con tropas costarricenses para ren-

(1) El texto completo del tratado figura en: Senate Ex. Doc. 194, 47 Cong., 1 Sess., Págs. 117 - 25

(2) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, América Central, Notas al Departamento, II., III.

dirla por hambre; la guerra parecía inminente entre ambas naciones. El panorama político, sin embargo, cambió de pronto con la reaparición de Walker. Su desembarco en Punta de Castilla en noviembre de 1857 causó tal pánico en los dos países que por mutuo acuerdo olvidaron la discordia para hacer causa común con los filibusteros. Tras el arresto de Walker por Paulding volvió la armonía al istmo. El propio día de su captura ambas repúblicas firmaron un pacto poniendo fin al litigio fronterizo. (1).

El tratado Cass-Irisarri volvió al tapete en Nicaragua. Los agentes de Vanderbilt, con el propósito de impedir su ratificación, usaron como espantajo el reciente regreso de Walker. El Presidente Martínez, que aborrecía a los americanos y por nada del mundo quería que fuese reabierto el Tránsito, sometió el tratado a la consideración de la Asamblea firmemente convencido de que sería rechazado; pero cuando, para gran sorpresa suya, fue ratificado, lo vetó. (2). No se atrevió, sin embargo, a divulgar el veto, y más bien dio pábulo a la impresión de que había firmado el documento. Y llegó hasta a entregar un paquete lacrado al representante de la Compañía de Stebbins y White, (quien no era otro que aquel cobarde de Louis Schlessinger de Santa Rosa), diciéndole que contenía el tratado. Schlessinger era pues el encargado de llevarlo a Estados Unidos, y obtuvo de Mister Mirabeau B. Lamar, el nuevo Ministro americano, una carta para el capitán del **Fulton**, en San Juan del Norte, en la cual le pedía el favor de llevar a Schlessinger a Colón para que pudiera llegar rápidamente con la noticia a Estados Unidos. Por suerte el barco de guerra no estaba en el puerto cuando el emisario llegó a San Juan del Norte; gracias a lo cual la marina de Estados Unidos se libró de ser involuntariamente cómplice de una indignidad inferida a la diplomacia americana, (3).

(1) **British State Papers**, XLIX., Págs. 1222 - 24.

(2) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Nicaragua, y Costa Rica, Despachos, III.

(3) **Herald**, de Nueva York, 31 de mayo de 1858; **A Travers l'Amérique Centrale**, Vol. II, Pág. 160 y siguientes, por Belly.

La infame treta jugada al Ministro de Estados Unidos provino de la llegada a Nicaragua de un francés fantasioso: Monsieur Felix Belly. Aunque no más que agente de un grupito de anónimos especuladores parisienses, vio con ojo rapaz las posibilidades que ofrecía la ocasión y, siendo hábil actor, se las ingenió, envolviendo su misión en equívocos aires de misterio, para hacer creer a periodistas americanos y franceses que era representante oficial del Emperador de Francia. Al llegar a San Juan del Norte el 14 de marzo de 1858, escribió a los Presidentes Mora y Martínez en términos más o menos herméticos dándoles a entender que su visita tenía relación con vastos proyectos que le agradaría poner en conocimiento de sus excelencias. "Por varios años he consagrado mis energías a la causa de la prosperidad e independencia de la América Central, y no será culpa mía si de mi viaje no resulta el triunfo de esta causa", decía. Se dirigió primero a Costa Rica, y al saber Mora que iba a verlo a él ordenó a media noche que de la capital salieran a encontrarlo con mulas y un guía. El Coronel Barrillier, el zuavo francés, fue también enviado para acompañarle, y en todos los pueblos del camino fue agasajado cordialmente. Esto ocurría tan sólo pocos meses después de que Walker y Kinney volvieran a San Juan del Norte, y mientras los agentes de Vanderbilt mantenían alarmados a los centroamericanos con la amenaza de posibles invasiones filibusteras. La afabilidad del francés cautivó plenamente a Mora, quien dio un gran baile en su honor. Belly negaba que su misión fuera oficial, pero lo hacía en tal forma que se entendiera que lo ocultaba por razones diplomáticas. Declaró además que no podía garantizar el permanente interés de Luis Napoleón en el proyecto canalero, y hasta tuvo el tupé de presentar un proyecto de tratado entre Nicaragua y Costa Rica estipulando el mutuo control del canal y el disfrute de sus privilegios. En cosa de una semana logró no sólo que Mora firmara el tratado sino también que fuese con él a Rivas a convencer a Martínez de que hiciese lo mismo.

En esos momentos los sueños del sibilino personaje estuvieron a punto de irse a pique. Se encontró de pronto con su billetera exangüe porque los especuladores que lo respaldaban se habían olvidado de mandarle los fondos prometidos. Para suerte suya, sin embargo, un paisano radicado en Costa Rica acudió en su auxilio, y así pudo seguir con su carnavalada. El 24 de abril los dos presidentes se encontraron a una milla de Rivas, donde doce meses antes las tropas nicaragüenses y costarricenses habían peleado hombro a hombro, y juntos entraron en la ciudad en ruinas. Iniciaron las negociaciones en una casa acribillada a balazos. Belly se salió con las suyas. Se puso a trabajar y redactó un "tratado internacional" mediante el cual se otorgaba a la compañía que debía formar "Monsieur Felix Belly, publicista", la concesión exclusiva para construir y administrar el canal de Nicaragua.

Y no paró ahí el francés. Logró también que ambos países firmaran un tratado de límites, en virtud del cual Nicaragua cedía una buena parte de su territorio a Costa Rica en consideración a la ayuda que esta república debía prestar a Nicaragua en caso de controversia con Estados Unidos. De esta suerte Costa Rica pasaba a ser condueña de un trecho de la ruta del Tránsito, y el Tratado Cass-Irisarri, aun cuando finalmente fuese ratificado, sería de muy poco valor sin el asentimiento de Costa Rica. Belly garantizó a los dos presidentes que Francia, estando una compañía francesa asociada a Costa Rica y Nicaragua en la construcción del canal, protegería los intereses de ambos países. (1).

Belly asestó entonces lo que tal vez él considerara su golpe maestro: Indujo a Mora y Martínez a firmar una declaración conjunta mediante la cual Nicaragua y Costa Rica se ponían bajo la protección de Gran Bretaña, Francia y Cerdeña, declaración que en su parte resolutive daba a "Monsieur Belly plenos poderes para pedir en nuestro nombre el

[1] Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Nicaragua y Costa Rica, Despachos, III.

auxilio inmediato de todos los barcos de guerra europeos que encuentre. Le encargamos especialmente que solicite el envío a San Juan del Norte de uno o dos barcos de la estación francesa en las Antillas. Y ponemos a las repúblicas de Costa Rica y Nicaragua, en la América Central, bajo la garantía del derecho de gentes europeos, y de la legislación especial contra piratas y bucaneros". Daban como razón de esta insólita actitud la inminente invasión filibustera y el agotamiento de la América Central que sin la ayuda europea no podría defenderse.

Junto con estos poderes dados a Belly, los dos presidentes lanzaron un bien calculado manifiesto enderezado contra Estados Unidos y para consumo europeo. Decíase en él que una nueva invasión, bajo el patrocinio del gobierno de Estados Unidos, pondría en peligro la independencia de Nicaragua y Costa Rica; que Estados Unidos amenaza abiertamente con la anexión de la América Central por la fuerza si esas repúblicas no se sometían de buen grado; que todos los representantes diplomáticos de Estados Unidos en Nicaragua habían actuado siempre en complicidad con los invasores; y que el actual Ministro americano en Nicaragua se jactaba en público de haber presentado el siguiente ultimátum: Posesión legal de Nicaragua mediante la ratificación del Tratado Cass-Irisarri, o nueva invasión filibustera organizada ya en Mobila bajo la bandera americana. Y decía también la declaración que el gobierno de Estados Unidos había confesado al Ministro de Costa Rica su incapacidad de impedir nuevas salidas de expediciones filibusteras, y que tampoco podía garantizar la seguridad de la América Central. Y, por último, que por estar las repúblicas centroamericanas tan agotadas después de tres años de guerra devastadora, no podrían soportar un nuevo ataque, por lo cual "tendrán que sucumbir ante la superioridad del número si la Europa no se digna defenderlas contra tentativas sin ejemplo en el siglo diecinueve". Así fue como Mora y Martínez pusieron sus países bajo la protección de Gran Bretaña, Francia, y Cerdeña, las tres potencias que hicieron respetar la

independencia y nacionalidad del Imperio Otomano, y pedían a las citadas naciones no dejar por más tiempo indefensas las costas de la América Central ni sus "ricos terrenos a merced de los bárbaros". (1). Atento siempre a causar efectos teatrales, Belly arregló las cosas de manera que los documentos en referencia fueran firmados en Rivas el 1º de mayo de 1858, primer aniversario de la rendición de Walker ante Davis. Creyendo ingenuamente en lo que Belly aparentaba ser, Martínez pensó que con su ayuda podía jugarle las barbas al Ministro Lamar que se afanaba en esos días en obtener la ratificación del Tratado Cass-Irisarri, y desafiar a la Asamblea que lo había aprobado contrariando su voluntad. Cuando Belly se despidió para volver a Europa con su concesión canalera en el bolsillo, Martínez llegó hasta pedirle que al llegar a San Juan del Norte hiciera una investigación oficial de la reciente intrusión de Kinney y relatara a Luis Napoleón el caso. (2). Pocas páginas de la historia hay que registren un episodio de ópera bufa tan jocoso como este de las negociaciones de Belly con los presidentes en Rivas.

Engreído con su éxito, el francés se dirigió a Colón para de allí seguir a Nueva York. Al entrar su barco al puerto americano arrimó un bote con los últimos diarios. Entre ellos el **Herald** de Nueva York destacaba en llamativos caracteres este título: "Monsieur Belly desautorizado". El informe decía que el gobierno de Francia había declarado no tener ningún vínculo con él, y lo calificaba de simple aventurero. Sus misteriosos manípuleos en la América Central durante varias semanas habían alarmado a todos los expansionistas americanos y a los epígonos de la Doctrina Monroe, y hasta habían reavivado la menguante llama de simpatía por el filibusterismo. Habíase temido que fuera él emisario secreto del emperador de Francia. Pero habiéndose conocido la verdad, la colosal ballena se redujo a una mísera sardina. Belly llevaba el plan de personificar en Washington el mismo papel

(1) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Nicaragua y Costa Rica, Despachos, III.

(2) Obra citada de Belly, Vol. II, Pág. 178.

que tan bien representara en el istmo, y pensaba hacer que su proyectada compañía y el gobierno de Estados Unidos llegaran a un entendimiento. La desautorización, empero, arrebató a sus velas todo el viento, y ni Cass ni el Ministro de Francia fueron complacientes con él. Tomó un barco para su patria y llegó a Liverpool con dieciocho francos en el bolsillo. El Secretario de la legación de Honduras le prestó dinero para que pudiera llegar a París, en donde fueron pocos los hombres de reputación que lo recibieron. Algunos promotores de dudosa responsabilidad le facilitaron al fin medios para volver a Nicaragua y comenzar el reconocimiento topográfico del proyectado canal; pero a su llegada se encontró con que los diplomáticos centroamericanos en París habían escrito a sus respectivos gobiernos diciendo que los promotores eran unos bribones; y en Nicaragua cundió la noticia. Los fondos para continuar los estudios topográficos de la ruta le fueron en breve negados y su hermoso plan de canalización pasó a ser un sueño más. Lo único que logró hacer fue obstaculizar los esfuerzos que los capitalistas americanos hacían por reabrir el Tránsito.

La declaración conjunta de Martínez y Mora irritó a Cass. No sólo se acusaba en ella al gobierno americano de debilidad y mala fe en el caso de los filibusteros, sino que menospreciaba a la Doctrina Monroe con el establecimiento de un protectorado europeo sobre la América Central. El Secretario de Estado pidió en seguida a Lamar averiguar si la declaración, era auténtica o no. Si lo era, Estados Unidos tratarían la provocación con tolerancia; aunque "si Francia o Gran Bretaña o bien cualquier otra nación con gobierno normalmente establecido y consciente de sus deberes para con las potencias extranjeras, fuere la instigadora de la ofensa", se cortarían en el acto relaciones diplomáticas con tal gobierno. Ordenóse a Lamar notificar a los gobiernos de Nicaragua y Costa Rica que si el contrato con Belly redundaba en perjuicio de derechos adquiridos por los americanos, se exigiría completa indemnización. En cuanto a la intervención europea en los asuntos americanos, años hacía que Estados Unidos había

manifestado su oposición a una política de esa naturaleza, cualesquiera fuesen las circunstancias. Por último, Lamar debía hacer ver a los citados presidentes que de no haber sido por la ley de neutralidad de Estados Unidos, la invasión que fue corolario de un malhadado contrato firmado por ciudadanos nicaragüenses habría triunfado, y que el poder de que ahora disfrutaban lo debían a la aplicación de dicha ley. En pago del fiel cumplimiento de sus obligaciones, el gobierno americano había sido puesto indignamente en la picota ante los ojos del mundo. Ya había pasado por alto los frecuentes descomedimientos de las repúblicas centroamericanas, pero ahora, sin que esto fuera cometer una injusticia con ellas, el gobierno americano exigiría justicia. Y en prevención de las medidas que tal actitud demandara —terminaba diciendo el oficio de Cass a Lamar— Estados Unidos estacionaría barcos de guerra en San Juan del Sur, El Realejo y San Juan del Norte. (1).

Con estas instrucciones en su poder, Lamar notificó al gobierno de Nicaragua que esperaba que el acuerdo suscrito con el francés no habría de poner en peligro los derechos previamente adquiridos por ciudadanos americanos, y quería saber si la declaración Martínez-Mora era auténtica o no. Al día siguiente recibió respuesta de que no se había pensado en privar de sus derechos a los ciudadanos americanos; pero se pasaba por alto la pregunta referente a la autenticidad de la declaración de los presidentes. Días más tarde el Ministro repetía la pregunta y pedía respuesta concreta e inmediata. Al no recibirla esta vez tampoco, volvió a la carga de manera más enfática preguntando: "¿Es auténtico o no el documento?". Que sí lo era, fue la respuesta, pero que Martínez lo había firmado en Rivas como ciudadano particular y no como presidente. Era sólo, por lo tanto, la manifestación del deseo de un ciudadano que quería ver a su patria libre de filibusteros. (2).

(1) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Estados americanos, Instrucciones, XV.

(2) El traspiés de la declaración lo confirma el preámbulo que dice: "Los Jefes Su-

El 8 de agosto llegó Lamar a San José y presentó sus credenciales ante el gobierno de Costa Rica. Mora le explicó que la declaración había sido mal interpretada, y que cuando fue redactada eran tan grande los temores de una invasión filibustera, que su país se habría echado en brazos de cualquier nación, aun en calidad de colonia, con tal de obtener su protección. El 16 de septiembre el Presidente costarricense dio nuevas explicaciones manifestando que los temores que habían sido causa de la declaración eran infundados, y que confiaba en la buena fe y rectas intenciones del Presidente de Estados Unidos. (1). El 25 del mismo mes Martínez hizo igual cosa.

Ni aun con la entrada de Belly en Nicaragua abandonaron su lucha los capitalistas americanos que se disputaban la concesión de la ruta del Tránsito. El contrato firmado por Stebbins y White el 27 de junio de 1857 fue revocado el 28 de enero de 1858 a instancias de los agentes de Vanderbilt, y el 8 de marzo siguiente se traspasó la concesión al financiero neoyorquino. Stebbins y White impugnaron la legalidad de la revocación, pidieron la protección de Estados Unidos, y continuaron sus preparativos para inaugurar una línea de vapores (2).

Pronto se hizo evidente que Vanderbilt no tenía intenciones de reabrir la ruta, y que había obtenido la concesión sólo para que ningún otro pudiera explotarla. Se supo que la línea de Panamá, o sea la Pacific Mail Company, queriendo monopolizar el tránsito entre Panamá y California, había accedido a pagar a Vanderbilt \$ 56.000 dólares mensuales, con tal de que no le hiciera competencia a esa compañía ni

premos de las Repúblicas de Nicaragua y Costa Rica, reunidos en Rivas, después de haber arreglado las diferencias que dividían a las dos Repúblicas, y restablecido la paz y la más completa armonía entre ellas, de común acuerdo, y para afianzar la independencia y seguridad de los países y de toda la América Central . . . ” Etc. En la citada obra de Pérez, Pág. 608.

- (1) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Nicaragua y Costa Rica, Despachos, III.
- (2) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Nicaragua y Costa Rica, Despachos, III.

permitiera que tampoco ningún otro se la hiciese. (1). En consecuencia, hizo las paces con Morgan y Garrison, quienes dejaron de porfiar. Con eso sólo quedaban litigando Vanderbilt y la organización Stebbins-White. Estos siguieron en la brega; tal vez Vanderbilt creyó que nunca tendrían dinero suficiente para hacerle mella. Así pues, toleró su existencia.

Es significativo, sin embargo, que Irisarri, defensor de la causa de Stebbins y White, fuera reemplazado en octubre de 1858 por Jerez, quien, según revelan los Archivos del Departamento de Estado, antes de su nombramiento se carteaba con los agentes de Vanderbilt. (2). Y lo es también que tan pronto como se anunció que el primer vapor de Stebbins-White saldría para San Juan del Norte, Jerez publicó un aviso en los periódicos de Nueva York aconsejando no embarcarse por esa ruta a California, debido a que la compañía, decía, no tenía vapores en el río ni en el lago, y los pasajeros tendrían que hacer el viaje en bongos. Se dio por sentado que el Ministro puso ese aviso por insinuación de Vanderbilt. (3). Cass le llamó la atención por esa indiscreción diplomática. (4).

El “**Washington**”, primer vapor de la Stebbins and White Company, zarpó cumplidamente el 7 de noviembre para San Juan del Norte con 320 pasajeros. A su llegada al puerto un oficial del barco de guerra estadounidense **Savannah**, de acuerdo con instrucciones al respecto, subió a bordo a practicar una inspección ocular, pero no encontró nada sospechoso. El gobierno nicaragüense, no obstante, había notificado al agente de la compañía en San Juan del Norte que no permitiría a los pasajeros cruzar el istmo. El agente tomó un vaporcito del río y partió en él para Granada con el objeto de pedir al gobierno que modificara la orden. En San Carlos se obligó al vaporcito llevar a un pelotón de soldados

(1) **Harper's Weekly**, Vol. III., Pág. 114; **Herald**, de Nueva York, 5 de junio de 1858.

(2) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, América Central Notas al Departamento, II.

(3) **Evening Star**, de Washington, 4 de noviembre de 1858.

(4) Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 336.

antes de permitirle surcar el lago. El agente encontró inflexibles a los funcionarios gubernamentales y supo que el vapor de California que había arribado a San Juan del Sur había zarpado ya. Mientras esperaba el regreso del agente, el "Washington" fue abordado por oficiales de la marina británica y registrado por segunda vez. En vista de que no podía enviar a sus pasajeros por la vía de Nicaragua, el vapor zarpó hacia Colón y los mandó a California en barcos de la compañía rival. Unos noventa rehusaron seguir el viaje y se volvieron a Nueva York. (1). Este fue el Alfa y Omega del negocio naviero de los señores Stebbins y White; y el Tránsito siguió cerrado. El espectro de Walker y sus hombres regresando a Nicaragua era suficiente garantía para que el Tránsito continuara paralizado y Vanderbilt siguiera percibiendo por muchos meses más su mesada de \$ 56.000 dólares.

Finalmente, en el otoño de 1859 Vanderbilt decidió poner fin a su alianza con la Pacific Mail Company. Y entonces anunció su propósito de restablecer el tránsito de mar a mar a través de Nicaragua. Se oyó luego el rumor de que si el gobierno nicaragüense le ponía obstáculos, se serviría de los filibusteros para lograr su objetivo, y con este fin uno de sus vapores salió con armas de Nueva York a Nueva Orleans; allí intentó zarpar hacia Colón, pero se lo impidió el gobierno. (2). Por una razón u otra Vanderbilt abandonó sus planes de reabrir la ruta. Varios proyectos de esa naturaleza surgieron en la siguiente década, pero ninguno salió de la incubadora. Por último, la construcción de la línea férrea a través de Estados Unidos restó al istmo centroamericano mucha de su importancia. El cierre del Tránsito fue quizá el efecto de mayor consecuencia en la carrera de Walker en Nicaragua. Antes de aparecer él veinte mil americanos atravesaban el país cada año. La entrada en escena del filibustero desvió el tráfico para otras partes, y tal vez cambió el destino de Nicaragua.

(1) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Flota de Aguas Territoriales, 1858 - 9, Pág. 129. Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 336.

(2) Véase en el siguiente capítulo la detención del *Philadelphia*.

CAPITULO XXIII

Fin del Filibusterismo

Se recordará que cuando en noviembre de 1857 partió Walker de Nueva Orleans a Nicaragua, estaba en libertad bajo fianza acusado de haber infringido la ley de neutralidad. Apenas de regreso en Estados Unidos manifestó que iría a Nueva Orleans a pedir se le juzgara por el delito imputado, y esto salvó tal vez a su fiador de tener que pagar los dos mil dólares de la fianza por incumplimiento del filibustero. Cuando Walker llegó a Mobile fue arrestado a solicitud de las autoridades federales de Nueva Orleans, pero quedó en libertad por haberse interpuesto recurso de **habeas corpus**, (1) y al llegar a esta última ciudad se le abrió juicio, junto con Anderson, por infracción de la ley de neutralidad de 1818. (2). Allí pasó la primavera, recluso lo más del tiempo en su alojamiento del número 184 de la calle Custom House, atareado en la preparación de su libro que sería "**La Guerra de Nicaragua**". El 31 de mayo él y Anderson comparecieron ante el Juez de Distrito Federal. Los defendió Pierre Soulé. El gobierno presentó como testigos de cargo a Bruno von Natzmer, Jules Hesse —representante éste de J. G. Humphries y secretario de la recién organizada Sociedad de Emigrantes Sureños— a los señores Pilcher y Slatter, quienes tenían a su cargo la venta de bonos nicaragüenses, y al Capitán Chatard, ex-Capitán del **Saratoga**. Presentáronse

(1) Louisiana Courier, 26 de junio de 1858.

(2) Al desembarcar Anderson y sus hombres en Cayo Hueso fueron detenidos para ser interrogados por un Juez de Distrito Federal, quien rehusó presentar la cuestión de si el gobierno tenía o no jurisdicción en alta mar; se basó únicamente en que habiendo suficientes pruebas para acusarlos de haber violado la ley de Nueva Orleans debía enviárseles allá para someterlos a juicio.

pruebas concretas, y la acusación del Juez Campbell fue directa y fuerte contra los enjuiciados. Walker, como en el juicio de California, se defendió a sí mismo. Después de deliberar hora y media, informó el jurado que no había podido ponerse de acuerdo, por lo que fue relevado. Diez votaron por la absolución, y dos por la condena. Walker, seguro de ser absuelto al fin, exigió nuevo juicio, pero el Fiscal de Distrito optó por suspender el proceso. (1).

Pasado esto, Walker se quedó en Nueva Orleans. Pre-gonaba su propósito de volver a Nicaragua, y prometió que comería la cena de Navidad en Granada. (2). Durante meses se habían estado haciendo preparativos. El 8 de febrero la Asamblea Legislativa de Alabama aceptó la incorporación de la Compañía de Vapores Mobila y Nicaragua con capital autorizado de cien mil dólares. (3). Un mes más tarde se fundó, con el objeto de "colonizar" Nicaragua, la Sociedad de Emigrantes Sureños con sucursales en todo el Sur, pero con más fuerza en Alabama, Misisipí, y Carolina del Sur. En el transcurso de la primavera y el verano Walker hizo una jira por varias ciudades y pueblos del Sur dictando conferencias con el fin de despertar interés en su empresa y recaudar fondos para otra invasión. (4). El vapor **Fashion** había vuelto a Mobila y por haber zarpado bajo registro falso fue condenado y puesto en subasta pública; por doscientos dólares pasó a manos de la Compañía de Vapores Mobila y Nicaragua.

A principios de abril Henningsen hizo un viaje a México que nada tenía que ver con los planes de Walker. Se supuso

-
- (1) **Commercial Bulletin**, de Nueva Orleans, 1º y 3 de junio de 1858; **Louisiana Courier**, 1º y 3 de junio de 1858; **Picayune**, de Nueva Orleans, 1º y 3 de junio de 1858.
 - (2) **Harper's Weekly**, Vol. II., Págs. 626, 706, 802.
 - (3) Actas de Alabama, 1857 - 8, Págs. 216 - 9; Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, América Central, Cartas del Departamento, I., 138 - 9; Notas al Departamento, III.
 - (4) "El General Walker podría conseguir un millón de dólares en el condado de Dallas para americanizar a la América Central", escribió el entusiasta director del **Sentinel**, de Selma, Alabama, poco después de haber oído pronunciar un discurso a Walker. **Advertiser**, de Montgomery, 21 de mayo de 1858.

que había ido allá a ofrecer sus servicios al General Santiago Vidaurre, jefe del partido liberal alzado entonces en armas. Lockridge también le había ofrecido los suyos el 29 de marzo al mismo Vidaurre prometiéndole hombres y armas a condición de que, una vez hecha la paz, se le permitiera organizar en alguno de los puertos mexicanos del Golfo una expedición para ir a "liberar" Cuba. Al saber Lockridge que Henningsen había ido a Monterrey, Cuartel General de los liberales, se inquietó mucho por temor de que éstos prefirieran a la suya la espada de aquel eminente soldado. Además, le dolían todavía las críticas hechas por Walker y Henningsen respecto de su fracasada expedición en el Río San Juan. Dispuso entonces adelantársele a Henningsen y al mismo tiempo cobrársela por haber devaluado sus capacidades militares. Escribió en seguida una carta a Vidaurre diciéndole que Henningsen no era sino un agente de Walker con quien seguramente maquinaba algún proyecto pirático. Al contestarle Vidaurre le citó una gacetilla publicada por el propio Lockridge en un periódico de Galveston, la cual demostraba que los motivos de éste para llevar tropas a México eran muy otros de los que hablaba en su correspondencia con los líderes mexicanos. Henningsen, al enterarse de lo aseverado por Lockridge, negó ser instrumento de Walker y también que estuviera planeando una invasión; manifestó, además, que de tomar parte en la revolución mexicana sería sólo por invitación expresa de Vidaurre. (1). La discordia de los dos filibusteros metió tan en sospecha a los mexicanos que desistieron de la ayuda extranjera.

A su regreso de México Henningsen se detuvo en Nueva Orleans en donde por un tiempo se le vio visitar casi diariamente a Walker. En el otoño supieron las autoridades que en Mobile estaba tomando cuerpo una nueva expedición. La oficina de la Sociedad de Emigrantes Sureños, de Mobile, expidió el 8 de octubre una circular informando a los que quisieran emigrar que el 10 de noviembre saldría de ese puerto

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 323.

un barco a Nicaragua. (1). Ordenóse a la marina de guerra americana del Caribe mantener atenta vigilancia, y el 30 de octubre el Presidente Buchanan emitió un comunicado mandando a los funcionarios gubernamentales estar alertas a suprimir toda tentativa de expedición filibustera; también advertiría a todos los que estuviesen planeando sumarse a la empresa que ya no les valdría decir que iban como emigrantes pacíficos (2). Tres días antes Irisarri había notificado a Cass que a ningún extranjero, a excepción de los pasajeros que fuesen en viaje a California, se le permitiría entrar en Nicaragua sin pasaporte visado por el ministro o cónsul general residente en el país de donde el pasajero hubiese salido. (3). Por ese mismo tiempo Lord Napier advirtió a Cass que todo intento filibustero de desembarcar en San Juan del Norte o en la Costa Mosquitia sería repelido por la marina británica, y también que todo intento de desembarcar en territorio de Nicaragua o Costa Rica sería igualmente repelido si los gobiernos de esos países lo pidieren (4). Malmesbury comunicó en Londres al Ministro americano, George M. Dallas, que se había ordenado el envío de dos barcos británicos a San Juan del Norte con instrucciones de interceptar a los filibusteros, y sugería se ordenara a los barcos americanos en aguas de la América Central cooperar en igual forma. (5). Lo mismo se pidió al gobierno francés, el cual accedió a enviar barcos de guerra allá. (6).

-
- (1) El texto de esta circular apareció en varios periódicos del Sur, como decir el *Advertiser*, de Montgomery, octubre de 1858; y también en el *Gulf State Historical Magazine*, Vol. II, Pág. 184.
 - (2) *Works of James Buchanan*, Por Moore, Vol. X., Pág. 230.
 - (3) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, América Central, Notas del Departamento, I., Pág. 148; Cartas al Departamento, I., Págs. 147 - 8.
 - (4) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Estados Americanos Instrucciones, XVI., Pág. 23 y otras; *British State Papers*, XLVIII., Pág. 699.
 - (5) *British State Papers*, XLVIII., Págs. 711 - 2.
 - (6) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Estados Americanos, Instrucciones, XVI., Pág. 23 y otras. Quizá sea innecesario decir que Cass, con sus bien conocidas antipatías europeas, no vio con buenos ojos las medidas adoptadas por Inglaterra y Francia, y notificó a Lord Napier y a Monsieur Sartiges que dichas medidas suscitarían animosidad en Estados Unidos, y que acabarían de complicar los actuales problemas de la América Central.

El Secretario de Marina Isaac Toucey ordenó el 17 de noviembre al Comodoro James H. McIntosh, sucesor de Paulding en el cargo de Comandante de la Marina de Guerra Americana en el Caribe, mantenerse ojo alerta y detener cualquier expedición ilegal con destino a Nicaragua. Se le advertía que, para evitar la repetición de un caso semejante al de Paulding, interviniera sólo en **alta mar**. "No haga usted eso en ningún puerto, ni desembarque un solo hombre con tal objeto". (1). El hecho de que el Departamento de Marina estacionara barcos de guerra en puertos centroamericanos para impedir el desembarco de filibusteros y luego ordenara a sus capitanes actuar únicamente en alta mar, fue causa de mucha confusión entre la oficialidad. Con frecuencia escribían ellos al Departamento de Marina pidiendo más claras instrucciones respecto de sus atribuciones, y hasta anticipaban casos hipotéticos acerca de los cuales querían que el Departamento les señalara una línea de conducta. Excusado es decir que nunca pudo Toucey aclarar cómo podría un barco de guerra, anclado en la bahía de San Juan del Norte, por ejemplo, interceptar una nave filibustera antes de acercarse a tres millas de la costa. A los oficiales se les advertía, por otra parte, que no debían proceder basados únicamente en simples sospechas, y que tampoco debían intervenir en cuestiones de comercio legal, prohibiciones éstas que enmarañaban más todavía a los cerebros náuticos.

El 16 de octubre Thadeus Sanford, Administrador de la Aduana del puerto de Mobile, informó al Secretario Cobb de la reciente visita de William Walker, quien había llegado a manifestarle que alrededor del 15 de noviembre saldría de Mobile para San Juan del Norte un barco con unos trescientos emigrantes pacíficos, sin armas. Le dijo el filibustero que si se objetaba a que él saliera como emigrante, no se embarcaría. Cobb le contestó diciéndole que sí le pedían permiso para zarpar remitiera la solicitud directamente al Departamento del Tesoro. El 9 de noviembre se pidió el tal permiso

(1) House Ex, Doc. 24, 35 Cong., 2 Sess.

para el buque **Alice Tainter** con trescientos o más pasajeros; Cobb ordenó retenerle su despacho de aduana. Algunos de los pasajeros tenían pasaporte visado por Irisarri, que al principio se creyó fuesen falsificados, pues el Ministro decía haber expedido solamente doce a personas que el 6 de diciembre tomarían el vapor **Washington** de la compañía de Stebbins y White. Por extraño que parezca, esos pasaportes aparecían ahora en manos de los filibusteros de Mobila, sin que nadie supiera decir cómo habían llegado a poder de ellos. Al ser detenido el **Alice Tainter** muchos de los aventureros que iban a Nicaragua se volvieron a sus casas. El 30 de noviembre Walker fue intimado a comparecer ante un tribunal federal de Mobila, pero no se pidió nada contra él. (1).

En esos mismos días varios periódicos del Sur comentaban a banderas desplegadas los preparativos que se hacían. El **Crescent**, de Nueva Orleans, decía que en esa ciudad se estaba organizando una compañía de milicias, y el **Despatch**, de Augusta, estado de Georgia, publicó que el Coronel A. F. Rudler, ex-miembro del Estado Mayor de Walker, había salido para Mobila, de donde partiría a Nicaragua. (2).

El 4 de diciembre varias personas involucradas en proyectos de expediciones filibusteras pidieron al Administrador de la Aduana Sandford permiso de salida para la goleta **Susan** con destino a Cayo Hueso. Como antes, le negó y remitió la solicitud al Secretario del Tesoro. Humphries, dueño del barco, amenazó al Administrador con demandarlo por daños y perjuicios, y varios amigos de aquél trataron también de intimidarlo con amenazas de violencia. Al fallarles esas táctica resolvieron hacer zarpar la goleta sin despacho de aduana. Entre diez y doce de la noche del 4 de diciembre ciento veinte emigrantes al mando de Anderson y Doubleday abordaron la goleta que fue remolcada de la bahía de Mobila hasta Dog Bar, donde quedó a sus propias velas. Inmediatamente enderezó hacia la América Central. Entre los

[1] House Ex. Doc. 25, 35 Cong., 2 Sess.

[2] Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 336.

oficiales iban hombres avezados a las balas como eran los conocidos Coroneles Bruno von Natzmer y Rudler, el Mayor Hoof, y los Capitanes McMichael, Rhea y McEachern. Todo el día 5 la goleta se la pasó sin pizca de viento, y el 6, estando aún en la bahía, un guardacostas le dio alcance. Subió un oficial a bordo pidiendo ver su despacho. El Capitán de la goleta, Harry Maury, alegó no haber zarpado todavía y que iba al embarcadero que la flota tenía en la bahía, de donde sí se haría a la mar. El oficial llevó a su comandante la explicación de Maury y volvió en seguida declarando que la goleta era desde ese momento presa de Estados Unidos y que debía volver inmediatamente a Mobila. Maury se negó rotundamente a obedecer y echó ancla al fondo. Entonces el Capitán del guardacostas y seis hombres se dirigieron a la goleta. Cuando su bote se acercaba, los filibusteros se aliniaron en la barandilla sacando sus revólveres y cuchillos, y al tiempo que Anderson y Maury parlamentaban con los oficiales del guardacostas proferían amenazas diciendo que no dejarían al Capitán volver a su barco. El Capitán ordenó al oficial del bote atracado a la goleta irse al guardacostas y cañonear al **Susan**, sin miramientos a su propia vida. Esta decisión del Capitán enfrió la furia de los "pasajeros" que entonces le permitieron volver sano y salvo al guardacostas. Antes de irse declaró que si la goleta se movía de allí la echaría a pique. Por desgracia quedó uno de sus oficiales a bordo, y Maury lo tomó en rehén. Convencido de que en tales circunstancias el guardacostas no dispararía contra su barco, levó anclas en el acto y comenzó en la bahía una persecución de pantomima. Era inútil que el guardacostas tratara de abordar la goleta, pues ésta llevaba cinco veces más hombres de los que tenía aquél y muy fácilmente podían los filibusteros echarlos al agua sin tener para qué hacerles otra cosa. El agente fiscal del guardacostas tenido en rehén fue invitado a pasar al camarote del **Susan**, y, según las malas lenguas, como todo marino que se las pica cedió a la tentación de catar todas las botellas.

Una espesa niebla envolvió al rato a los barcos que se perdieron mutuamente de vista. Los filibusteros desplegaron todo el velamen y pusieron proa al Golfo de México, pero, de pronto, de entre la bruma surgió como una aparición el guardacostas. Volvieron a fondear los filibusteros y lo mismo hizo el barco del gobierno. Reanudaron los dos capitanes su parlamento esa noche, sin llegar a nada positivo. Al día siguiente Maury intentó escurrirse por el Estrecho de Grant, pero viró en redondo cuando el guardacostas despejó los puentes llamando a zafarrancho de combate. Los dos barcos se estuvieron al páiro hasta entrada la noche, cuando Maury subió a bordo del guardacostas para sugerir que ambos anclaran como la noche anterior. Acordóse hacerlo así, más cuando Maury regresó hizo que deslizaran la cadena por un escobén y la subieran por el otro. El Capitán del guardacostas, al oír rechinar la cadena creyó que la goleta estaba en efecto anclando, y entonces echó su ancla al fondo. El **Susan** aprovechó el momento para internarse en las tinieblas, cubierto su fanal con una manta y además protegido por la bruma. Percatándose de la treta, el Capitán del guardacostas reanudó la persecución, pero encalló en un bajío, y cuando logró zafarse ya el **Susan** iba muchas millas mar afuera. El oficial del guardacostas, a bordo aún de la goleta fugitiva, ordenó a Maury anclar y no salir de la bahía. Maury respondió calmadamente que no pensaba hacerle caso; así que el guardián del honor de la nación volvió al camarote a diluir su contrariedad en la filosofía de Omar Khayán. (†) Dos días después el **Susan** se puso al habla con un barco que iba rumbo a Nueva Orleans y transbordó al funcionario del gobierno. Al dejar la goleta los "pasajeros" lo despidieron con tres vítores y a coro le cantaron: "Que él es un buen compañero nadie habrá que lo niegue".

Doubleday describe a los que iban en la goleta como "gente en su mayoría de la clase que merodea por los muelles de las ciudades del Sur, con uno que otro tipo de cajero

{†} Refiérase a los versos de este poeta persa: "Bebamos y cantemos que mañana moriremos". [N. del T.].

de banco que de pronto hubiera cambiado de profesión" (1). Llevaban órdenes selladas que debían abrir dos días más allá; ordenábasele a Anderson desembarcar en el puerto hondureño de Omoa, y apoderarse allí del Castillo de San Fernando, poderosa fortaleza que sería el punto de reunión de expediciones que seguirían después. Así no serían vistos por los barcos de guerra surtos en puertos nicaragüenses. Walker creía justificado su desembarque de fuerzas armadas en cualquier parte de la América Central porque todos esos estados le habían hecho la guerra. Sin embargo, ese intento de los filibusteros fracasó antes de llegar a la meta, debido a que en la mañana del 19 de diciembre el **Susan** encalló en unos arrecifes de coral a sesenta millas de Belice. Después de pasarse tres días varados allí se trasladaron los hombres a un islote en donde estuvieron una semana o poco más viviendo de pescado, frutas y también de algo de las provisiones que pudieron rescatar del barco. En el único botecito de la goleta Anderson y Maury se fueron a Belice donde infructuosamente trataron de conseguir otra embarcación que los llevara a su destino. Por suerte apareció el barco de guerra inglés **Basilisk**, cuyo capitán se compadeció de ellos. No sólo tomó a los naufragos a bordo, sino que se ofreció a llevarlos a Estados Unidos, viéndolos más como naufragos de una nación amiga que como filibusteros. El **Basilisk** entró en Mobila el día de Año Nuevo, y a menos de un mes de su partida estaban los "pasajeros" de regreso en el lugar de donde habían partido. Al entrar en el puerto pasaron muy cerca del guardacostas que fuera para ellos causa de tantas tribulaciones, y su capitán debe haber sentido poca o ninguna lástima. La ciudadanía dio un banquete en honor de los oficiales del **Basilisk**, y les entregó las llaves de la ciudad en reconocimiento de buen trato dado a los desilusionados y desventurados partidarios de Walker. (2).

(1) **Reminiscences**, Pág. 201, por Doubleday.

(2) Para la odisca del **Susan** véanse el **Harper's Weekly**, Vol. III., Págs. 22 - 39; Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 335; **Reminiscences**, por Doubleday, Págs. 192 - 216; **British State Papers**, XLVIII., Pág. 756; y el **Register**, de Mobila, 4 de enero de 1859.

El Secretario Cobb, recién vueltos los filibusteros náufragos, ordenó fuesen enjuiciados, así que el 19 de enero los principales actores del episodio del **Susan**, como Anderson, Maury, Von Natzmer, y otros, comparecieron ante el comisario de Estados Unidos, quien les impuso fianza de \$ 2.500 dólares a cada uno por violación de la ley de neutralidad. El Tribunal Federal, no obstante, declaró que no había lugar a causa, y los hombres no volvieron a ser molestados. (1). Julius Hesse, el agente de J. G. Humphries, dueño éste del **Susan**, del **Fashion**, y del **Alice Tainter**, demandó ante un tribunal estatal o Sanford por la suma de \$ 25.000 dólares por daños causados al negarse autorizar la salida del **Alice Tainter**. El Administrador de la Aduana alegó haber actuado como funcionario de Estados Unidos, y consiguió que su caso fuera remitido a la corte de circuito federal, en donde Hesse suspendió su demanda. (2).

Con la noticia de la insistencia de Walker en querer volver a la América Central cundió el pánico allí, no obstante la protección de los barcos de guerra franceses, americanos y británicos. El 18 de enero el gobierno de Nicaragua pidió el desembarco de marinos británicos para ayudarle a expulsar a los filibusteros que lograran desembarcar burlando la vigilancia de las flotas combinadas. El Comodoro McIntosh, Comandante de la flota americana, insinuó al gobierno que a él también le agradaría se le solicitara desembarcar sus fuerzas si se creyese necesario. (3). Los nicaragüenses no se sentían garantizados con esta protección, pues recelaban grandemente un ataque por la costa del Pacífico que estaba indefensa. Decían temer que los filibusteros, viendo la imposibilidad de desembarcar en ninguno de los puertos de la costa atlántica, fuesen a Colón, cruzaran el istmo, tomaran un vapor en Panamá y desembarcaran sin oposición en San Juan del Sur o El Realejo. En vista de tan apremiante soli-

(1) House Ex. Doc. 25, 35 Cong., 2 Sess.; **Register**, de Mobile, 20 de enero y 2 de junio de 1859.

(2) **Register**, de Mobile, 26 de mayo de 1859.

(3) **British State Papers**, L., Págs. 150 - 1.

cidad, Sir William Gore Ousley, quien entonces se hallaba en el país negociando un tratado, pidió al Capitán del barco de guerra británico **Vixen** visitar todos los puertecitos de la costa del Pacífico nicaragüense e impedir el desembarque de filibusteros en ese litoral. Ousley procuraba concertar en Nicaragua un tratado de comercio y navegación, y también tramitaba lo concerniente a la renuncia que Gran Bretaña haría de su protectorado de la Mosquitia; la demostración de poderío naval inglés en el Caribe tenía por objeto hacer gala de protección a esa zona. Malmesbury había declarado que mientras Ousley permaneciera en la América Central los barcos de guerra británico repelerían cualquier invasión filibustera. El diplomático fue para Nicaragua una especie de seguro contra el regreso de Walker, y los marrulleros funcionarios nicaragüenses alargaban las negociaciones tanto como podían con el fin de hacer que el Ministro permaneciera allí cuanto más tiempo posible y hasta que el gobierno británico tolerase su demora. Cada vez que las negociaciones iban viento en popa sonaba la arma de estar los filibusteros a las puertas, y eso bastaba para suspenderlas. Algunas de esas alarmas eran de lo más tonto. En marzo, por ejemplo, se publicó en el extranjero que Walker, bajo el supuesto nombre de Wilson, había cruzado el istmo de Panamá con ciento cincuenta hombres en viaje a California, donde organizaría otra expedición. Se dijo además que Henningsen y un numeroso contingente de partidarios iban de cruzada en México para juntarse con Walker en California, de donde con más de mil hombres saldría por mar a Nicaragua. Y, aunque parezca extraño, Sir Ousley daba crédito a todos esos infundios para luego volver a la carga afanado siempre en lograr la concertación del tratado. Malmesbury al fin le indicó que estaba siendo víctima de una jugarreta, pues las explicaciones no eran satisfactorias. Esto era prueba de que los nicaragüenses no querían que Gran Bretaña dejase de proteger la costa de la Mosquitia, porque de lo contrario quedarían por ese flanco más expuestos a las invasiones filibus-

teras. En agosto fue llamado Ousley por su gobierno, habiendo sido su misión de poquísimos valor. (1).

En septiembre de 1859 los filibusteros, que durante todo el año se habían estado sosegados, volvieron a dar muestras de actividad. Walker pasó buena parte del verano en Nueva York, y se dijo que había conseguido de George Law el ofrecimiento de más armas. Sea como fuere, en septiembre el vapor **Philadelphia** tomó un fuerte cargamento de elementos bélicos y zarpó de Nueva York a Nueva Orleans, donde estaban concentrándose los filibusteros. En el día fijado para su partida se fueron los hombres, para evitar sospechas, varias millas abajo de la ciudad donde abordaron el remolcador **Panther** que los desembarcó en Southwest Pass. Allí esperarían al vapor que debían tomar después de salir éste del puerto. Se pidió para el **Philadelphia** permiso de zarpar con destino a Colón, pero las autoridades, habiendo sospechado del movimiento de los partidarios de Walker, lo negaron. El Alguacil de la Corte Federal, con una compañía de artillería de la guarnición de Baton Rouge, se dirigió a Southwest Pass, donde arrestó a los filibusteros. Estos tomaron el arresto con jovialidad, y tanto así que al acercarse las tropas hicieron guasa de ello izando una bandera negra; al ser interrogados dijeron ser pescadores de paseíto por el río. Fueron llevados de vuelta a Nueva Orleans en donde se les impuso fianza de \$ 3.000 dólares a sus jefes, que eran: Anderson, Maury, Fayssoux, y William W. Scott, pero fueron luego excarcelados cuando el Tribunal Federal no pudo presentar acusación. (2). A los demás se les internó en los cuarteles de abajo de la ciudad, de los cuales se escaparon porque los dejaron sin resguardo. Los policías que registraron el **Philadelphia** no encontraron nada sospechoso. Sin embargo, a la noche siguiente, fueron echadas las armas al mar. Al saber esto, las autoridades entablaron demanda contra el barco, y al efectuar un segundo registro descubrieron una escotilla secreta untada de alquitrán que la ocultaba y unos barriles

(1) *British State Papers, L.*, Págs. 147, 186, 189-90, 215 - 48.

(2) *Picayune*, de Nueva Orleans, 18 y 25 de Octubre de 1859.

encima para mayor disimulo. Al ser abierta la escotilla apareció otro escondrijo repleto de pertrechos. (1).

Durante el tiempo que Walker se vio obligado a estarse quieto bajo la mirada del gobierno, no estuvo ocioso. Aunque forzado a poner a un lado la espada, tuvo la oportunidad de esgrimir un arma más poderosa todavía, la pluma, en cuyo ejercicio se había amaestrado como periodista. Se ocupó entonces en la preparación de la historia de su actuación en Nicaragua, y en la primavera de 1860 apareció su obra en Mobila en tamaño octavo y de 431 páginas titulada **La Guerra de Nicaragua (The War in Nicaragua)**. Es este libro un relato muy cabal de las peripecias de los filibusteros en Nicaragua desde la salida del **Vesta** hasta su rendición al Capitán Davis. Sus previas aventuras vividas en Baja California las reseña en seis páginas del primer capítulo, y es manifiesto, por la forma cautelosa en que trata de esta primera parte de su carrera, que ese no era para él tema de su agrado. En todo el libro habla de sí mismo en tercera persona. El estilo es claro, parco y directo, y la dicción es pura. A enemigos y amigos los trata con admirable ecuanimidad, y su pluma revela muy poco de la emoción que debe haber sentido cuando en su escritorio recordaba los acontecimientos de sus días de triunfo y de fracaso. Narra los sucesos con escrupulosa exactitud, y el mayor elogio que a este respecto se le ha hecho proviene de los historiadores centroamericanos que, aun cuando por ser naturalmente hostiles a él in-pugnen sus motivos y sus actos, aceptan como verídicos los sucesos que refiere. (2).

(1) **Register**, de Mobila, 5, 9, 20, 22, y 26, de octubre de 1859; **Herald**, de Nueva York, 6, 7, 8, y 10 de octubre de 1859; **Harper's Weekly**, III., Pág. 663; **British Accounts and Papers**, 1860, LXVIII, Págs. 295-7. El 7 de octubre de 1859 Howell Cobb escribió al Presidente Buchanan diciéndole: "Le agradecerá a usted saber que según toda probabilidad, y gracias a la energía de nuestros funcionarios, la expedición de Walker ha sido frustrada. Al enterarnos de que (ilegible en el original) doscientos hombres saldrían de Nueva York en el **St. Louis**, dí los pasos conducentes para impedirlo. En consecuencia, negué permiso de salida al **St. Louis**." **The Correspondence of Robert Toombs, Alexander H. Stephens, and Howell Cobb**, Pág. 447, editado por U. B. Phillips. En **Annual Report of the American Historical Association**, 1911, II).

(2) Montúfar por ejemplo, cuando se encuentra ante versiones antagónicas acepta

Pocos escritores han logrado, como él, relatar los acontecimientos en que tomaron parte destacada dejando traslucir tan poco de su propia personalidad. Quien lee ve en el autor la fría encarnación de una idea o propósito en vez de un individuo dotado de todos los rasgos característicos de la naturaleza humana. Un metódico análisis de la obra revela que el propósito primordial de su autor no fue únicamente historiar su lucha por el dominio de la América Central, sino también hacer a los sureños una solicitud de apoyo moral y material en pro de sus nuevos esfuerzos para hundir el platillo de la balanza a favor suyo. En el Capítulo VIII se presenta como el salvador potencial de la causa del Sur, y asegura que su empresa de Nicaragua ofrece a esa región la última y única esperanza de poder preservar sus instituciones económicas y sociales. Este capítulo es el que ha hecho aparecer a Walker ante los ojos de muchos que han estudiado su libro, como uno de los más señalados apóstoles de la propaganda esclavista. Justo será, sin embargo, tomar en consideración las circunstancias bajo las cuales lo escribió.

Por ese tiempo Walker dio otro paso que muchos consideraron no más que parte de sus preparativos para volver a la América Central. Aunque nacido y criado en un severo ambiente protestante, y habiendo manifestado en su mocedad un profundo espíritu religioso, anunció que se había convertido al catolicismo. Sus amigos creyeron en la buena fe de su conversión; sus enemigos, en cambio, lo ridiculizaron juzgando su abjuración de ardid para desvanecer los prejuicios que a causa de su protestantismo pudieran tener los centroamericanos.

Poco después de la detención del **Philadelphia**, de Honduras llegaron noticias a reanimar las desfallecidas esperanzas de los filibusteros. Por casi una década venía siendo motivo de litigio entre Gran Bretaña y Estados Unidos el destino de ciertas islas de la costa Norte de Honduras. En 1841

por lo general la de Walker, aun siendo las otras productos de sus propios países centroamericanos.

el Coronel McDonald, Superintendente de la Gran Bretaña en Belice y forjador del reino de la Mosquitia, arrió la bandera de Honduras en la Isla de Roatán para izar la británica, reclamándola como dependencia de Belice. Esa isla tiene excelentes bahías —que en Honduras casi no las hay— y su posición geográfica es dominante. No era difícil, pues, adivinar los designios de Gran Bretaña. El Tratado Clayton-Bulwer de 1850, conforme a la interpretación americana, estipulaba la reincorporación de Roatán de Honduras; pero el gobierno británico no sólo retuvo su posesión sino que en 1852 agregó a ella cinco islas más que llamó colectivamente "Colonia de las Islas de la Bahía". (1). Esa medida causó profundo enojo en Estados Unidos, cuyo senado aprobó una resolución declarando que con tal acto Gran Bretaña violaba el Tratado Clayton-Bulwer. En 1856 el Senado americano enmendó unilateralmente el Tratado Dallas-Clarendon insertándole una cláusula que prescribía la devolución de las islas a Honduras. El gobierno británico rechazó la enmienda sugiriendo en cambio que Gran Bretaña y Honduras concertaran un tratado que determinara su posesión. El gobierno de Estado Unidos no quería ver a Honduras enajenar ninguna parte de su territorio mediante tratado con ninguna potencia europea. El litigio continuó hasta el 28 de noviembre de 1859 cuando Charles Wyke, sucesor de Sir William Gore Ousley, firmó un tratado con Honduras conforme al cual se reincorporaban a esta nación las llamadas Islas de la Bahía. (2).

Muchos de los habitantes de Roatán, en donde todos eran súbditos británicos, se opusieron enérgicamente al traspaso de la isla a Honduras, y hasta enviaron una petición a la reina Victoria rogándole no ratificar el Tratado Wyke. Pese a ello, el 21 de mayo se participó a los isleños la ratificación, por lo que celebraron un mitin del cual salió una declaración respecto de ciertas garantías referentes a la pro-

(1) *British State Papers*, XLVI., Pág. 246 y otras.

(2) *The Trans-Isthmian Canal: A Study in American Diplomatic History*, Pág. 12, por C. H. Huberich, (Austin, Texas, 1904).

tección de sus derechos civiles y a la libertad de cultos. (1). Los informes de estos sucesos publicados en los diarios americanos alentaron grandemente a los filibusteros que con eso vieron venir otra revolución centroamericana.

A comienzos de la primavera de 1860 uno de los descontentos isleños llegó a Nueva Orleans en busca de Walker a pedirle fuese a Roatán en ayuda de ellos contra los hondureños. Pero el líder filibustero se encontraba en Louisville, de manera que el comisionado habló con Fayssoux a quien encargó decirle a Walker llegara a la isla en cuanto no más pudiera. En abril cuando Walker regresó a Nueva Orleans se enteró de la invitación, y en el acto vio otra oportunidad de reconquistar su poder perdido en Nicaragua. Resolvió entonces ponerse a la cabeza de otra banda de partidarios, expulsar de Roatán a los hondureños, y hacer de esa isla una base desde donde recomenzar su tarea de "regenerar" a la América Central. Puso en seguida manos a la obra, y el 20 de abril envió allá a un pequeño grupo de avanzada a preparar el camino para los que debían seguirles. Iba entre ellos uno de sus ex-oficiales, el Capitán West. En mayo y junio salieron otros como simples pasajeros de los barcos fruteros; los isleños descontentos les costeaban su manutención. El creciente número de extranjeros hacía sospechar de algo a los nativos. Muchos de éstos eran negros a quienes los individuos leales a Gran Bretaña decían que los americanos querían hacerlos esclavos. (2).

El presidente de Honduras era en ese tiempo nada menos que el General Santos Guardiola, aquel a quien en 1855 la Falange Americana derrotara en La Virgen. Tan pronto como él y las autoridades hondureñas supieron de la llegada de filibusteros a Roatán, resolvieron posponer el traspaso de las islas mientras durase la amenaza de invasión. En junio Rudler y Dolan, ex-oficiales de Walker, con unos veinte más,

(1) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Notas al Departamento, América Central, III; Notas del Departamento, I, Págs. 177 - 96.

(2) *Herald*, de Nueva York, 25 de julio y 1 de septiembre de 1860.

embarcaron en Nueva Orleans a bordo de la goleta **Clifton** rumbo a la isla. En ese barco iban armas y otros materiales de guerra manifestados como mercaderías corrientes. Walker y Henry se embarcaron en la goleta **John E. Taylor** junto con otros filibusteros. El **Clifton** llegó a Belice el 14 de junio y procedió a descargar parte del cargamento destinado al puerto. El gran número de pasajeros que llevaba hizo sospechar a las autoridades, por lo que un oficial subió a bordo a registrar el barco; encontró que algunas de las cajas manifestadas como mercaderías contenían armas. Las autoridades las decomisaron como contrabando y se negaron a darle al barco permiso de zarpar hacia Roatán. El capitán de la goleta protestó, arrió su bandera, y abandonó el barco. Ante semejante situación los filibusteros contrataron otra goleta y partieron a Roatán. Frente a la isla encontraron al **Taylor** con Walker, Henry y los demás. Todos pasaron al **Taylor** que los llevó a la isleta de Cozumel, en donde levantaron una barraca para guarecerse de las lluvias; allí esperaron la llegada de municiones de guerra y de boca procedentes de Nueva Orleans. Grande era su desilución al ver todavía flotar la bandera británica en las islas, así que no podían hacer otra cosa que esperar el traspaso. Tras una semana en la isleta se reembarcaron todos y por tres semanas más peinaron las aguas en busca del barco con las provisiones que nunca aparecía, y en espera de que fuese arriada la bandera británica, lo cual tampoco ocurría. (1).

Al cabo se resolvió Walker por el temerario plan de asaltar la fortaleza del puerto de Trujillo, en tierra firme de Honduras. Como este país le había hecho la guerra cuando él era presidente de Nicaragua, creyó justificada la toma de represalias. Se trazó un plan muy similar al que puso en efecto cinco años antes para tomarse Granada. Cruzaron frente al puerto por la noche y desembarcaron en la obscuridad tres millas más arriba. Marcharon en seguida sobre

(1) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, América Central, Notas al Departamento, III; *Herald*, de Nueva York, 25 de julio y 18 de agosto de 1860; *British State Papers*, L., Págs. 327 - 8.

la fortaleza, pero alguien que presenció el desembarco había puesto sobre aviso a los hondureños. Los filibusteros llegaron a las afueras de la población al amanecer, y tuvieron allí una escaramuza. Luego se lanzaron sobre la fortaleza defendida tan sólo por un cabo y su escuadra; se adueñaron de ella y de la plaza sin perder un hombre, aunque varios salieron heridos. La fortaleza era una buena muestra de aquellas de los días coloniales de la América española, y sirvió de excelente albergue a los filibusteros que en su santabárbara encontraron armas. Improvisaron allí un hospital para los heridos y dos o tres más que habían contraído fiebres. En la población —sin que sepamos cómo— se abastecieron de víveres.

Trujillo fue tomado el 6 de agosto, y al día siguiente Walker lanzó la siguiente proclama:

"Al Pueblo de Honduras. Hace más de cinco años que yo juntamente con otros fuimos invitados a la República de Nicaragua con la promesa de ciertos derechos y privilegios, bajo la condición de que debíamos prestar ciertos servicios en el Estado. Nosotros desempeñamos los servicios que se nos pidieron, pero las autoridades existentes de Honduras se unieron a una combinación para arrojarnos de Centro América.

"En el curso de los acontecimientos el pueblo de las Islas de la Bahía se encuentra ahora en casi la misma posición en que se hallaban los americanos en Nicaragua en Noviembre de 1855. La misma política que condujo a Guardiola a hacernos la guerra lo inducirá a arrojar fuera de Honduras al pueblo de las islas. El conocimiento de esta verdad ha inducido a varios residentes de las Islas a hacer un llamamiento a los ciudadanos adoptivos de Nicaragua para que presten su ayuda en el mantenimiento de sus derechos de persona y bienes.

"Pero no bien habían algunos de los ciudadanos adoptivos de Nicaragua respondido al llamamiento de los resi-

dentes de las Islas con ocurrir a Roatán, cuando las actuales autoridades de Honduras, alarmadas por su seguridad, pusieron obstáculos que estorbaban el cumplimiento del tratado del 28 de Noviembre de 1859. Guardiola demora el recibo de las Islas por razón de la presencia de algunos hombres que ha perjudicado, y así por motivos de partido, no sólo arriesga los intereses territoriales de Honduras, más entorpece por el momento un objeto cardinal de la política centroamericana.

"El pueblo de las Islas de la Bahía puede únicamente ser incorporado a vuestra República por medio de sabias concesiones (pero) las autoridades existentes de Honduras han dado pruebas por sus actos pasados de que no harán las concesiones necesarias. La misma política que Guardiola observó hacia los nicaragüenses naturalizados le impedirá adoptar el único curso por el cual Honduras puede retener las Islas.

"Viene a ser, por tanto, un objeto común con los nicaragüenses naturalizados y con el pueblo de las Islas de la Bahía el colocar en el Gobierno de Honduras a personas que concedan derechos legítimamente adquiridos en los dos Estados.

"De esta manera los nicaragüenses asegurarán su regreso a su patria adoptiva, y las Islas de la Bahía obtendrán plenas garantías de la soberanía bajo la cual deben ser colocadas por el tratado del 28 de Noviembre de 1859.

"Sin embargo, para obtener el objeto que llevamos en mira, no hacemos la guerra contra el pueblo de Honduras, sino solamente contra un Gobierno que sirve de estorbo a los intereses, no sólo de Honduras sino también de todo Centro América.

"El pueblo de Honduras puede por tanto descansar en que tendrá toda la protección que necesite, tanto para sus

derechos de persona, como para los de sus bienes". (1). (+).

A los hombres de Walker se les había hablado de que Cabañas probablemente se les juntaría. Se recordará que en noviembre de 1855 Cabañas visitó a Walker en Granada con el objeto de pedirle ayuda para derrocar al gobierno legitimista de Honduras. La negativa de Walker fue causa de que Cabañas y Jerez rompieran con él, (2) y más tarde ambos usaron su influencia y poder para expulsarlo de Nicaragua. Cabañas se encontraba ahora exiliado en San Salvador, y es de suponer que no le alegraría la noticia del retorno de los filibusteros, a pesar de lo mucho que pudiera detestar a Guardiola.

Tan pronto como los filibusteros se hicieron dueños de Trujillo comenzaron a poner la fortaleza en condiciones de defensa reparando los cañones, remontando muchos de ellos en cureñas, convirtiendo la vieja prisión militar en proveeduría, y, en fin, arreglándola de modo que pudiera servirles indefinidamente de cuartel, caso de ser necesario. Walker expidió un decreto aboliendo los derechos aduaneros y convirtiendo a Trujillo en puerto libre; un error más, como se verá, de los muchos que cometió. Tuvo la desgracia, a pocos días de su llegada, de perder a su oficial de más confianza. Este fue Thomas Henry, quien durante la guerra de México y después en la de Nicaragua demostró sus cualidades de guerrero, (fue herido ocho veces en otros tantos meses de guerra con los aliados centroamericanos). Tomado de licor entró en la santabárbara con un cigarro encendido. Ganoso siempre de pelear —en la línea de fuego o fuera de ella— y sobre todo si achispado, le cayó a golpes al oficial que le ordenó salir; éste, en defensa propia, le pegó un tiro destrozándole la mandíbula. Durante todos los días de agonia estuvo Walker a la orilla de su cama siempre que su pre-

(1) Tomado de la "Gaceta de Honduras", Tomo 3º, No. 93. Comayagua, agosto 31 de 1860.

(+) Las razones dadas en apoyo de su invasión no son típicas de la claridad conceptual de Walker, (N. del T.).

(2) Véase el segundo párrafo del Capítulo XIII de esta obra.

sencia no era necesaria en otro lugar. La pérdida de ese hombre fue para Walker más grande que la de cincuenta tipos de prosapia filibustera. (1).

El 19 de agosto entró al puerto la fragata de guerra británica *Icarus*, al mando de su Capitán Norvell Salmon. (2). De él recibió Walker dos días después una notificación haciéndole saber que los ingresos de la aduana de Trujillo estaban hipotecados al gobierno británico en garantía de una deuda de la cual se había hecho responsable el gobierno de Honduras, pero que con la llegada de Walker los fondos de la aduana habían desaparecido, el comercio estaba paralizado, los intereses de los comerciantes sufrían menoscabo, y que la presencia de los invasores demoraba la devolución de las Islas de la Bahía a Honduras. En vista de tales razones, él consideraba de su deber exigir la entrega de sus armas, la restitución de los fondos tomados de la caja fuerte de la aduana, y el reembarque de su gente, dejando en el puerto todos sus pertrechos como garantía de que no volverían a la costa hondureña. A los oficiales, sin embargo, se les permitiría llevar sus armas al cinto. Cumplidas estas demandas, la bandera de Gran Bretaña respondería por la seguridad personal y pertenencias de los invasores.

Walker respondió inmediatamente negando saber nada de la sustracción del dinero de la aduana, y declarando que de haber conocido él los hechos expuestos por Salmon en su notificación, jamás hubiera alterado el régimen aduanero del puerto. Su tono era por entero apologético, muy diferente del asumido en ocasiones anteriores en su trato con otros oficiales navales. Su presencia en Trujillo, explicó a Salmon, obedecía simplemente "a compromisos de honor contraídos con gentes deseosas de vivir en la América Central conforme a las leyes y costumbres del antiguo reino, y

(1) *With Walker in Nicaragua*, Pág. 168 y otras, por Jamison.

(2) Las autoridades españolas de la Habana enviaron también un barco de guerra a Trujillo, pero llegó cuando ya todo había terminado. *British State Papers*, LL., Pág. 1288.

con quienes me ligan intereses comunes bajo las instituciones derivadas del Código del Rey Alfredo. (1). No he creído hacer un mal ayudándoles a conservar sus derechos legalmente adquiridos". Finalizaba diciendo que no tenía a deshonra entregar sus armas a un oficial británico, pero sí quería saber lo que Salmon haría en tal caso. (1).

El Capitán le contestó agradeciéndole que no considerara un deshonor rendirse a él, y se extendió en razones que reforzaban su intimación. El Gobierno de Honduras, "que yo sepa, no desea implantar el Código del Rey Alfredo en la forma que usted lo intenta". Que numerosas solicitudes de protección, añadía el Capitán, había recibido de parte de habitantes de Trujillo y del puerto de Omoa, y entre estos últimos mencionaba al cónsul de Estados Unidos; que él estaba dispuesto a dárselas conforme al derecho internacional. Agregaba que, a riesgo de ser reprendido por sus superiores, se haría responsable de la seguridad personal de Walker y de sus hombres poniéndolos bajo la protección de la bandera británica, pero que debían abandonar el país costeándose el pasaje. En el puerto estaban dos goletas con cuyos capitanes podían hacer los arreglos pertinentes. Los fondos de la aduana, que ascendían a más de tres mil dólares en moneda y billetes, habían sido sustraídos por alguno de los hombres de Walker, y su jefe debía responder por esa suma. Por otra parte, decía no reconocer a un individuo particular el derecho de hacerle la guerra a un gobierno constituido, ni alcanzaba a comprender qué derechos políticos pudieran haber adquirido legalmente las personas que como sostenía Walker, estaban deseosas de vivir en la América Central. (2).

Esta nota llegó a su destino en las últimas horas de la tarde, y se le dijo al portador que volviera por la respuesta a las diez de la mañana del siguiente día. Acto continuo

(+) Alfredo el Grande, rey de Inglaterra, intelectual y guerrero, (848 - 99). Conócese, entre otras, su obra "El Código de Leyes de Alfredo el Grande". (N. del T.).

(1) *Herald*, de Nueva York, 28 de septiembre de 1860.

(2) *Herald*, de Nueva York, 28 de septiembre de 1860.

comenzaron a hacerse preparativos para abandonar la fortaleza. Los rifles Minié que sobraban fueron destrozados, y la pólvora que no pudieron llevarse la echaron al agua. En el hospital había seis enfermos y heridos, el moribundo Henry entre ellos. Todos quedaron al cuidado del médico y de un asistente de hospital, y a eso de media noche el resto de la tropa, ochenta en total, salió furtivamente de la fortaleza rumbo al Este, costeando en dirección a Cabo de Gracias a Dios. Los hombres hospitalizados pasaron una noche de angustias, esperando por momentos que los hondureños entraran a asesinarlos. Muy temprano de la mañana siguiente el Doctor E. H. Newton dio a conocer el estado de ellos a Salmon; éste puso a los heridos y enfermos bajo la protección de la Gran Bretaña antes que los hondureños se dieran cuenta de la evasión de Walker. (1).

Las tropas hondureñas comenzaron la persecución de los fugitivos. El 23 les dieron alcance atacándolos en La Ceibita (o Cotton Tree), sobre el Aguán (o Río Romano). Los hondureños fueron rechazados, pero Walker tuvo un muerto y varios heridos. El sufrió una leve herida en la cara. Siempre huyendo y perseguidos llegaron a un abandonado campamento de corte de caoba llamado Limón (o Limas), en donde los indios caribes, enemigos jurados de los hondureños, les suministraron provisiones. Llegados al Río Negro (o Tinto) siguieron orillándolo hasta unas cuatro millas de su boca. Allí acamparon en la factoría de un inglés apellidado Demsing.

Entre tanto Salmon a bordo del **Icarus**, había llegado a la desembocadura de ese mismo río, cuya barra él sabía que los filibusteros no podrían vadear. Le acompañaba una goleta con doscientos cincuenta hondureños al mando del General Mariano Alvarez. El 3 de septiembre Salmon se embarcó en dos botes con cuarenta hombres y remontó el río. Al llegar a la factoría emplazó a Walker a conferenciar con

(1) **Herald**, de Nueva York, 28 de septiembre de 1860.

él y le intimó la rendición. En típico estilo inglés, ampuloso y fanfarrón, advirtió al filibustero que en la desembocadura del río aguardaba una numerosa fuerza hondureña, y que agradecería a los ingleses el estar vivo todavía. Dos veces le preguntó Walker a quién se rendiría, y Salmon le contestó que a un oficial inglés. (1).

Toda la banda de filibusteros pasó en seguida a bordo del **Icarus** que los llevó a Trujillo, donde desembarcaron en calidad de prisioneros. Walker y Rudler fueron entregados a discreción de las autoridades hondureñas, pero los otros, alrededor de setenta, quedaron como prisioneros bajo la protección británica, para ser, tan pronto como fuese posible, repatriados a Estados Unidos. Salmon amenazó con ahorcar al primero que tocase a cualquiera de los hombres amparados bajo la bandera de Gran Bretaña. Y a decir verdad los hondureños estuvieron de lo más solícitos con ellos, no por lo de la amenaza, sino por pura compasión humana, pues la mayoría de los prisioneros se encontraba en el más lastimoso estado, y sin un real.

Al llegar a Trujillo Walker parecía ser el único de los filibusteros que no daba muestras de abatimiento. Habló detenidamente con un periodista que abordó el **Icarus** y le entregó la correspondencia cruzada con Salmon, la que, dijo, quería fuese publicada. Acto continuo le dictó la siguiente protesta:

"A bordo del **Icarus**.

"Sep. 5 de 1860.

"Por la presente declaro y protesto ante el mundo civilizado, que cuando me rendí al capitán de la fragata de guerra **Icarus** de Su Majestad Británica, este oficial recibió personalmente mi espada y mi pistola, lo mismo que las armas del Coronel Rudler, y al rendirme le manifesté clara y concreta-

[1] **Herald**, de Nueva York, 4 de octubre de 1860; **Tribune**, de Nueva York, 4 de octubre de 1860; **Harper's Weekly**, IV., Pág. 647.

mente que me entregaba al representante de Su Majestad Británica.

(f.) William Walker'' (1)

Walker fue luego recluso como prisionero en la misma fortaleza abandonada por él dos semanas antes. El cuarto que había convertido en almacén de abastos era ahora su calabozo. Allí permaneció seis días. Tan pronto se vio preso mandó traer un sacerdote a quien dijo quería prepararse para bien morir. Mostrábase insólitamente preocupado por la suerte de sus hombres, y rogaba no les hiciesen ningún daño; declaró que ellos nada sabían de la repentina decisión suya de llegar a Nicaragua entrando por Trujillo, y que él era el único culpable. (2). El 11 de septiembre de 1860 se le leyó la sentencia de muerte, notificándosele que sería fusilado a la mañana siguiente. La escuchó sin siquiera pestañear. A las ocho de la mañana del 12 un piquete de soldados lo condujo de la prisión al lugar fatídico. Acompañado por dos sacerdotes caminaba Walker erguido y resuelto, aparentemente inmerso en fervientes meditaciones religiosas. Parecía tener puesta la mente sólo en la confortación que le daban los padres. Un genio seguía al grupo, y en todas las puertas y ventanas de las casas había gente mirándolo pasar. Los hondureños parecían jubilosos al ver que pronto el temible Walker habría dejado de existir. Frente a las ruinas de un viejo cuartel, a un cuarto de milla más o menos de la población, escolta y curiosos hicieron alto. Colocóse a Walker de espaldas a uno de los muros, y los soldados, dividiéndose en tres pelotones, cerraron el cuadro. Los sacerdotes le administraron los últimos sacramentos y se apartaron; uno de los pelotones dio un paso al frente y sonó una descarga. Otro hizo fuego también sobre el cuerpo caído, y en seguida se adelantó un soldado que, colocándole el cañon del fusil en la cabeza, le disparó el tiro de gracia desbaratándole la cara

(1) *Herald*, de Nueva York, 26 de septiembre de 1860.

(2) Esto es lo que dice Joaquín Miller, el poeta americano que obtuvo el relato de las últimas horas de Walker de boca de uno de los sacerdotes que lo confortó espiritualmente. Ver *Sunset Magazine*, XVI., Pág. 564.

ya sin vida. Formó después la tropa en columna y se marchó dejando el cuerpo inerte allí donde cayó. Los sacerdotes y unos americanos llevaron un ataúd y dieron a sus restos cristiana sepultura. (1).

A la vuelta de un tiempo unos americanos trataron de exhumar los restos para llevarlos a enterrar a Tenesí, pero las autoridades hondureñas no lo permitieron. (2). Entre las pertenencias de Walker se encontró el Gran Sello Oficial de Nicaragua, que le fue devuelto al Presidente de esa Nación General Tomás Martínez junto con la espada que el filibustero entregó al rendirse a Salmon. Esta le fue más tarde dada en guarda a la ciudad de Granada para ser conservada allí como símbolo del hombre que la había reducido a cenizas. (3).

Walker había dejado de existir. La pena de muerte que tan implacablemente decretara a Mayorga, Corral, y Salazar, le fue aplicada a él, y nadie podrá decir que no la mereciera; su asalto a la inofensiva guarnición del puerto de Trujillo es inexcusable. Pero, al mismo tiempo, no habrá quien apruebe los medios empleados para darle muerte. La acción de Salmon de recibirlo como prisionero bajo su palabra de honor como oficial británico para luego abandonarlo a la piadosa

(1) Hay varias versiones referentes a la ejecución de Walker. La única admisible es la que acabamos de narrar. Según dijo alguien, Walker habló para declarar que moría como católico romano; que reconocía haber hecho mal en traer la guerra a Honduras y pedía que lo perdonaran; que sus hombres no tenían ninguna culpa, y que estaba preparado para morir. (*Harper's Weekly*, IV., Pág. 647). Según otra versión, habló en español (*With Walker in Nicaragua*, por Jamison); y otra más dice que un sacerdote habló por él. Pero en verdad no habló a nadie más que a los sacerdotes. Todo lo dicho por Jamison, quien como uno de los sobrevivientes de la última expedición de Walker narró el caso cincuenta años después, es erróneo e imaginario. La versión que el autor de esta obra juzga verdadera es la relatada por dos oficiales de Walker, Dolan y West (*Herald*) de Nueva York, 4 de octubre de 1860], inmediatamente después de su regreso a Estados Unidos, cuando los acontecimientos estaban aún frescos en su memoria. Esto, además, lo corroboran otros dos contemporáneos: William S. Elton, maquinista del Ferrocarril de Panamá quien por casualidad se encontraba en esos días en Trujillo y aseguró haber presenciado la ejecución, y un filibustero desertor apellidado Scheffe; éstos dieron informes muy similares a los de Dolan y West. Ver el *Delta*, de Nueva Orleans, del 15 de octubre de 1860.

(2) *American History Magazine*, III., Pág. 219.

(3) Memorias, por Jerónimo Pérez, Parte 2, Pág. 216.

merced de los hondureños, no puede calificarse más que de traición de la más baja especie y de todo punto inconsecuente con la tradicional hidalguía que ha caracterizado siempre a la marina británica. De haber sabido el caudillo filibustero cual era la verdadera intención de Salmon, seguramente que habría peleado hasta el final y muerto como soldado, no como criminal. Y aun concediendo que Walker no fuese más que un pirata, Salmon le había dado su palabra de oficial británico, y faltando a ella pringó de infamia sus charreras.

Por una extraña coincidencia, el propio día de la muerte de Walker, su amigo Edmund Randolph, al pronunciar en San Francisco un discurso durante las celebraciones del décimo aniversario de la admisión de California en la Unión Federal, hizo una alusión a Walker que en parte resultó casi profética: "Nadie puede decir qué pino canta hoy, ni en qué remoto lugar, su responso por algún pionero. Unos han caído al pie de su bandera; y anhelos aún insatisfechos han llevado a otros a renovar su carrera de aventuras en tierras extranjeras. Peleando allá por gentes extrañas cuyas querellas hicieron suyas en las junglas tropicales abonando esas feraces tierras con la sangre preciosa de sus venas. O bien en las arenas de un desolado yermo han sido atacados y sacrificados por hombres sin entrañas que los sedujeron con ofrecimientos y por toda retribución les dieron una muerte ignominiosa. (1).

Fue ironía del destino que el Presidente Mora, alma de la resistencia aliada contra los filibusteros, cayera en el mismo mes y de la misma manera que Walker. Había sido reelecto presidente de Costa Rica en mayo de 1859, pero una conspiración del partido derrotado lo arrojó del poder en agosto del año siguiente condenándolo al destierro. Vino a Estados Unidos y después compró una finca de café en El Salvador. Algunos de sus viejos partidarios y desafectos al nue-

[1] La última frase se refiere a Crabb. *Representative Men of the Pacific*, Pág. 597, por Schuck.

vo gobierno le aconsejaron volver a Costa Rica a recobrar su mando. En septiembre desembarcó en Punta Arenas y reunió a trescientos o cuatrocientos simpatizantes, pero fue atacado antes de emprender la marcha sobre la capital. Sus hombres huyeron en el acto y él se rindió. Juzgado por un Consejo de Guerra en campaña el 30 de septiembre, fue condenado a muerte y ejecutado tres horas después de habersele leído la sentencia. De ahí a dos días su cuñado, el General Cañas, sufrió la misma suerte. (1).

Todos los hombres de Walker, salvo Rudler, quedaron bajo custodia de los ingleses; once fueron enviados a Estados Unidos vía la Habana, y a cincuenta y siete los llevó directamente a Nueva Orleans el barco de guerra británico **Gladiator**. (2). Rudler fue sentenciado a ser pasado por las armas, pero por intercesión de Salmon le conmutaron la sentencia a cuatro años de prisión. Más tarde, por gestiones de algunos amigos suyos de Estados Unidos, fue indultado. (3). A poco de la partida de Walker a Honduras salieron tras él dos contingentes más. El primero, compuesto por treinta y cinco hombres, partió de Nueva Orleans el 31 de agosto, y el segundo, algo más numeroso, dos semanas después. Este último se cruzó en alta mar con el vapor de pasajeros que llevaba la noticia de la captura de Walker, pero no habiéndose puesto al habla, no la supieron hasta al llegar a Roatán. No les quedó otra cosa a estos aventureros que volverse a Nueva Orleans.

La noticia de la muerte de Walker fue recibida en Estados Unidos con indiferencia casi. Sus repetidos fracasos habían hecho que millares de los que antes le desearon buen viaje y buena suerte mirasen su última tentativa con el ceño fruncido. Y hasta en Nashville, su propia ciudad natal, en donde en lo personal se le tenía en la más alta estima y respeto como

-
- (1) *Central America*, III., Págs. 372 - 5, por Bancroft; *Harper's Weekly*, IV., Pág. 679.
 - (2) *Times* de Londres, 12 de octubre de 1860; *Herald*, de Nueva York, 4 de octubre de 1860.
 - (3) *With Walker in Nicaragua*, Pág. 176, por Jamison.

hombre de irreprochable conducta y sólida cultura, sus paisanos pensaban que debió aplicar su talento a causas de mejor provecho. El periódico de la localidad, al comentar su muerte, dijo: "Millares en este país recibirán con pesar la noticia de su muerte por tratarse de un hombre cuya capacidad y cualidades le hacían digno de mejor suerte. A lo largo de su carrera demostró siempre entereza de ánimo e inquebrantable tenacidad frente a los más desalentadores reveses, cualidades éstas que, de haberlas ajustado a la ley y en beneficio de sus semejantes, lo habrían llevado a una elevada posición". (1) De igual manera en Nueva Orleans, en donde sus partidarios llegaron a contarse por millares, sus constantes descalabros quebrantaron la fe de los que habían creído en su destino, y un periódico de allí, que antes lo apoyara, comentó: "La descabellada e injustificable empresa del gran filibustero ha terminado en desastre y en derrota. Es muy probable que a estas horas otra legión de americanos jóvenes y valientes, pero temerariamente impulsivos, haya corrido la misma suerte que sus predecesores en la América Central". (2). Es interesante comparar el tono de estos juicios vertidos sobre Walker en esas dos ciudades del Sur en donde se le conocía mejor, con las críticas que le hicieron en Nueva York, ciudad del Norte en donde era también mejor conocido. Léase, por ejemplo, el **Times** de allí: "Cualesquiera sean las durezas dichas contra el General Walker —y muchas de ellas, no lo dudamos, habrían quedado sin decirse si la fortuna le hubiera sonreído— debe decirse asimismo que no fue un vulgar aventurero, ni por su cuna ni por sus hábitos, ni tampoco por las nobles miras que fueron norma de su vida. Era de estirpe sin manchilla, su conducta privada y su temperancia eran incuestionables, profundos sus conocimientos, y sus designios originales, aunque distorsionados más tarde por una ambición desenfundada, le hacían merecedor del éxito; contaba, además, con el aprecio de numerosos amigos. Y aquellos que le niegan conocimientos militares y sagacidad

(1) **Republican Banner** de Nashville, 30 de septiembre de 1860.

(2) **Commercial Bulletin**, de Nueva Orleans, reproducido en **Republican Banner**, de Nashville, el 16 de septiembre de 1860.

política de líder, rinden los más altos elogios tanto a su fuerza moral como a su integridad personal, ya que sin estas cualidades su primer fracaso como aventurero habría sido indefectiblemente su última jornada". Y otro diario neoyorquino atribuyó el fin de Walker a que no pudo obtener el apoyo de sus conciudadanos ricos e influyentes. En vez de ver cómo ganar amigos, sólo confió en la necia y ciega creencia de un destino insigne. A pesar de lo anterior, afirmaba este periódico que "si Walker hubiese nacido en Inglaterra o en Francia nunca habría sido "filibustero" porque allá hubiera encontrado amplio campo para el ejercicio de sus extraordinarias cualidades en positivo servicio de su patria". Por último comparaba el sambenito que a él impuso el gobierno americano con el tratamiento dado por la Iglesia Anglicana a Knox, Whitefield, y Wesley. (1). (+).

Y poco faltó para que el Presidente Buchanan, en su mensaje anual al Congreso en diciembre de 1860, diera parabienes a la nación por la muerte de Walker. "Os felicito porque sé que ahora prevalece en el país un sentimiento general de repudio contra el delito de organizar expediciones militares dentro de los límites territoriales de Estados Unidos para ir a hacerle la guerra a estados inofensivos con los cuales estamos en paz. A este respecto se ha efectuado un cambio favorable desde el comienzo de mi período gubernativo. Y debiera ser ferviente deseo de todo cristiano y patriota que nunca jamás vuelvan esas expediciones a recibir apoyo ni salgan de nuestras playas". (2). Henningsen, en cambio, manifestó una opinión diametralmente opuesta en una larga carta escrita en defensa de su ex-jefe muerto: "Estamos lejos de creer que el filibusterismo descanse ya para siempre en la tumba de William Walker. Podemos predecir, sin temor a equivocarnos, que de cada gota de sangre brotada de las mortales heridas que recibió, según se ha informado "entre

(1) *Harper's Weekly*, I., Págs. 200 y 332.

(+) John Knox: Reformador protestante escocés de la primera mitad del siglo XVI. George Whitefield: Predicador protestante inglés [1714 -70]. John Wesley: Clérigo inglés fundador del Metodismo [1703 -96]. (N. del T.).

(2) *Messages and Papers of the Presidents*, V., Pág. 649.

vítimas de los nativos" a quienes lo entregó atado la infamia de Norwell Salmon, de cada gota de su sangre, repito, surgirá un nuevo y ardoroso filibustero". (1). Pero Henningsen se equivocó. Su difunto jefe fue el último, y también el más grande, de todos los filibusteros americanos. El excedente de energías de la joven nación, causa motora de tales empresas, hallaría pronto otra válvula de escape en cuatro años de espantosa guerra civil; y el resultado de esta lucha fue eliminar otra causa de filibusterismo: la esclavitud africana.

Ya desde antes de la muerte de Walker se había desvanecido toda posibilidad de regenerar a la América Central. Y en verdad que una región devastada por veinte años de guerras intestinas, y cuya heterogénea población había demostrado ser incapaz de gobernarse a sí misma ni de impedir su disolución política, necesitaba la introducción de un elemento nuevo que pusiera allí las cosas en orden. Los emigrantes que de Estados Unidos partían para Nicaragua pertenecían a la dura raza de laboriosos pioneros que habían conquistado las inmensidades del Oeste en un lustro desarrollando en la lejana California una civilización superior a la de dos terceras partes del continente europeo. A Walker se le presentó una espléndida ocasión. Si bien nunca tuvo el apoyo del gobierno de Estados Unidos, muchos de los más relevantes líderes políticos de la nación y los gigantes de la industria americana se interesaron por su suerte. Y no obstante, fracasó. Porque no tenía la talla del hombre que tal empresa requería. En seis meses movió contra sí elementos de los que debió servirse para robustecer su causa. Las cualidades que le habían hecho fuerte resultaron a la postre ser factores de debilidad. Más esclavo que amo de sus sueños, poseído de fe ciega en su destino, incapaz de oír consejos ni indicaciones de nadie (salvo cuando provenían de hombres mucho más fuertes que él deseosos de que les sacase las castañas del fuego), dueño de muy limitados conocimientos de la naturaleza humana, y también de una codicia voraz para

(1) *Republican Banner*, de Nashville, 10 de octubre de 1860.

adueñarse del poder supremo; falta de habilidad para atravesarse a la oposición, pero sí capaz de vencerla mediante el terror, carente en absoluto de tacto y diplomacia, su ruinoso fin era ineluctable. Con menos dotes intelectuales, pero con un más profundo conocimiento de la naturaleza humana y con mayor bagaje de sentido común, pudo haber puesto fin a la anarquía y fundar un imperio tropical sobre las ruinas de un desdichado ensayo de democracia. Que su triunfo hubiera redundado en provecho de la civilización, pocos habrá, tal vez, en vista de la actual situación de la América Central, que se atrevan a negarlo.

Por haber sido un fracaso, la empresa que acometió sólo tuvo consecuencias funestas para todos los que tomaron parte en ella. Fue perjudicial para el capital privado de Estados Unidos; causó enorme destrucción de vidas y de propiedades en Nicaragua; creó en la América Central recelos que aún perduran contra los norteamericanos; produjo efectos adversos en las relaciones de Inglaterra y Estados Unidos; y, por último —lo que parece ser más importante de todo— destruyó la comunicación interoceánica por la vía del Río San Juan, lo cual retardó indefinidamente la "regeneración" de Nicaragua que siempre dijo era el más caro anhelo de su corazón.

FIN .

413

